115

ALREVÉS

Arde este libro

FERNANDO MARÍAS





Fernando Marías (Bilbao, 1958) es novelista, editor e inventor de conceptos culturales.

Autor de novelas como La luz prodigiosa, El Niño de los coroneles, La mujer de las alas grises o Todo el amor y casi toda la muerte. En 2015 recibió el Premio Biblioteca Breve con La isla del padre. Entre sus novelas dirigidas al público juvenil destacan Cielo abajo (Premio Anaya 2005 y Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2006), Zara y el librero de Bagdad (Premio Gran Angular 2008) y El silencio se mueve.
De su obra, se ha llevado al cine La luz prodigiosa (adaptada por él mismo y dirigida por Miguel Hermoso en 2002 y ganadora de numerosos premios internacionales) e Invasor (Daniel Calparsoro, 2012).
Fernando Marías es también el creador, editor e impulsor del proyecto de literatura fantástica Hijos de Mary Shelley, plataforma de la que surgen literatura, música, performances y monólogos teatrales.

«Te incineraron con una novela mía entre las manos. Por eso escribo este libro. Hasta ese momento jamás pensé que contaría nuestra historia. Había logrado asumir el largo camino de tu final, que a veces, no sé si atreverme a decirlo, tanto deseaba que llegara, y describir aquel calvario que por encima de todo fue tuyo me habría parecido una herejía. Pero entonces supe que te incineraron con la novela entre las manos y ahí, sin retorno ni piedad, nació este libro. Yo rememorando y tú muerta. Jamás podríamos habernos figurado el día del primer abrazo que desembocaríamos tanto después en este diálogo.»

Una historia real de amor, muerte y desarraigo iniciada en el Madrid de los años ochenta y concluida hoy. Autobiográfica, especulativa, alcohólica, espectral.
Nadie es quien soñó que sería.

Arde este libro



Arde este libro

FERNANDO MARHAS

ALREVÉS
BARCELONA-2021

Primera edición: septiembre del 2021

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Fernando Marías, 2021
© de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S.L.
ISBN: 978-84-18584-05-3
Código IBIC: FA
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Te incineraron con una novela mía entre las manos. Por eso escribo este libro.

Hasta ese momento jamás pensé que contaría nuestra historia. Había logrado asumir el largo camino de tu final, que a veces, no sé si atreverme a decirlo, tanto deseaba que llegara, y describir aquel calvario que por encima de todo fue tuyo me habría parecido una herejía. Pero entonces supe que te incineraron con la novela entre las manos y ahí, sin retorno ni piedad, nació este libro. Yo rememorando y tú muerta. Jamás podríamos habernos figurado el día del primer abrazo que desembocaríamos tanto tiempo después en este diálogo.

Cada libro muta y evoluciona sin prestar atención a las esperanzas y lamentos de quien lo escribe. Este, lo temo antes de empezar, no será cómodo ni limpio ni bonito, a pesar de que por algunas de sus páginas parpadearán señales de ese prestigioso espejismo que nos empeñamos en llamar amor. Tampoco lucirá una trama generosa, pues habla solo de fugaces seres humanos, eso que sigo siendo yo y tú ya no eres. Dicen que un relato ha de contener presentación, nudo y desenlace, pero aquí se han desvelado los tres en la primera línea, lo que demuestra que poco importan el argumento o su conclusión. También me he dicho que el libro, una vez finalizado, debería permanecer oculto, ser un libro sarcófago condenado a la soledad del secreto y el encierro, lo que me daría libertad para escribirlo desnudo de pudor y valiente ante las culpas. Pero no seré capaz de esconder o destruir el rastro de mi búsqueda. Nadie escribe un libro para echarlo luego al fuego.

Libro sarcófago. ¿Para albergar a tu espectro o para que halle refugio el mío?

Con los años he aprendido que vivir y recordar pueden ser dos formas contradictorias de lo real. Un hecho acontece y yo lo vivo: esto es real, la forma aparentemente más real de lo real. Sin embargo, ese hecho vivido, nada más acontecer, cruza la frontera hacia el territorio de la memoria, que de inmediato comienza a elaborarlo y reinterpretarlo, como el texto teatral que un mismo actor declamara una y otra vez, muchas a lo largo del tiempo, hasta el final de su vida. La metamorfosis de ese monólogo interior, desde la primera función hasta la última, sería, con la muerte ya sentada en el palco preferente, nuestra verdadera biografía, un retrato de veracidad mayor o menor según el temblor de la mano que traza los recuerdos. Cae el telón y el siniestro visitante se lleva al pobre actor, cuyo espíritu vibra todavía unos instantes antes de que el decorado quede sumido en su ausencia.

Un día yo mismo arderé como una novela arrojada al fuego. Pero mientras soy memoria, ante todo memoria y casi nada más que memoria, y sabido es que los muertos no mueren del todo hasta que quienes los recordamos también hayamos muerto:

Aferra en mi instante final el recuerdo de lo que fui, amor, y llévalo contigo hasta

que también te desplomes sobre el polvo del camino y ya nadie pregunte por ti, por mí, por nosotros.

Temo evocarte como una mujer distinta a la que fuiste cuando vivías y eras dueña de tus actos, esos que ahora me pertenecen porque los relato. Mi memoria podría mentir o tergiversar, apartarse del camino recto por temores de mi inconsciente, repudios de lo vivido o hilos fosilizados de lealtad mal entendida. Entonces serías solo lo que yo quiero recordar.

¿Es honesto que escriba sobre nosotros sin que tú tengas derecho a réplica?

Tal vez lo más respetuoso sería renunciar ante esta pregunta. Sin testigos ni culpa, al menos sin culpa pública, hasta que el rastro último de tu espíritu se canse de esperar y parta. Pero te incineraron con una novela mía entre las manos y esa llamada no puede ser desatendida. Por supuesto, me pregunté si la decisión de quemar el libro salió de ti. Lo probable es que no. Estabas en coma, inconsciente desde días atrás. No veo cómo ibas a pedir que el libro ardiera contigo. Tal vez, incluso, habrías rechazado la idea. Arder sola para recuperar entre las llamas la paz perdida pudo ser tu anhelo íntimo y final, que se habría visto profanado por esta escritura entrometida. Fuese como fuese, se desencadenó así esta indagación y eso es lo que cuenta. Sin aquel fuego, la memoria de lo que fuimos agonizaría dentro de mi ser y tal vez un día, el último de mi vida, una lucidez alarmada me habría reprochado la falta de valentía, a esas alturas ya irremediable, para adentrarme en este sendero de recuerdos afilados.

Debí acudir a decirte adiós, me lo he dicho muchas veces y me lo digo ahora. Sin embargo, en aquellos días solamente lejos de ti, lo más lejos posible, me sentía a salvo del demonio que te habitaba. Aprendí demasiado tarde que la cobardía no debe prevalecer sobre el abrazo último a las personas que amamos. Hoy habría tomado el avión. Entonces no lo hice. Puede que este libro sea ese avión.

Recuerdo que dejé de escuchar la voz de tu hermana, que desde el otro lado del teléfono me contaba los detalles de tu funeral, y sentí cómo el libro nacía dentro de mí. Un desconcertante éxtasis en estado puro, ya sé que suena morboso dadas las circunstancias, precedió a este sentimiento desconocido y devorador, ajeno a la moral y muy hermoso, sanador aunque proviniese de la muerte. Volar en caída libre sobre riesgos emocionales insospechados hasta entonces y desnudos de prejuicios.

Resucitaste. Me dijiste: «Escribe».

Y retornaste a tu muerte.

Y ahí, me guste o no, se hizo real el libro. En la anterior décima de segundo no existía y en la posterior era.

No pedí que te incineraran con una novela mía entre las manos, menos con esa que significaba tanto para ambos, y tampoco pedí que me lo contaran. Sin embargo, hicieron ambas cosas y no quedó vuelta atrás. Asumo los peligros de la vanidad, del egoísmo, de la culpa que querrá parecer inocente, de los miedos.

Y escribo.

Moriste el veintiuno de agosto de 2012 a los cincuenta y cuatro años de edad en la ciudad de Marsella.

Veronique Lebrun Lapierre fue tu nombre, aunque yo siempre te llamé Verónica. No volveré a escribir ni uno ni otro, pero quería dejar constancia de ellos esta única vez. Un humilde epitafio lanzado al vacío, sílabas muertas en el acto mismo de nacer. Pronto nadie las recordará y algún día podrá afirmarse que ni siquiera fueron pronunciadas.

Pero yo las habré dicho.

Nos conocimos en Madrid hace más de cuarenta años.

Poseo la capacidad casi patológica de recordar la fecha de muchos sucesos de mi vida y, por ejemplo, podría afirmar, y sería exacto, que nos conocimos el diecinueve de enero de 1979 sobre las nueve de la noche en un bar de copas que ya no existe. Pero, en la vida de las personas, la mayor parte de las veces no conduce a ningún sitio saber en qué momento ocurrieron los acontecimientos.

Nuestro pasado se mueve. Todo el tiempo se aleja sin retorno, como si anhelara abrazarse al olvido. Nuestro pasado, que comienza a irse, a *ser pasado*, en el instante mismo de nuestro nacimiento, nos determina pero no nos necesita y, por supuesto, ignora quiénes somos, aunque nosotros, tan narcisistas, insistamos en repetir que señala y subraya nuestras culpas y nos amonesta y castiga por ellas. Somos sus esclavos, trabajamos sin descanso para elaborarlo, muchas veces con angustia y dolor, y él, a cambio, ni nos presta atención ni nos recuerda, igual que hacemos nosotros con las aceras o los árboles o los coches azules que nos cruzamos en el camino. Decir que algo ocurrió hace quince o veinte o diez años o un mes o un minuto es a la fuerza inexacto. Desde la primera línea de este párrafo, aquel suspiro de 1979 se ha alejado un poco más. Al terminar la página la distancia será mayor y mañana más y pasado mañana todavía más, y así hasta que no quede vivo nadie que tuviera noticia o eco de él, momento en que se adentrará sin protocolos en la nada.

Sin embargo, aconteció, fugaz y mínimo en la historia del mundo, intrascendente y olvidado por todos excepto por mí, que sé bien que nada de cuanto me propongo rememorar habría tenido posibilidad de suceder sin él. Tú y yo nunca nos habríamos conocido. Nuestra vida juntos no habría existido. Yo sería ahora otro, tú tal vez seguirías viva.

Convivimos durante casi veinticuatro años, un mar de tiempo que hoy me resulta inverosímil. A medida que se alejan, las etapas de mi vida me parecen películas antiguas interpretadas por un actor que podría parecerse a mí, escenas descoloridas cuya banda sonora gimotea mordisqueada por los dientes del proyector. Hubo, en ese cuarto de siglo, espacio para que todo saliera muy bien y todo saliera muy mal. Tras la felicidad inicial acabaron por venir la destrucción y la autodestrucción, nuestra demolición involuntaria unas veces y voluntaria otras, sin miramientos en el tramo final ni misericordia mutua a pesar, y esto no es paradoja ni contradicción, del resto de amor que todavía pervivía y que de vez en cuando lograba frente a lo inevitable victorias mínimas e insuficientes. No cambiaban la maquinaria de la realidad y, sin embargo, podían llegar a conmovernos. Sobre el corazón del pozo negro, el cielo azul brillando inalcanzable durante instantes aislados que luego se revelaban ilusión óptica. La felicidad puede existir dentro de la infelicidad, supongo que resulta difícil de concebir para quien sea linealmente feliz o linealmente desdichado.

En el lugar donde debió crecer una pareja excavamos un abismo. Pero esa vida

fallida fue la que supimos construir y nada importa ya lo que pudo haber sido.

Me figuro los dos extremos de nuestra historia como puntas de un cordel. Con la zurda sostengo aquel encuentro de 1979 y con la diestra tu muerte en agosto de 2012, ocho años después de nuestra separación. Casi treinta y tres años… Me digo que ha de ser un error de la calculadora cuando, comprimiendo nuestra vida común en una veloz operación matemática, multiplico trescientos sesenta y cinco días por treinta y tres y resulta un saldo de doce mil cuarenta y cinco días.

Pero la cifra es falsa porque sigues aquí.

Escribo sobre ti y eso significa que sigues aquí. Los muertos no se van hasta que hablas con ellos, hasta que te formulan todas sus preguntas y tú las contestas y ellos, condición indispensable, se sienten satisfechos con las respuestas.

Primer extremo del cordel: lo que nos hubiera gustado que nuestra vida fuera y no fue.

Segundo extremo del cordel: lo que sí fue aunque hubiéramos dado cualquier cosa para que no fuera.

En una mano, la ficción alentada por el deseo.

En la otra, la realidad que se justifica a sí misma y no pide permiso para acontecer.

A veces he pensado que debería contar 1979 desde nuestro enamoramiento de entonces, con su gozosa esperanza ante el gran futuro compartido por venir, que venía ya o había venido ya, que estaba ahí, junto a nosotros, en nuestros órganos, como percibíamos durante cada minuto de aquellos primeros tiempos vibrantes. Por el contrario, el hundimiento final y la nada, aquella quiebra moral adherida a la respiración como una coraza a medida de nuestra sombra, darían tono a 2012 y sus aledaños.

Había una vez un libro entre las llamas. ¿Debería empezar así? Quién sabe, siempre es muy difícil la primera frase. Todas las decisiones flaquean y solo la duda pervive. Ella, la duda, convierte el pasado en palabras que podrían decir la verdad o la mentira y ella, la duda, me enfrenta a la principal pregunta, la única:

¿Tengo derecho a contar la historia de una mujer muerta que nunca pidió que se contara su historia?

Nadie responde. Pero me baso en la curiosidad natural que siempre tuviste para convencerme de que habrías querido saber cómo voy a contarlo todo. Y eso me basta. En una fantasía osada o vanidosa, te imagino leyendo ensimismada este libro que todavía no existe, con las piernas recogidas bajo el cuerpo, el mechón rubio descuidado sobre la frente y aquel cigarrillo eterno quemándose entre tus dedos, más o menos la misma postura en que muchos años antes, todavía viva e ilusionada, leíste el manuscrito de la novela que acabaría por arder contigo. Ahora, transcurrido tanto tiempo desde aquel día que fue real, liberas con tu muerte este otro libro que también se dispone a existir.

Es tuyo.

Además, es también para ti.

El principio nunca es el principio; siempre hay un principio anterior al principio.

Antes de este *ahora* aconteció otro *ahora* previo que lo propició o determinó, y antes otro y antes otro y antes otro.

Si empiezo a narrar desde el instante de enero de 1979, aquel bar de copas ya desaparecido sería una viñeta sin diálogo en la que tú y yo aparecemos como bocetos a la espera del cuerpo y alma que nos otorgarán los trazos del ilustrador. Un dibujo esquemático, una propuesta difuminada, algo así tuvimos que ser el uno para el otro durante aquel impacto visual del que por supuesto no recuerdo cómo íbamos vestidos o cuáles fueron las palabras, supongo que rutinarias o de mera cortesía, que nos dedicamos cuando fuimos presentados; o qué química segregó, si segregó alguna, nuestro saludo en forma de beso en la mejilla, primer contacto físico entre dos personas que iniciaban ahí, sin sospecharlo, un largo camino que aún se ramifica por estas páginas.

Doy por cierto que la atracción brotó, de lo contrario allí mismo habríamos desistido de indagarnos más. Por tanto, puede decirse que la química segregada por las células y los órganos, química en esencia sexual, fue la responsable de todo. En primera instancia siempre lo es, qué bofetada para los afanes humanos de espiritualidad. Pero no cabe negarlo: lo primero que fluye por el interior de dos personas cuando se conocen es una evaluación inconsciente de índole sexual. Nadie es ajeno al sexo, nadie elude su poder, y quienes lo niegan menos que nadie. Incluso podría medirse de cero a diez, según el grado de atracción o rechazo hacia el otro. A partir de ese impulso suele venir todo lo demás.

Me sentí atraído por ti como tú te sentiste atraída por mí, afirmarlo no es vanidad sino evidencia ratificada por los hechos. Si nuestros respectivos olores hubiesen emitido un dictamen de rechazo mutuo, habríamos sostenido una escueta conversación retórica antes de continuar cada uno por su lado, mis ojos posados con indiferencia sobre ti mientras desaparecías entre la gente camino de otra esquina del bar, mis ojos volviéndose en el acto hacia otro lado y hacia otra vida, una sin ti, el final de la relación producido casi a la vez que su principio y el acceso exclusivo hacia nuestra felicidad y desdicha clausurado por el mismo portazo.

Me viene a la cabeza, o tal vez lo soñé, aquel viejo cineasta y antropólogo al que le fascinaba la utopía de que cada ser humano dispusiera de una filmoteca propia con los momentos importantes de su vida, algo así como un álbum familiar que sustituyera las bodas, bautizos y comuniones por los instantes de trascendencia verdadera que solo cada uno conoce. Encuestados, los poseedores de tan fantástica filmoteca revelarían que revisaban con menor frecuencia los momentos felices que

los desdichados. Y es que cuando la felicidad acontece se diría que basta con vivirla, sin necesidad de analizar sus causas ni las circunstancias en que llegó hasta nosotros. Sin embargo, el periplo que desemboca en infelicidad nos invita al regodeo morboso en él, como si la contemplación exhaustiva de sus detalles entrañara la posibilidad de reconducirlo hacia una segunda oportunidad. Por ejemplo, señalaba el viejo antropólogo mirando a cámara en un plano corto, el momento exacto en que un individuo, paralizado por el miedo a romper lo establecido, se resignó a no ser feliz; o aquel otro que, empujado por el rencor y la envidia, dañó con premeditación a un inocente y cargó para siempre con una culpa perseverante; o cuando un tercero permitió, en su lejana juventud, que la sumisión al mandato paterno decidiese su profesión y todavía se maldice, frustrado y rabioso, por haber renunciado a la vocación verdadera que tanto tiempo atrás arrojó al vacío.

Si yo fuese dueño de esta filmoteca propia y tuviera, además, el valor necesario, reproduciría la grabación marcada con un aséptico *Tú y yo en enero de 1979*.

Ahí estaríamos los dos en la pantalla, irreconocibles de pura juventud, ufanos e ignorantes, diciéndonos «hola» sin sospechar que nuestras vidas atravesaban con esa palabra un umbral sin retorno.

Algún protocolo universal debería avisarnos cuando conocemos a las personas que, para bien o para mal, resultarán trascendentes en nuestro futuro. He pensado a veces en elaborar una lista con las personas determinantes de mi biografía, ordenadas por su importancia. Un reto inquietante, nunca llevado a cabo, del que ignoro si resultaría sanador o tóxico, instructivo o deprimente. Tal vez los ancianos que pasean en ensimismada soledad por las plazas y parques de nuestras ciudades ocupan su mente haciéndose estas preguntas:

¿Quién ha sido la persona mejor para mi vida?

¿Y la peor?

Si en el momento de besarte en las mejillas hubiese sabido que treinta y tres años después, tras atravesar juntos paraísos e infiernos, serías incinerada con una novela mía entre las manos, puede que me hubiese alejado desbordado por la revelación, mientras tus ojos se posaban sobre mí antes de girarse hacia otra vida. Y esa vida tuya sin mí… ¿Habría sido buena? Tal vez seguirías viva, esto es algo que no puedo negar. Tal vez cualquier día de mucho después nos habríamos cruzado por la Gran Vía de Madrid, cada uno inmerso en las circunstancias de su respectiva biografía distinta, dos desconocidos que rozan un instante sus hombros en la calle atestada o permanecen de pie en el andén del metro sin fijarse en el otro.

Preguntas abisales sobre las que no tiene sentido elucubrar, porque lo cierto y real es que ahí permanecimos ambos, cara a cara, dos personajes apuntados a lápiz en la página blanca, chiquillos culpables de inocencia e ignorantes de que la corriente del río suele traer demonios.

Contiene cierta ironía cósmica que el amigo común que nos presentó, en realidad un simple conocido que además tú y yo, nos lo confesamos entre risas unas semanas

después, considerábamos un imbécil arrogante, desapareciese para siempre de nuestras vidas a los pocos meses de haber cumplido la función de ponernos frente a frente. Quién sabe qué habrá sido de él. Sin aquel idiota no existiría este libro ni nosotros habríamos sido quienes fuimos, qué baño de humildad.

Surgiste sin que yo supiera nada de ti, tu ser entero resumido en aquella primera impresión, tan incompleta como la que pudiste tener tú de mí. Sin embargo, y como es obvio, yo sí sabía por aquel entonces algunas cosas sobre mi persona, tenía biografía y era más o menos consciente de ella. Ese conocimiento juvenil e hilvanado constituye mi principio anterior al principio.

Casi puedo visualizar al chico de veinte años de 1979.

Inexperto y desgalichado, entusiasta de sí mismo y abducido por la infantil convicción de que alcanzará su sueño vital, un inconcreto horizonte de gloria que por fuerza, cree saber él, provendrá de su talento para dirigir películas.

Seguro que en aquel primer encuentro te dije ya que me proponía revolucionar el séptimo arte, contagiar a los espectadores mundiales de mis truculentos delirios y abrasar las pantallas del planeta con el mesías salvaje que latía dentro de mí. No sabía cómo iba a hacerlo, esto es cierto, pero sabía que lo haría.

Aquellas entrañables y peligrosas convicciones provenían de una guerra figurada que había tenido lugar en Bilbao, la ciudad donde nací en 1958 y viví hasta 1975. Una contienda feroz en la que fui campo de batalla y víctima única del choque de fuerzas, patético vencido y escuálido botín de esta guerra trascendental y a la vez inexistente, el horno donde se modelaron mi pensamiento, mi sensibilidad y mi mirada. Nací de esa confrontación y lo que soy, todavía hoy, proviene en parte esencial de ella.

El chico de 1979 no tenía modo de saberlo, pero su guerra había sido inevitable desde que, siendo muy niño, lo llevaron por primera vez a una sala de cine y sintió ante la pantalla de aquella catedral en penumbra que ahí, entre los colores brillantes y la música grandiosa y la aventura absorbente, se hallaba la vida que merecía ser vivida, mucho más que en la triste ciudad de afuera, gris y resignada, contraria a la épica y, puesto que amanecía siempre idéntica a sí misma, un poco más fea cada día. La guerra empezó así, con mi descubrimiento de la fantasía como valor supremo del mundo. Claro está que no era consciente de ello, ni lo habría entendido o aceptado si alguien me lo hubiese intentado hacer ver. Y, al ignorarlo, tampoco tuve opción de medir sus riesgos. Todo lo contrario, aquella radical conversión a una religión propia, en la que yo, también sin saberlo, era a la vez dios, demonio y voraz feligrés único, creció y se ramificó por mis años de estudiante y trazó un sendero cada vez más irrenunciable y seductor. Mientras los curas, en el

colegio, pugnaban por enseñarme los ríos de España, las diversas e insospechadas formas de sentir culpa ante cualquier estímulo y los logaritmos neperianos, me refugiaba de ellos en la guarida del cine y, pronto, también entre las aventuras de los tebeos, que acabaron por llevarme, no mucho después, hasta las páginas de los libros. Sobre esa base quedaron definidos los dos bandos de mi guerra: curas oscuros contra películas y libros, equilibrio de fuerzas que denomino de esta forma no porque quiera ahora simplificar la descripción, sino porque entonces la definía así. Incluso me parece recordar que percibía en la burda sonoridad de esas dos palabras, *curas oscuros*, inequívocos signos de mi talento literario.

Día a día y en silencio se libraban las escaramuzas, batallas y ofensivas de aquella contienda interior de la cual yo no tenía conciencia, aunque, como el civil desarmado que ante cualquier conflicto no puede impedir el infierno desencadenado a su alrededor pero sí, al menos, tomar secreto partido por alguno de los bandos, elegí alinearme con las películas y los libros frente a los curas oscuros. La culpa la tuvieron en gran medida los propios curas, tan lóbregos y antiestéticos, con su tediosa perseverancia en aquellas enseñanzas concebidas para contradecir la lógica de la naturaleza humana y encerrarla en una cajita mohosa de olor amenazante. La misa semanal, sin duda el espectáculo más aburrido que me fue dado a contemplar en la infancia, determinó enseguida mi rechazo por la educación religiosa y el consecuente deslumbramiento por el bando contrario. Wésterns como *Raíces profundas*, *Solo ante el peligro* o *El Álamo* acabaron por desterrar de mí la idea de Dios, que sería ya irrecuperable aun suponiendo que hubiese intentado recuperarla. Me sentía contento con mis películas, mis tebeos y mis libros, y militaba junto a ellos con tal fanatismo, esa es la palabra justa, que no vi los demonios que también acechaban en su hipnótico brillo.

De aquella época recuerdo mi fascinación por el alcoholismo que hermanaba a los idolatrados Edgar Allan Poe, Scott Fitzgerald, Fiodor Dostoievski, Jack London o Dylan Thomas, a quien por aquella época no leí y al que por tanto idolatraba porque sí, con la misma fe ciega, justo es admitirlo, que los curas oscuros reclamaban para sus milagros y resurrecciones. Pero poco importaba no haberlo leído, de su talento jamás tuve duda porque se decía que lo mató la bebida tras un *delirium tremens*, paroxismo terminal del que llegué a preguntarme si no sería el máximo laurel al que podía aspirar un verdadero gran escritor, por encima del premio Nobel que con tanta frivolidad se concedía en ocasiones. Antes de leer por vez primera a un autor buscaba en la contraportada del libro noticias sobre su alcoholismo, y si no las hallaba me sentía decepcionado, incluso ofendido. Franz Kafka y Joseph Conrad eran buenos, sí, pero no bebían, y eso me provocaba una extraña desazón, un vacío, como si ellos mismos hubiesen elegido, por cobardías inexplicables contra las que convenía vivir alertado, quedarse a este lado de la genialidad absoluta, donde sí se revolcaban los escritores alcohólicos, dolientes amos absolutos de las veinticuatro horas del día, equilibristas perpetuos entre la genialidad creadora, la sed mágica y

el desahucio de sus diminutas buhardillas. La sed mágica. Esa sed… El adolescente, en realidad, es un fanático que inventa su propia religión.

Con similar perversión de la lógica, sentía también que para ser un escritor enorme convenía morir joven. John Keats y Percy Shelley, fallecidos a los veinticinco y veintinueve años, eran, por ese orden, los más grandes poetas, mientras que Gustavo Adolfo Bécquer y Lord Byron, treinta y cuatro y treinta y seis en sus respectivas horas finales, me parecían ya otra cosa, casi poetas menores. Tampoco necesité leer a Arthur Rimbaud, muerto a los treinta y siete, casi en la frontera de lo inaceptable, para tener la certeza de que era muchísimo mejor poeta que su amante Paul Verlaine, fallecido en la vejez extrema, nada menos que cincuenta y uno, aunque sumaba a su favor que una vez, en un arrebato de quién sabe qué furias o terrores, disparó contra Arthur, apretando el gatillo con el mismo dedo que nueve años más tarde sostendría la pluma durante la escritura de *Los poetas malditos*, ensayo de 1884 que acaso fue una versión del disparo de 1873, o viceversa: el disparo, primer embrión del libro, ¿por qué no? En los cuatro mimbres básicos de la espantosa relación entre aquellos dos desdichados geniales yo veía inabarcable grandeza y amor sublime expresado a tiros, cuando en realidad solo hubo violencia y miseria, ambas voraces, alcoholismo patético y una pena sin fin, horrores circulares a pesar de los cuales fluyó también en todo su misterio la gran belleza creadora. Edgar Allan Poe reinaba sobre todos los príncipes y dioses de mi frívolo delirio, pues aunque murió a los cuarenta, muy mayor, la leyenda aseguraba que consumía las noches roto de dolor recitando, botella en mano, poemas sobre la tumba de la amada muerta, una estampa difícil de emular, no digamos ya de superar. Otorgué a todos estos hombres infelices el rango de dioses. Y tal vez es atinado suponer que decidí, desde el inconsciente, seguir a cualquier precio sus estelas. Según eso, me habría lanzado a la vida, y por tanto a mi relación contigo, sin saber que portaba el designio de imitar sin freno a mis héroes.

A mis quince años veía muy lejanos los veinticinco de Keats, el benjamín de los grandes poetas muertos, y pensaba que antes de alcanzar su edad tendría tiempo sobrado para elaborar alguna obra, novela o poemario, qué más daba, eso ya se vería, que me otorgase un lugar irrefutable en la historia del arte. No encontraba un momento para sentarme a escribir la primera línea de mi obra maestra, pero era feliz en la efervescencia de aquel delirio perpetuo. Por ejemplo, durante uno de aquellos paseos a medio camino entre lo astral y lo romántico por mi Bilbao natal caí en la cuenta de que Kafka y Conrad murieron en el año 1924 con sesenta y un días exactos de diferencia, Franz el tres de junio y Joseph el tres de agosto. Como consecuencia del hallazgo, caminé una semana entera por las calles en estado de excitación extrema, persuadido de haber descubierto una circunstancia de trascendencia histórica, una cábala abisal en lo literario, la puerta invisible a mil preguntas reveladoras. Me regodeé visualizando a Conrad, quien, tras haber leído en el periódico la noticia de la muerte de Kafka, suponiendo que la prensa inglesa o

de cualquier parte hubiese considerado en 1924 destacable la muerte de Kafka, se estremecía por algún acuciante presagio negro y, resuelto a exorcizarlo, corría a iniciar alguna nueva novela que no llegó a concluir y que aguardará oculta en el cajón de su último escritorio, me repetía al borde del éxtasis y resuelto a escribir en puro estilo Borges, como la temática exigía, un cuento que titularía *El último escritorio de Joseph Conrad* o, todavía mejor, muchísimo mejor, mejor sin comparación posible, *Conrad: el último escritorio*. Todos esos autores, aun por supuesto ignorando mi existencia, me concedieron vida, euforia y ánimo para afanarme en intentar crear un universo interior propio. Ni mejor ni peor que otros, pero mío.

Mis héroes… Supongo que te empecé a hablar de ellos desde el principio, citándolos de forma recurrente y desordenada, como si fueran ventanas de un rascacielos cristalino cuya estructura solo yo viera: de Lou Reed a Sam Peckinpah pasando por Edgar Allan Poe o Jorge Luis Borges, quién sabe a cuántos te iría citando en nuestros primeros días.

Tú tuviste algo importante que puntualizar:

—Todo hombres —dijiste—. Ninguna mujer. Llamativo, ¿no?

Estas seis palabras forman la primera línea de diálogo tuyo que logro recordar con precisión literal.

Por supuesto, habías dicho muchas otras frases antes, pero es esta, pronunciada una noche de nuestro primer verano juntos, la que mi memoria conserva intacta.

De los miles de frases, tal vez decenas de miles, que durante una relación de pareja pronuncia el otro, me pregunto cuántas seríamos capaces de recordar en sus palabras exactas. Tres o cuatro, a lo sumo media docena. Puede que la elegida por nuestra memoria sea aquella con la que el otro nos contradice por primera vez, aunque sea respecto a un asunto trivial.

Tus seis palabras fueron planteadas desde la curiosidad verdadera, sin reproches de ningún tipo. No solías juzgar. Escuchabas y formabas tu opinión, y dabas por supuesto que el otro tendría sus razones para decir lo que había dicho.

Me pillaron desprevenido aquellas palabras tuyas. Hube de admitir que los nombres femeninos estaban ausentes de mi santoral. Ausentes por completo. Hoy sé que aquella carencia provenía de la educación sobre el universo femenino que me implantaron los curas oscuros. La educación, magnífica herramienta para el bien o para el mal.

Allá por 1973 o tal vez 1972, el chico que soñaba con héroes pecadores sufrió, a sus catorce o quince años, una revelación brutal en el colegio Santiago Apóstol de Bilbao, donde curas oscuros identificados por un babero blanco sobre la sotana negra, los llamados hermanos de La Salle, inculcaban a los alumnos la educación católica y franquista que correspondía al momento histórico. Conviene puntualizar que servían a ese amo de forma voluntaria y desde la convicción, nadie los obligaba. Elegir bando resulta antes o después ineludible, bien te lo demuestra la vida.

Se afirmaba por entonces que la calidad de enseñanza en los colegios religiosos privados era muy superior a la impartida en los despreciados institutos de enseñanza pública, pero quienes lo afirmaban eran los colegios religiosos privados. Fuese como fuese, en aquella institución estuvo entre 1968 y 1975 mi esponjosa mente, indefensa ante el bombardeo constante de fórmulas matemáticas y plúmbeas citas bíblicas con sus correspondientes lecciones morales interpretadas de forma aviesa. Triste destino el de la Biblia, deslumbrante epopeya colectiva de quién sabe cuántos escritores anónimos que ha llegado a ser el libro de cuyos textos mayor número de charlatanes, estafadores y asesinos se han apropiado a lo largo de la Historia. Por aquel colegio bilbaíno campaba a sus anchas un enlutado y hostil profesor de matemáticas con perpetua expresión de esfinge pomposa que atendía por el nombre de Estanislao. No era su verdadero nombre, más de una vez oí que los hermanos de La Salle, al entrar en la orden, elegían un alias, como las estrellas de cine y los pistoleros del Oeste. Los alumnos nunca nos deteníamos a analizarlo, pero ahora encuentro inquietante que la primera seña de identidad de un educador infantil, su nombre propio, sea una mentira a cuya elección, además, cabe presumir que dedicó el impostor un proceso de meditación; quién sabe qué pasiones secretas o frustrantes anhelos decidieron a la esfinge por Estanislao y no por Álvaro, Patricio o Bienvenido. El más mínimo acto humano puede contener una novela.

Aquel día la clase de matemáticas fue la última antes de las vacaciones que se nos concedían por Semana Santa. Cuando cerramos los libros se produjo en el aula un pequeño ambiente festivo. Algunos compañeros revelaron sus planes. Uno dijo que partía con su familia hacia la playa, otro que tenía en mente hacer senderismo cada día y un tercero, osadísimo, afirmó que había quedado con una chica. Surgió un murmullo colectivo de aprobación o envidia y el hermano Estanislao, como si se hubiera contagiado del brote de camaradería viril, dijo en voz clara y alta, pretendidamente graciosa, que si a una vaca le levantas el rabo es lo mismo que una mujer.

Se solidificó un silencio espantado. Todos captamos la violencia extrema de esas palabras, su odio y su maldad. Ignoro qué sintieron mis compañeros. A mí me fue revelado mediante aquel *electroshock* que mi educación estaba en manos de psicópatas perversos cuyo objetivo no era formarme en matemáticas, geografía o historia, sino sabotear mi camino natural hacia la humilde búsqueda de la felicidad. En el instante mismo de escuchar aquella frase, lo recuerdo como si fuera hoy, decidí blindarme para siempre de las enseñanzas de la Iglesia y así lo cumplí, pero me sigo preguntando cuánto daño irreparable del que no fui consciente se me había causado en los años anteriores por manipuladores más sutiles que este energúmeno. Mi educación, por tanto, estuvo largo tiempo sustentada en la hostilidad y desprecio hacia las mujeres, esa fue la sucia devoción que quisieron inocularme. Terror y odio hacia lo femenino, repulsión crispada ante la natural sexualidad. Mujeres: asco y miedo.

Y no cabe duda: ese bagaje nefasto cargaba yo, sin ser consciente de ello, junto a los afanes de gloria, las pasiones por libros y películas, el pudor y sus miedos, la devoción por mis santos bebedores y la ignorancia por el mundo y por las cosas, bienintencionada y arrogante, muchas veces también peligrosa, que caracteriza al adolescente ávido.

Todo ello, y algún que otro millón de corrientes interiores en algunos casos opuestas entre sí, me definía e impulsaba cuando entré al bar de 1979 donde te encontrabas tú. Ese era yo, de aquel chico proviene este hombre que escribe hoy.

Cada encuentro humano implica una demoledora desigualdad de fuerzas y el nuestro no fue una excepción: yo y todo lo que conocía sobre mí mismo, aunque nada o casi nada de ese conocimiento fuese racional, veraz o completo, frente a ti, que compareciste figuradamente desnuda y opaca aunque, a cambio, albergases una llanura ilimitada de preguntas esperando ser respondidas. Colisión voluntaria de planetas vírgenes con su consecuente resplandor.

Pero hacia ti fui. En línea recta y sin dudarlo un instante.

Y mientras todo esto acontecía, ¿quién eras tú?

¿Quién eres, entrando al bar de enero de 1979?

Centenares de recuerdos, miles de fotogramas protagonizados por ti permanecen con imagen y sonido en mi memoria y, sin embargo, ignoro los procesos emocionales que impulsaron tus actos.

Si quiero ser riguroso debo preguntarme cuánto sé en realidad de ti, suponiendo que sepa algo, suponiendo que sea posible conocer la esencia honda de quien camina junto a nosotros, incluso en un trayecto prolongado e íntimo. Mi análisis de hoy sobre tus actos de entonces puede haber evolucionado, transformándose con sigilo hasta generar interpretaciones nuevas, tal vez opuestas incluso a las originales. Nadie conoce a nadie. Ni siquiera a sí mismo. De forma continua descubro aspectos de mí que desconocía ayer y, si ignoraba en mi época ególatra quién era yo, cómo no iba a ignorar quién era la mujer con quien compartí miles de días de mi vida: tú, difusa tú.

Hablar de nosotros como ahora pretendo me parece a ratos una engreída frivolidad, un absurdo diálogo con la nada, agitar el aire alrededor de un espíritu que podría no haber comparecido. Y frente a tal incertidumbre solo cuento con la memoria, ficción caprichosa que muta cada día y podría mentir. Pero esta brújula desimantada es mi única herramienta.

El chico bienintencionado que entró al bar de 1979 no poseía ninguna información sobre ti. Sin embargo, la atracción hizo fluir en los días siguientes una conversación inagotable y sedienta de sí misma. Los afluentes de palabras

desembocaban en nuevos afluentes desde los que partían a su vez otros, todos caudalosos. Me zambullía en ellos con impaciencia por alcanzar el siguiente y añoranza por los que quedaban atrás. Dijeras lo que dijeras, contaras lo que contaras, lo reinterpretaba yo en clave épica, expectante, fantasiosa, dulce. Así es el proceso natural de seducción. Resulta imposible, maravillosamente imposible, dejar de desear que quien nos gusta nos guste todavía más. Perseguimos el límite del deseo y, por desgracia, solemos encontrarlo. La felicidad está en ese trayecto. Codiciosos de su más allá, subestimamos la idea de que pueda conducirnos a una frontera tras la que aguarde el principio del desencanto. Da igual, porque mientras la búsqueda perdura levitamos de alegría y, si es necesario, reordenamos la verdad o la pasamos por alto o la adornamos para que dure un poco más. El enamoramiento podría entenderse como una traducción de la realidad al misterioso idioma que de repente nos nace dentro, cargado de adjetivos hipnóticos y formas verbales fascinantes de descifrar.

Quería que cuanto contases me embrujara. Y, por supuesto, ocurría.

—Mi padre también trabajaba en el mar —dijiste, por ejemplo, al saber que el mío había recorrido el mundo como marino mercante.

Y yo, desbocado y sin miedo a la cursilería, respondía que los océanos del mundo habían venido a confluir en nosotros, y cosas así.

—El mío trabajaba como ingeniero en el puerto de Cádiz. —Intentabas oponer límites realistas a mi inofensivo delirio.

Pero yo, lejos de achantarme, visualizaba espías internacionales y tramas de contrabando, tal vez jerarcas nazis huidos y quién sabe si hasta justicieros tras su pista en la fusión de los conceptos Cádiz, años sesenta, puerto e ingeniero. El cine: mi droga y mi lupa.

—Mi padre luchó voluntario en la Guerra Civil del lado de la República —dejé caer con indisimulado orgullo, exhibiendo el compromiso ajeno como mérito, en cierto sentido, mío.

—El mío en la Segunda Guerra Mundial —dijiste sin pretender que compitieran las biografías de nuestros progenitores, más bien señalando la parte terrible y dramática del asunto.

La Segunda Guerra Mundial, hube de reconocerlo, era un envite de altura. Imaginé a tu padre dinamitando vías férreas al paso de trenes de las SS y de poco servía que la guerra, según aclarabas, le hubiera sorprendido con más de treinta años, casado y con dos niños pequeños. Para el chico bilbaíno de 1979, que insistía en seguir siendo un niño fantasioso, en la Francia ocupada de la Segunda Guerra Mundial un hombre solo podía ser oficial nazi o héroe de la Resistencia. El cine: juguete y distorsión.

El simple hecho de que fueras francesa me deslumbraba, sobre todo porque hablabas un español perfecto, sin el menor acento ni error, el mismo español que yo o cualquiera de nuestros amigos, pero, al contrario que nosotros, eras dueña nada

menos que del idioma francés, al que saltabas con la misma naturalidad mágica con que retornabas luego al español. Me provocaba un hechizo de ribetes sexuales que la mujer junto a la que pasaba tantas horas en el empeño de seducción mutua tuviera la capacidad de hablar en francés cuando le venía en gana, como quien pulsa el interruptor de la luz o se encasqueta un sombrero. Te pedía que dijeras Catherine Deneuve y Victor Hugo y Simone Signoret y Jean-Paul Belmondo y François Truffaut y Simone de Beauvoir y Jeanne Moreau y Jean Seberg, que no era francesa pero merecía serlo, y Jean-Louis Trintignant y Jean-Paul Sartre y hasta Louis de Funès, y esos nombres, pronunciados desde la carnosa fisicidad de tus labios franceses, me parecían nuevos, jamás escuchados antes, luces de un universo paralelo y desconocido, el de la cultura francesa, que se mostraba a punto de ser redescubierto por mí desde tu voz. Ser francesa: eso sí que fue un as en la manga. Hablábamos de cine, de música, de libros y de anhelos, un gozoso desorden que espoleaba el deseo.

Carecías de vocación definida. Ni tú ni yo le dábamos importancia, porque en cualquier momento brotaría alguna, la que fuese. Qué ignorantes y estúpidos, qué niños. Ahora sé bien la tragedia que implicó ese vacío. Pero entonces no importó. Ya disponía yo de talento artístico por ambos. Ignoro si es peor carecer de vocación o tenerla y verse resignado a vivir siempre en la frustración de no haber llegado a desarrollarla. Pero en aquellos días de juventud el fracaso que al final nos alcanzaría me parecía inconcebible y, de haberlo considerado, lo habría descartado en el acto o le habría adjudicado románticas auras de bohemia maldita. Dejando de lado el imán de tu piel todavía ni siquiera rozada, el cine, la música, los libros y los anhelos en su gozoso desorden eran asuntos principales de mi pensamiento, que exponía a quien tuviera cerca con insistente pretenciosidad.

—Todo hombres. Ninguna mujer. Llamativo, ¿no?

Cuando dijiste tu frase estábamos ya inmersos en el verano de aquel 1979 nuestro, dedicados a estudiarnos el uno al otro sin atrevernos aún al contacto físico. Yo, en ese terreno, cargaba con una odiada timidez de seminarista ejemplar, lógica según la educación que recibí, y creo que tú, mucho más desenvuelta en lo físico, me observabas expectante y divertida, incluso estupefacta ante mi anacrónico recato.

Habíamos acudido seis o siete amigos a un bar de copas situado al final del Paseo de la Castellana, cerca de la estación de Chamartín, un bar que como casi todos los bares de este relato tampoco existe hoy. Al terminar la velada, encarrilada ya la noche hacia la madrugada, caminamos en dirección a nuestras casas. Nadie tenía prisa y casi sin darnos cuenta acabamos por recorrer, en la serena oscuridad que concluía, la Castellana entera para, al amanecer, desayunar en un bar que alzaba el cierre cuando pasábamos frente a él. Pedimos gin-tonics frente a los churros y porras de los rutinarios madrugadores.

Aquel día calzabas zapatos de tacón muy alto que te quitaste cuando ya pareció claro que andaríamos a lo largo de la noche entera. De niño fui muy pudoroso

respecto a la desnudez de mi cuerpo y, en particular, de mis pies. Supongo que por causa del inhóspito clima de Bilbao, impredecible y lluvioso, me educaron para que previniera los enfriamientos usando calcetines en cualquier circunstancia y lugar, designio que, como buen niño obediente, cumplí con celo espartano hasta que un día de la adolescencia en que los termómetros marcaban cuarenta grados osé prescindir de los calcetines y me puse unas zapatillas de baloncesto por encima del tobillo, ciñendo bien la maraña de cordones para que mis pies permanecieran ocultos bajo la tela. Tus dulces y naturales pasos me embelesaron como acto de libertad inaudito, la proclamación de alguna supremacía sobre el mundo. Nunca, a lo largo de mis ya veintiún años de vida, una mujer resuelta y luminosa había caminado descalza junto a mí sobre la piel caliente de la ciudad desnuda.

Ahora mismo nadie más en Madrid está viviendo esta felicidad, recuerdo que pensé.

Nos habíamos adelantado unos metros de los demás, lo que en cierto modo nos permitió sentirnos inquilinos únicos del gigantesco escenario de edificios que dormían, príncipes de la avenida que sentíamos nuestro palacio. El aire era tibio y parecía muy quieto, detenido con la intención precisa de admirar nuestra juventud, y yo sentía que nuestras pieles latían a la vez, como si nos animaran a acercarnos. Parecía verosímil que un viento salvaje llegara de pronto para arrancarnos la ropa que tanto nos sobraba. Todo era silencio excepto nuestras palabras y tus pasos y nuestras respiraciones. Desde alguna parte llegaban las lejanas notas de un saxo, o tal vez lo ha inventado mi memoria. Los detalles secundarios son de vocación tornadiza.

—Es que solo has dicho nombres de tíos —subrayaste ante mi expresión de sorpresa—. ¿No hay escritoras ni mujeres artistas en esa lista tuya tan sagrada?

No reprochabas, solo mostrabas divertida extrañeza.

—Janis Joplin y Mary Shelley —me apresuré a argumentar.

Y era verdad. Amaba a las dos entonces y las amo ahora, pero nunca las incluía en mi lista. Caí en la cuenta de ello ahí, gracias a tu comentario. Los curas oscuros sobrevivían a pesar de todo dentro de mí, como guerrilleros con sotana de camuflaje. Me alarmó la idea repentina de que tú, justo al revés que yo, solo leyeras a escritoras y llegara por ahí el fin de aquella noche mágica. Durante el proceso de seducción la menor grieta puede volverse un barranco sin fondo.

—Janis Joplin. ¿Quién es?

—Una cantante de rock —aclaré, aterrado. ¿Qué futuro podía tener nuestra relación si no conocías a Janis Joplin?

—No me gusta el rock. Me gusta la música clásica. La ópera. Y Édith Piaf. ¿A ti no? ¿Édith Piaf? La conoces, ¿verdad?

—Hmmm —afirmé con toda la ambigüedad que pude. De Piaf tenía la imagen desdibujada de una mujer menuda vestida de negro que muchísimo tiempo atrás, incluso antes de la guerra mundial, cantaba en francés sin guitarras eléctricas ni

batería. A ti no te gustaba el rock y a mí, aparte de las bandas sonoras épicas, no me gustaba nada que no fuera rock.

Esa mañana, apenas nos separamos, entré en una tienda y busqué discos de Édith Piaf. Había varios, incluso uno en directo en el Olympia de París en 1958, año de mi nacimiento, razón por la que decidí estudiar en su cubierta el rostro de Piaf. Durante largo rato me empeñé en descifrar el secreto de aquella mujer frágil y avejentada que no intentaba mostrarse bella ni complaciente con el mundo pero parecía capaz, ella sola desde su esquina de la estantería, de retar a toda la parafernalia del rock del momento. Hoy, para escuchar a Piaf, habría entrado con el móvil en Spotify apenas te dejé en tu portal, pero entonces ningún acceso a la música ni al cine ni a casi nada era tan fácil. Todo conocimiento requería un esfuerzo real de la voluntad, así que, sin dinero para comprar un casete suyo, hube de vivir todavía algún tiempo sin saber cómo cantaba la competidora de Janis. Ansiaba escuchar su voz y ya se sabe que, para desear, nada es mejor que no conseguir lo que se desea.

El deseo saciado no deja memoria, en cambio el deseo insatisfecho se recuerda siempre. Este párrafo, por ejemplo, no existiría si aquella mañana me hubiese quedado a dormir contigo por primera vez. El abrazo sexual habría borrado toda señal de la pugna entre Janis y Piaf. Dado que no lo hubo, aún puedo visualizarme tras despedirnos, camino de casa con las manos en los bolsillos, melancólico y anhelante como un Byron trasplantado desde Venecia hasta el amanecer madrileño, puede que deteniéndome en algún bar para tomar, ya a solas, otro gin-tonic, el último o penúltimo, como sin duda en amaneceres similares habrían hecho alguna vez Chet Baker, Scott Fitzgerald o Philip Marlowe. En las proyecciones de mi ego se fusionaban los personajes reales con los de ficción. Los brujos peligros de la fantasía están resumidos ahí, justo ahí, en la imagen del chico que quiere ser artista y, tras una noche de copas con enamoramiento no culminado incluido, inventa que ese vagabundo envejecido que bebe a dos metros de él, triste y ensimismado ante el fondo de su copa, es Corto Maltés, melancólico por las noches de Samarkanda que no volverán, o Alack Sinner extraviado en Madrid e incapaz de volver a su hogar en las páginas de Muñoz y Sampayo.

¿Ves? Otra vez me refugio en mi lista de héroes masculinos. Es casi un tic.

¿De dónde venías? Demoraba preguntarte sobre tu pasado anterior a nuestro encuentro porque me inquietaba que cualquier respuesta inesperada pudiese demoler el misterio que te envolvía, y que en ese momento era lo mejor de mi vida. Tu dominio bilingüe, explicaste un día, se debía a que habías nacido en Cádiz, donde viviste junto a tu familia hasta que los compromisos profesionales de tu padre exigieron vuestro traslado a Madrid. A Marsella fuisteis a mediados de los años setenta.

—¿Y cómo es, entonces, que has vuelto a Madrid?

—Me largué de casa, no soportaba Marsella. Hui.

Ese día seguiste la conversación por otro lado, era obvio que no querías hablar de ello. Sin embargo, en otra ocasión, tal vez semanas después, el asunto surgió de nuevo.

—Estuve en Londres, trabajando de canguro. Me gustaba pero en la última casa el padre vino a por mí enseguida, nada más llegar. Se obsesionó, no podía quedarme a solas con él. Y tuve que volver a Marsella, no tenía dinero. A Marsella, a seguir peleando todo el tiempo con mis padres. Escapé a Madrid en cuanto pude. Madrid es mi ciudad. Odio Marsella. Es una ciudad horrible.

No analicé las turbulencias que iban implícitas en cuanto contabas, solo veía que estabas sola y sin familia, como yo, y que eso hacía más indisoluble nuestra unión. Nos fusionamos en uno para enfrentarnos al mundo, eso es todo lo que necesité saber y sentir. Renuncié a indagar sobre tu desarraigo, puede que ni siquiera fuese consciente de que lo padecías. Sus orígenes, su alcance, sus consecuencias. Lo probable es que en aquella época yo, tan feliz de ser quien era, ni siquiera conociese el cruel significado de esa palabra. Así que nunca pregunté y, por tanto, nunca supe, y, por tanto, nunca podré ya saber qué causas exactas te impulsaron a huir de Marsella y luego de Londres y luego otra vez de Marsella, cuáles fueron las heridas, y de qué relevancia íntima, que provocaron en ti aquel acosador londinense o las discusiones con tus padres en el hogar familiar, tampoco cuáles eran los miedos que te habitaban cuando, no tanto después de todo ello, entraste en el bar de 1979.

Por todo ello, resulta insuficiente preguntarse hoy quién eras.

También importaba cómo te sentías ante el desarraigo. Qué necesitabas para superarlo.

Ojalá te hubiera hecho esa pregunta entonces.

Ojalá pudieras contestarla ahora.

Nuestra conversación, que siempre quería más, solo se interrumpía cuando debíamos separarnos. No teníamos momentos mudos, no recuerdo uno solo. Hablar y hablar y hablar, hablar siempre y siempre con alegría: logro asombroso de una relación.

Una vez estábamos comiendo en el enorme salón de un restaurante italiano en la parte trasera de la Gran Vía. A pocos metros de nosotros, un hombre y una mujer de edad madura y aspecto adinerado comían a ritmo pausado, con los ojos fijos sobre los respectivos platos, sin dirigirse la palabra en ningún momento. No dejé de observarlos, cada vez más interesado en saber si su hechizo de silencio llegaría a romperse en algún momento. Pero lograron no decir una palabra en toda la comida, aunque lo cierto es que tampoco parecían sentirse incómodos. Cuando acabaron, pidieron la cuenta con un gesto, pagaron, se levantaron y se fueron sin que saliera el menor sonido por sus bocas. Se me ocurrió imaginar al silencio como un ser vivo que se engendra en el momento de la unión de dos personas y crece desde ahí, sin que sea posible advertirlo, hasta alcanzar la edad madura y usurpar el protagonismo a la palabra.

—¿Has visto? —dije—. Son ricos y nosotros pobres, pero nosotros no paramos de hablar y ellos no se han dicho una palabra. Nada.

—A lo mejor son mudos —contestaste. Y no supe qué añadir.

Estábamos convencidos de que nuestra conversación no flaquearía jamás y que seguiría acompañándonos por siempre y para siempre. Nos equivocamos, como ocurre cada vez que se pronuncian las palabras *para siempre*. Esto debería ser lo primero que se enseñase en los colegios: nunca digas para siempre. Claro que, entonces, quebraría la gran industria montada alrededor de las personas que de buena fe pronuncian esas dos palabras.

Nos lo contábamos todo con el fervor de la inocencia, nada teníamos que esconder y sí, en cambio, todo para compartir. Tú a mí y yo a ti, tú conmigo y yo contigo y el mundo de los dos. Cobraban sentido mis pasos previos sobre la tierra y, me atrevo a decirlo, también los tuyos. A veces añoro aquel espejismo que tan real logró parecer.

Fue, aunque nos sintiéramos ufanos adultos, la última etapa de nuestra niñez, sus verdaderos días finales. Chavales indefensos, jugando con baraja infantil las primeras partidas adultas. Solo podíamos perder, pero mientras llegaba la derrota nuestro diálogo contuvo frases salvadoras. Con todo lo vivido y todo lo sufrido, todavía conservan algunas su esencia emocionante.

—Te saldrán bien las cosas cuando te atrevas a hacerlas tú solo.

Me dijiste esta frase tan certera una tarde de nuestra peor época mísera en un bar mortecino de paredes sucias. Afuera el sol lucía sobre Madrid, pero hay bares, al menos entonces los había, donde siempre parece de noche. No supe qué responder, incluso creo que intenté, por instinto absurdo, defender a los socios desnortados que me había buscado para no afrontar a solas aquel presente sin futuro. Sin embargo, las décadas acabaron por darte la razón: me salieron bien las cosas cuando me

atreví a hacerlas yo solo. Tal y como tú dijiste. Nadie conoce a nadie, pero algo tuviste que conocerme tú para atreverte a vaticinar, muy seria y resuelta, casi trayendo un poco de crispación a la comodidad etílica de la velada, lo que acabaría por ser verdad.

Y, por supuesto, está la frase del gin-tonic:

—Vale, un gin-tonic, solo uno, a ver cómo sabe con tanta burbuja.

La dijiste mucho antes que la anterior, durante la época dorada en que el sol iba con nosotros allá donde nos metiéramos, incluso de noche.

Cuando te conocí bebías café con leche a todas horas, esos tazones desmesurados de los bares madrileños, un poco de café al fondo y luego un cuarto de litro, medio litro, quién sabe cuánta leche, la botella entera me parecía a mí, hasta generar ese brebaje insípido e indigesto que, extraña paradoja, anula los efectos estimulantes, propósito esencial por el que se toma café. Yo bebía gin-tonics, en mis años de bebedor jamás conocí una bebida mejor y seguro que desde entonces no se ha inventado nada que supere esa combinación perfecta hasta en su color, idéntico al del agua si se extrajese la rodaja de limón y se lograsen borrar las burbujas de la tónica. Soy de los que piensan que el color del agua es el mejor color del mundo.

El gin-tonic, como su hermano siamés el vodka con tónica, aparenta ser una bebida sana, no como el cubalibre de ron o no digamos el de coñac, empalagosos desde antes del primer sorbo y de siniestro color. Todos estos razonamientos y otros más sofisticados desplegaba yo ante ti cada vez que, después de haber cenado y ya en el correspondiente bar de copas, pedías con imperturbable convicción un café con leche. No te atraía el alcohol, no te gustaba su sabor, te sabía mal. Eso, rebatía yo, era porque no habías probado un buen gin-tonic; era cierto que los mejunjes de Coca-Cola y ron o el vodka con naranja eran repugnantes, pero el gin-tonic era una bebida de aristócrata, una bebida legendaria, y el café con leche tenía que ser malo después de cenar, debías probar un gin-tonic aunque fuese una vez. Yo sabía que nuestra luminosa comunicación se expandiría si compartíamos un punto de alcohol y por ello insistía e insistía, hasta que poco a poco tu rechazo fue resquebrajándose. Un día aceptaste cambiar el café con leche por otras opciones. Era un buen principio. Probaste té o manzanilla, enseguida descartadas, luego una Coca-Cola, una tónica sola, y por último un día dijiste:

—Vale, un gin-tonic, solo uno, a ver cómo sabe con tanta burbuja.

Una de las frases fundacionales de nuestra vida. También la peor.

Me gustaría saber si piensas lo mismo.

Ojalá pudieras hablar.

El periplo de Thomas Edward Lawrence por Arabia no sería el que conocemos si

su destino lo hubiese llevado, por ejemplo, hasta la Rusia imperial rota tras la colisión entre la Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique. Me cuesta concebir a este improbable Lawrence de Siberia, caudillo de cosacos sobre las compactas estepas, a lomos de un simple caballo y envuelto en pieles de oso para protegerse de los treinta grados bajo cero. Las epopeyas vienen determinadas por el escenario sobre el cual acontecen, y lo mismo ocurre con la historia más anónima y cotidiana. Casi todos pasamos por la vida sin que la Historia nos señale, pero compartimos con algunos héroes la pertenencia al lugar donde transcurre nuestra peripecia. Algo es algo.

Tu biografía y la mía se alimentaron sobre todo de nosotros dos, de lo que éramos y de cómo actuábamos, pero no habríamos sido los mismos, ni juntos ni por separado, si en vez del Madrid de 1979 hubiese sido nuestro punto de encuentro Oslo en 1983, Dallas en 1981 o Bogotá en 1985. Madrid nos hizo, fuimos hijos de nuestro Madrid aunque antes hubiéramos sido hijos de otras ciudades, tú Cádiz y Marsella y yo Bilbao. Los humanos tendemos a creernos protagonistas de nuestro destino, pero lo cierto, ya lo señaló alguien con nitidez difícil de mejorar, es que compartimos ese protagonismo con nuestras circunstancias.

Madrid a las puertas de 1980, eclosión de paraíso que manaba con generosidad recién estrenada para que nos sintiéramos hermosos, intrépidos e irreductibles. En aquel Madrid, resurgida capital de la gloria por cuyas venas corrían nuestros espíritus y cuerpos insaciables, fuimos seres inmortales.

Las calles grises se abrieron y desde el corazón de la Tierra manaron hacia los cielos la alegría, el sexo y la música; también, es cierto, serpientes mortales con llamativas pieles relucientes. Pero a los potros desbocados eso nos daba igual durante el día y por la noche azuzaba más nuestro galope.

Décadas después se ha debatido mucho sobre aquella revolución dorada. Hay quien argumenta que solo colonizó una parte de la ciudad y que en otros barrios apenas se notó; también que fue posible gracias, sobre todo, al empuje de los cachorros de la progresía rica. Este tipo de argumentos suelen esgrimir quienes odian las revoluciones. Puede que tuvieran razón. No voy a discutirlo. Lo que sé, lo que me consta, lo único que me importa es que nosotros y nuestros amigos caminábamos por aquellas calles de 1980 y nos sentíamos héroes sin merecerlo, aunque importara bien poco no merecerlo, aunque fuéramos héroes solo por un día. La atalaya de los años me permite reconocer los fracasos en el horizonte de lo vivido. Y aun así declaro que siempre me sentiré orgulloso por haber dedicado la juventud a perseguir mis sueños en la capital del mundo. Madrid: nunca te amaré lo suficiente. Cada una de aquellas mañanas, al salir a la calle, arrancaba a caminar sabiéndome señalado por los dioses. Bastaba respirar el aire de aquel Madrid, lo juro.

Era mentira, pero fue verdad.

Compartías piso con una amiga y hoy, cuarenta años después, he venido hasta el mismo portal de la calle de la Palma hacia el que entonces me imantaba el deseo.

Los escenarios importantes de mi vida conservan energías que me conciernen, señales palpitantes que, si observo bien, podría reconocer e interpretar. Considero esta arbitraria convicción una especie de religión propia pueril y frívola, otra más, de la que nunca llegué a hablarte porque no era consciente de ella cuando estabas viva. No quiero decir que tu muerte pusiese en marcha el proceso, más bien lo achaco a mi obsesión por las fechas, que se acrecienta con la edad. Si desplegase las fechas significativas junto a sus escenarios surgiría un singular mapa de mi vida, una biografía cartográfica navegable desde la mente sin más brújula o sextante que los caprichos de la memoria.

Gracias a este mapa he podido recordar siempre cómo tú y yo nos conocimos, gracias a él puedo precisar ahora que nos acostamos por primera vez en octubre del mismo año en la casa de esta calle de la Palma o que en mayo de 1980 nos encontrábamos viviendo juntos, ya en una casa distinta. Datos que pueden interpretarse de muchas formas: el periodo de nueve meses sin estrenar nuestra relación sexual, por citar uno expresivo, resultaría demasiado largo para un depredador o depredadora sexual y demasiado corto para cualquier fundamentalista de la fe católica, pero ese y no otro fue el tiempo que tardó en producirse nuestra primera exploración del abrazo físico: el mapa lo atestigua, igual que fija en siete los meses que, después, tardamos en vivir juntos; poco tiempo o mucho, otra vez según la mirada. Iniciar la convivencia fue, con igual peso de importancia, irremediable y precipitado. Y, por supuesto, también irreflexivo, apasionante, algo estúpido y algo suicida. Adictivo y del todo determinante, para bien y para mal, de lo que acabaría por venir.

Pero vuelvo a tu calle en mi mapa: La Palma casi esquina con San Bernardo, entre enero de 1979 y la primavera de 1980.

En la acera derecha de la Palma se hallaba, a los pocos metros de entrar por San Bernardo, el mismo portal de madera que sigue estando aquí. He sentido alivio al verlo, esperaba una hamburguesería o un taller de reparación de teléfonos móviles. Pero aquí permanece, recubierto de pintadas y grafitis sofisticados, casi detallistas, como si los vecinos hubiesen consensuado decorarlo con este criterio. O tal vez el inmueble se encuentra vacío y clausurado, a la espera de que se resuelva algún bloqueo administrativo que permita construir apartamentos de lujo o un hotel con encanto. Yo montaría uno. Lo llamaría Malasaña 1980. Sería el Chelsea Hotel de Madrid. Pero la singularidad mágica de este Hotel Malasaña 1980, o mejor Malasaña Hotel a secas, es que contendría una puerta hacia el pasado. Los huéspedes, nada más inscribirse en él, se hallarían de repente en el prodigioso 1980, a pocos metros del Pentagrama, el nuclear Penta, y de La Vía Láctea, dos locales que en su tiempo fueron los mejores del planeta Tierra, envidiados por los magnates hosteleros de Marte, Venus y las galaxias más lejanas; así lo habríamos jurado ante cualquier tribunal quienes cada noche cruzábamos sus puertas con inagotable fervor.

Ojalá estuviera alojado ahora mismo en el Malasaña Hotel. Saldría a pasear y apenas pisara la acera me encontraría en 1980. El radio efectivo del salto temporal rondaría el centenar de metros, por ejemplo, algo así como el wifi de algunos locales, que se volatiliza cuando te alejas unos pasos, pero sería suficiente. Podría, también, permanecer en su interior y recorrer los pisos y pasillos en busca de tu espectro y del mío, intentar reconocer la puerta de tu pequeño apartamento.

Imagino que abro esa puerta y entro. Me siento en la cama, inspiro muy despacio. Los muelles no hacen ruido, son silenciosos como mi respiración y como el aire que me rodea, la habitación está callada como el muerto que en realidad es. Las paredes se ven decoradas por el papel pintado de mi memoria. Me recuesto en el colchón de una tarde que no he olvidado, diciembre de 1979 o enero de 1980. Invierno, recuerdo que sobre las cinco de la tarde ya anochecía en tu ventana. Estaba solo en el apartamento, habías salido, y me eché sobre la cama con el ejemplar de *Yonqui*, de William Burroughs, que encontré sobre la mesilla. Tal vez era *El almuerzo desnud*o. Dudo porque tenías los dos entre tus lecturas predilectas, un amigo tuyo había diseñado las portadas y te regaló los libros. Lo normal es tener en la mesilla la Biblia, la poesía de Lorca o la historia del Imperio romano. Dormir junto a Burroughs, aunque solo sea en espíritu adherido al libro, puede ser peligroso. «Drogarse es una forma de vida. Me chuto cada mañana antes de afeitarme, me chuto antes de ponerme la corbata y salir a la calle.» Cito esta frase sin comprobarla, tal vez la he reinventado, pero recuerdo que me impactó esa imagen del escritor yonqui anudándose la corbata cuando la heroína le corría ya por las venas cualquier mañana de su funámbula existencia. La luz de afuera, que por mi postura sobre la cama me iluminaba desde atrás, languidecía sobre las páginas y me pareció que la tinta de las palabras iba poco a poco adquiriendo un reborde difuso. De repente me aterró la inminencia de la noche. Dejé de leer y encendí las luces, inquieto como el niño que sueña con demonios. Pensé que la corbata de Burroughs me había hablado expresamente a mí, al chico de Bilbao tímido y bien educado que anhelaba ser director de cine pero podía acabar convertido en yonqui; ni director de cine, ni escritor, ni persona sana, ni siquiera persona buena: solo yonqui. Aquella advertencia figurada ha permanecido clavada en mi memoria desde entonces, aunque no supe interpretarla hasta mucho después, cuando escuché una entrevista con un Joe Cocker lúcido y resurgido del alcohol en la que recordaba cómo durante su mítica actuación de Woodstock, que lo convirtió en leyenda viviente a sus veinticinco años, vio desde el escenario, en el cielo limpio de aquel jubiloso mediodía del diecisiete de agosto de 1969, un denso nubarrón negro que venía hacia él, justo hacia él, solo hacia él y para él.

También fue en esta habitación donde me regalaste por mi cumpleaños, el trece de junio de 1979, el disco de Graham Parker & The Rumour *Squeezing Out Sparks*, para cuya elección, ya que nada sabías de música pop, te habías asesorado. No me ilusionó tanto el disco como el tiempo que habías dedicado a buscarlo.

—He dudado entre este y uno de Joe Jackson. Me han dicho que también es muy bueno —dijiste con una sonrisa fresca por la que me permití deducir que el amor hacia mí, aunque apenas nos habíamos rozado aún, iba viento en popa.

Celebrábamos también allí fiestas humildísimas que nos colmaban de felicidad y orgullo. Los invitados a esta comprimida mansión de Gatsby en la calle de la Palma, donde tu amiga y tú, anfitrionas míticas, nos recibíais con rebanaditas de pan untadas con mayonesa y coronadas de aceituna o anchoa, intercambiábamos nuestros sueños y afanes. Uno planeaba montar una sala de conciertos donde músicos consagrados se alternarían en el escenario con emergentes artistas locales, otro había concluido esa misma tarde la primera línea de un poema que casi daba miedo de lo bueno que iba a ser, quien no estaba casi a punto de viajar a Nueva York para ver en su salsa a Lou Reed estaba casi a punto de viajar a Berlín para ver en su salsa a David Bowie y quien no se acababa de enamorar se acababa de desenamorar. Una vez alguien proclamó que había invitado a uno de los músicos de Los secretos y que incluso cabía la posibilidad de que apareciera el mismísimo Enrique Urquijo.

Hasta la madrugada mantuvimos la esperanza de que viniera. ¿Por qué no? ¿Quién podía asegurar lo contrario? En tus fiestas de Gatsby casi todo podía ocurrir, ya que casi todo era inventado. Ahí se evidenciaba que eras dueña de la felicidad sencilla, una de tus virtudes más transparentes. Yo te observaba exhibirla embelesado, y me contagiaba de tu alegría.

—¿Un canapé de mayonesa? —ofrecías, luminosa, a quien atravesara el umbral.

No es fácil poseer el secreto de la felicidad sencilla. Todas esas veces que he pensado en abandonar este libro porque contiene demasiadas oscuridades de alguien que no tiene derecho a réplica, he recordado en el acto tu felicidad sencilla, y ahí hallaba la razón para continuar. Si una persona amada pierde su felicidad interior hay que preguntarse por qué. Perder la felicidad es el asunto más serio del mundo, aun más serio que encontrarla. Indagar, cuando esa persona nos importa, es un acto de justicia y de amor.

Improvisábamos a diario comidas para cuatro o cinco personas que a menudo acababan por ser siete u ocho. Pasta cocida con tomate frito de bote para una familia de jóvenes hambrientos e inmortales que mutaba cada día. Nadie aportaba comida ni bebida, aunque todos traían una historia fabulosa vivida esa misma mañana. El diminuto salón carecía de mesa y comíamos sentados en círculo sobre el suelo, sin añorar los salones del Ritz nunca visitados. A pesar de la incomodidad, nadie quería que la reunión terminase. Yo te miraba y tú me mirabas y nuestros amigos nos miraban, convencidos de que si no estábamos ya juntos lo estaríamos de un momento a otro. Éramos pareja para todo el mundo excepto para la realidad, que exigía ver y palpar nuestro abrazo para tomarnos en serio.

Después de comer tomábamos café y luego una copa, todo ello todavía en el suelo, y cuando por fin alguien se levantaba para irse sentíamos, o al menos sentía yo, un

chispazo de melancolía. Pero la tristeza duraba lo que un golpe de viento, porque enseguida partía nuestra expedición diaria hacia la noche, que era gloriosa solo por ser noche y solo porque la transitábamos nosotros.

La amábamos. Amábamos aquella noche. Era nuestra familia, nuestra casa y nuestra amante más sensual. Yo reconocía su caliente oscuridad protectora al salir del portal y, con ella abrazada a la piel, me sentía a salvo de los males del mundo. La noche me hablaba, me instaba a seguir persiguiendo mis sueños. Si me hubiera pedido que volara yo habría extendido los brazos y habría volado. El chico tímido de Bilbao en vuelo rasante sobre Malasaña y la plaza del 2 de Mayo rumbo al Penta, el bar reconvertido en corazón de la ciudad donde sonaban canciones que nos volvían hermosos e importantes porque las letras hablaban de nosotros y las cantaban jóvenes como nosotros. A veces estaban ahí, acodados en la misma barra que tú y yo, pletóricos porque la víspera habían subido a un escenario y al día siguiente les tocaba hacerlo de nuevo.

Por la calle de la Palma los veíamos ascender, locuaces niños felices con vasos largos de cristal en la mano, creadores en ebullición a quienes ninguna bola de cristal advirtió que llegarían a ser estrellas de rock por la mañana, yonquis desdichados a mediodía y muertos por sobredosis al caer el crepúsculo. Recuerdo a los que se fueron, sus voces y sus rostros, aquellos inmortales perecidos, pobres chicos maravillosos.

Pero la ciudad seguía correspondiendo con amor al amor de los jóvenes soñadores. Te amaba a ti, me amaba a mí, amaba a quienes recorríamos sus calles, desconocidos que nos mirábamos unos a otros siempre con la sonrisa en los labios. Mira, sentíamos, otro como yo, otra alma gemela que también se siente amada por la noche y por la ciudad. No cabían en aquel Madrid la maldad o la envidia ni eran concebibles emboscadas o artimañas, eso pensábamos. Un amigo de entonces, mitad poeta y mitad filósofo de porte aristocrático del que nada he vuelto a saber, tenía a gala exhibir lo que él llamaba su don tremebundo para observar la verdad del universo, y consideraba que esos días únicos eran el cénit de un periodo glorioso que en el futuro sería estudiado y admirado desde tres momentos clave: California 1966, París 1968 y Madrid 1980. Y sí, parecía cierto. Quien estuvo ahí lo sabe.

Un día, avanzado ya 1981, al poco de haberse inaugurado la también mítica sala de conciertos Rock-Ola, accedí a mi propio minuto de fama en compañía de un grupo de músicos legendarios que todavía no sospechaban que llegarían a serlo: Carlos, Nacho, Ñete y Antonio, los Nacha Pop. Los gestores de Rock-Ola quisieron adornar la presentación estelar del grupo sobre el escenario con una gran pantalla de vídeo que mostrase al público detalles del concierto en el instante mismo en que acontecían, un prodigio técnico con el que hoy se cuenta incluso en bodas y bautizos pero que por aquel entonces estaba reservado a los pasmados espectadores neoyorquinos y londinenses. Yo había montado junto a mi gran amigo y socio de aquellos días una pequeña productora de vídeo desde la que pretendíamos cambiar

el mundo, y gracias a ello conocimos a un distribuidor que aceptó aportar la pantalla a cambio de publicidad. Nuestra productora fue la encargada de realizar el vídeo que abriría la actuación. Asumí el reto de dirigirlo impostando un suave desdén, cuando en realidad la euforia me martilleaba por dentro: nada menos que director de videoclips de la noche a la mañana; yo no lo busqué, me veía explicando a los periodistas que en el futuro querrían interesarse por esta casi desconocida faceta de mi carrera, supongo que alguien pensó que yo podía hacerlo y acepté, todo reto es interesante. ¿No había dirigido Ken Russell *Tommy*?

Nuestro vídeo carecía de presupuesto, equipo técnico e incluso humano. Lo hicimos todo entre mi amigo y yo, desde la febril tarea creativa hasta el transporte de cajas y cables, y no pudimos ser más felices. El vídeo, poco más que una breve cortinilla de transición previa al concierto, mostraba a Antonio, Nacho y Carlos de frac y muy serios, como miembros de una orquesta sinfónica, formando una fila ante Ñete, el batería del grupo, que los observaba tras un atril, batuta en mano y todavía más serio. Tres golpes rítmicos de la batuta sobre el borde metálico del atril serían la señal para que el poderío del grupo se desencadenase en directo sobre el escenario, iluminado de pronto a todo trapo, y provocase con su primera nota el delirio del público a la vez que el salto al olvido de nuestro vídeo, sustituido en la pantalla por las imágenes de la actuación. Todos deberíamos ser indulgentes y cariñosos con la primera obra de cualquier creador vocacional, sea aquel videoclip que durante tanto tiempo conservé pensando que algún día sería valorado o la lechuga terrosa y raquítica que al fin logra extraer de la tierra el agricultor bisoño.

Sobre el escenario de Rock-Ola se fortalecía la gloria de Nacha Pop a la vez que moría en la pantalla mi destino de realizador musical, tan breve en difusión y discurso, aunque lo reseñable de esta historia no es solo aquel instante, sino otros dos que tuvieron lugar fuera del escenario, el primero algunos días antes del concierto y el segundo casi cuarenta años después, mientras escribo este párrafo.

Apenas terminamos el vídeo, un par de días antes de la actuación, quisimos mostrárselo a sus protagonistas en la misma pantalla donde lo vería el público y los citamos una mañana en Rock-Ola. Llegamos con antelación, llenos de orgullo pero también nerviosos, porque al fin y al cabo se trataba de músicos reconocidos a los que durante el breve rodaje habíamos hablado de tú a tú, y mientras mi socio buscaba al encargado para que encendiera las luces entré a la sala en penumbra. Un silencio de catedral vacía acogía la pureza de mi éxtasis: yo, yo solo, ante el umbral de la sala oscura y solitaria, el primer instante de mi carrera profesional, el salto del paracaidista sobre el territorio por conquistar, mi ser entero, único e irrepetible, concentrado en ese paso mínimo pero trascendental sobre la frontera invisible que mi destino había querido trazar allí, sobre el suelo de una mítica sala de conciertos desaparecida hoy.

Probamos el vídeo un par de veces para no llevarnos sorpresas con la imagen o el sonido y al poco nos dijeron que habían llegado los músicos. Salí a buscarlos al

vestíbulo, casi puedo aún visualizar la escena, dos de ellos sentados en uno de los viejos sofás de la época anterior de la sala, que por lo que fuera nadie había retirado, otro de pie y el tercero regresando en ese instante del baño. Allí estaban, cuatro artistas renombrados para los cuales yo había realizado el primer videoclip de su carrera.

Les llamé para que vinieran a verlo. Por sus nombres de pila, a los cuatro, como si el hecho de pronunciarlos implicara en sí mismo un triunfo sobre el mundo. De pronto temí que pudiera no gustarles, que lo rechazaran, que alguno de ellos se empeñara en repetir el rodaje por cualquier insignificancia.

Corrieron a toda prisa hacia el interior de la sala. Recuerdo a Antonio, que amagaba ya su fama de genio ensimismado, saltando desde el sofá como un niño en el amanecer del día de Reyes. De todo, es aquella carrera alborozada lo que ha quedado en mi memoria. Ni el concierto ni la flamante pantalla que hasta la fecha nadie había visto en Madrid ni, por supuesto, el vídeo. Solo aquella dulce estampa que duró pocos segundos, cuatro críos felices ante el prodigioso juguete nuevo que el quinto crío feliz, yo, había traído para ellos.

Hoy, tanto tiempo después, el paranoico de las fechas que siempre va conmigo se ha empeñado en averiguar la fecha exacta de aquel momento, rastreando en Internet la pista de Nacha Pop en Rock-Ola. Y ahí están, nadando junto a otros miles de millones de recuerdos cautivos, los datos que me permiten situarlo a finales de mayo de 1981. Pervive en la Red una laudatoria reseña del diario *El País* y también se pueden ver algunas imágenes que podrían ser de otros conciertos pero también del nuestro, porque en la esquina superior izquierda de una de ellas he creído identificar la pantalla de vídeo que contuvo el principio y el fin de mi carrera como autor de cine musical.

Lo llamativo, a mis ojos de hoy, es que sobre el escenario no tocan los artistas curtidos, hombres en plenitud de su madurez creativa y vital que yo, conmovido y admirado, veía desde mi posición entre el público sintiéndome de algún modo paralelo a ellos, sino chicos muy jóvenes, casi niños, entregados con todo su ser al instante gozoso del presente, ese que por sí mismo lo contiene y justifica todo. Si existiera una imagen mía de aquel momento no se vería en ella al cineasta experimentado que yo, ingenuamente, sentía que era, sino a un chaval muy joven, casi un adolescente, embelesado por el brillo de la vida soñada que sintetizaba aquel rock eufórico sobre el escenario. Por supuesto, no existe esa foto de mí entre el público, ni existe una de ti, que estuviste a mi lado durante el gran estreno de mi película de diez segundos. Acudimos inquietos e ilusionados como candidatos al Oscar. Nadie nos fotografió ni nos hizo caso, concluimos la velada cenando bocadillos de tortilla y analizando desde todos los puntos de vista imaginables las reacciones que el vídeo había generado entre el público.

Pienso de repente que entre las fotos disparadas aquella noche por los periodistas pudo captarse azarosamente una imagen nuestra que hubiera desembocado en

Internet.

Tecleo tu nombre en la barra del buscador y dudo antes de pulsar *enter*. Eras carne y alma analógica, no utilizabas el ordenador ni desarrollaste actividad pública alguna, por lo que supongo que para la Red no existes. Sin embargo, cuando hace años escribí un libro sobre mi padre, ciudadano también anónimo, encontré un documento de 1937 que lo citaba. Era un simple protocolo administrativo del Ejército de la República, de significado en realidad tan inconsistente como una lista de la compra o el recibo de un billete de tren que alguien olvidó en el bolsillo, pero ahí estaba su nombre, que miré y revisé sin descanso, como si fuera la Biblia o la única muestra existente de un idioma antiquísimo hasta ahora desconocido. Por eso retengo el dedo en el aire frente a tu nombre en el buscador. Las opciones solo pueden ser dos: que no aparezcas, la más probable, o que aparezcas, la improbable que sin embargo no se puede descartar. Tu rostro congelado en algún instante del pasado, atrapado contra tu voluntad o al menos sin tu consentimiento, tendría algo de infinitesimal resurrección y sería un vértigo inquisitivo.

Creo conocer todas las fotos que existen de ti. No son tantas, nuestra generación no dispuso en su juventud de los artilugios que permiten hoy capturar sin coste ni esfuerzo docenas de imágenes diarias. Entonces teníamos que racionar cada instantánea, su encuadre y contenido y las mejores opciones de luz. Posábamos con cuidado receloso, como zares que sospecharan la presencia de bolcheviques en los alrededores de palacio. Tener cámara de fotos era casi como tener coche, por eso sé que de haber en la Red alguna imagen tuya yo, casi con seguridad, la reconocería. ¿Y si me topara de pronto con una foto inédita? Tu rostro sonriente bajo el sol con algún mar inconcreto al fondo, tu rostro serio tras las gafas negras en alguna esquina del Madrid que ya anunciaba para nosotros lóbregos nubarrones. Imágenes sin valor que tendrían, para mí, un valor incalculable, ventanitas entreabiertas a rincones ignotos de la monolítica realidad que aconteció.

Pero pulso *enter* y no estás. Es la certificación virtual de tu ausencia. Parece el título de una canción de los ochenta. De haber existido Internet entonces, puede que alguno de los músicos muertos la hubiese compuesto.

Una mañana triste se fue de repente aquel Madrid legendario.

Al día siguiente del diecisiete de noviembre de 1999 subía yo por la calle Fuencarral hacia la glorieta de Bilbao, donde me había citado con un amigo en el Café Comercial: si estuvieras aquí sabrías en el acto a quién me refiero. Si alguien abrazó los años felices con lujuria, compromiso y esperanza fue él. Era también tu amigo.

Llegaba con tiempo de sobra y caminaba sin prisa mientras hojeaba el periódico. En aquellos días era raro no comprar cada mañana el periódico, era raro no leerlo. Al llegar lo doblé bajo el brazo y empujé la barra de la puerta giratoria de acceso al café. Quedábamos ahí porque estaba a medio camino de las casas de ambos. A nuestro amigo le gustaba decir que por esas mesas, desde que existía el café, había

pasado todo el mundo que en Madrid había sido alguien.

A lo mejor en esta mesa donde estamos tú y yo se sentaron una vez Galdós y Valle-Inclán, ¿quién te dice que no?, sugería de pronto con mirada pícara, como si solo él se hubiese dado cuenta. O puede que en esa silla, ahí, donde estás ahora mismo, tomara café María Asquerino antes de la función de tarde. Y alzaba las cejas mientras alargaba una pausa, como si en ese silencio pudiera albergarse el fantasma de María Asquerino afirmando que sí, que alguna vez estuvo en esa silla antes de la función de tarde. Le fascinaba pronunciar nombres de espectros ilustres, parecía que ello nos concediese a nosotros rangos insospechados, privilegios inconcretos que nadie más merecía.

En esta ocasión se hallaba junto al gran ventanal, él solo, reclinado sobre el periódico abierto encima del mármol y a muy corta distancia de la página, con la boca abierta y las manos aferradas al borde de la mesa como si temiera perder el equilibrio. Me vino a la cabeza que lo sacudía un terremoto interior, pensé que había acontecido un suceso terrible que le concernía y, por tanto, podía concernirme a mí. Clavado junto a la puerta, sin dar un paso más, desdoblé el periódico y comencé a revisar con cuidado cada una de las páginas. Cada hoja que iba superando sin descubrir la noticia terrible suponía un alivio y, a la vez, incrementaba la incertidumbre. De pronto lo leí: Enrique Urquijo había aparecido muerto en un portal muy cerca de donde nosotros leíamos la noticia.

Pensé que el periódico estaba equivocado. ¿Sobredosis, cuando ni siquiera era notorio que el cantante de Los Secretos se drogara? Era un buen chico, lo parecía. Lo era, sí que lo era, sin duda. Un buen hombre, un hombre estupendo. Llegué hasta la mesa, me senté frente a mi amigo. No conocíamos en persona al muerto, lo más cerca que habíamos estado de saludarle fue en aquella fiesta tuya de veinte años atrás a la que alguien vino diciendo que tenía un conocido que había dicho que tal vez Enrique vendría, así que en lo personal nada podíamos lamentar. Más que tristes por la muerte de un desconocido célebre estábamos estupefactos ante nuestra realidad repentinamente desmoronada. No lloramos ni nos sentimos desgraciados, no nos hirió el zarpazo de la ausencia repentina. Solo guardamos silencio, largo silencio.

Al cabo de unos segundos nos limitamos a comentar la noticia con frialdad, como si así lográramos hacerla ajena, alejarla de nuestra mesa. Pero la estrategia resultó inútil. Ahí se demolía, los dos lo sentimos, lo que quedaba de nuestra envejecida juventud. No sangrábamos, solo estábamos dejando de ser jóvenes. Al poco nos fuimos cada uno por su lado, hombres de cuarenta años camino del resto de sus vidas, más encorvados y frágiles que la víspera.

¿De verdad habían pasado ya dos décadas desde que fuimos tan felices? Los héroes, para serlo, deben morir. Mis veinte años, los veinte años de muchos, murieron de sobredosis en aquel portal donde a la vez, en ciertos sentidos, arrancó el resto de nuestras vidas.

¿Qué habrá sido de quienes aquel día de noviembre sentimos que nos era arrancado algo? A mi amigo lo perdí de vista con el tiempo. Tú estás muerta. Yo sobreviví para contarlo. Pero los tres, en representación de tantos más, vivimos y protagonizamos aquel tiempo de la gran alegría generalizada, cuando nadie pensaba en el final de las cosas porque el final de las cosas no podía concebirse ni ser y durante cada hora, incluidas las nocturnas, las nocturnas todavía más, el sol iba alumbrando nuestro periplo por las calles doradas.

Si Madrid me lo hubiese pedido, ya lo he dicho, habría sido capaz de volar. Lo que ocurre es que no me lo pidió. Fui afortunado. Otros, más fervorosos y valientes, sí escucharon esa voz y, sin pensarlo, se arrojaron al vacío. Quienes permanecimos en tierra los vimos volar, ese prodigio nos fue regalado. Embelesados, observamos sus formidables siluetas recortadas contra el luminoso cielo azul de la noche madrileña. Volaban y volaban, antes de rendirse a la fuerza de la gravedad y estrellarse contra el asfalto, muertos e inmortales.

Me gustaría levantar la vista del teclado aquí, en el Malasaña Hotel, y percibir al otro lado de la ventana el aire acogedor de 1980. Viajar hasta aquel momento. En realidad, escribir en el Malasaña Hotel es justo lo que estoy haciendo. Ya que el hotel existe solo en mi cabeza, puedo considerarme su dueño, aparte de su único inquilino. Y desde aquí, como huésped de esta suite desconchada donde el Tiempo contiene la respiración y me observa con curiosidad condescendiente, curso invitación a tu espectro.

Ven, siéntate a mi lado, he puesto un cenicero por si quieres fumar. Aquí puede fumar quien quiera y donde quiera, en la bañera o sobre la cama, no se declaran incendios en los lugares que no existen. Fuma cuanto quieras. Y cuéntame, dime qué hiciste desde que nos separamos. Todas y cada una de las cosas que sentiste. Yo las ignoro, solo puedo suponerlas y temerlas, reinventarlas una y otra vez, sospechar que pudieras lanzarme reproches.

Cuéntame los días que transcurrieron hasta tu muerte y cuéntame los días posteriores a tu muerte.

Me gustaría, más que cualquier cosa en el mundo, que vinieras junto a mí y me contaras qué fue de ti cuando partiste.

Ante tu viejo portal de la Palma dudo si pulsar el portero automático. Me gustaría verificar qué queda de las viejas escaleras, si aún existe la puerta de tu apartamento.

Pero si me preguntan a quién busco, no sé qué respondería, y opto por irme hacia San Bernardo.

Un hombre y una mujer de edad avanzada pasean cogidos del brazo calle arriba,

en dirección a mí. Imagino que somos tú y yo, inmersos en una vida paralela a la que vivimos, una sin turbulencias ni muerte prematura. Los observo cuando pasan a mi lado. Componen una imagen verosímil de cómo podríamos haber sido nosotros con ochenta años. Siguen su camino, muy despacio hacia tu portal. De pronto temo que se detengan ante él, saquen la llave y accedan al interior, me asusta que seamos en efecto nosotros, paseantes de un universo paralelo. Si ellos son reales, yo solo soy un pobre espectro errante.

Calle abajo me cruzo con muchas personas, no sé cuántas andarán empeñadas, como yo, en devolver la vida a sus recuerdos. Los míos acuden en número creciente, como peces a las migas de pan en la superficie del agua, más y más, hasta formar un bullicio mental que zumba contra la realidad. Me pregunto qué ocurriría si el pasado ocupara por completo los espacios de nuestra mente y luego, como un conquistador meticuloso, exterminara todo pensamiento sobre el presente o sobre el futuro. Tal vez, bajo esa dictadura, volviera a ser dichoso quien alguna vez lo fue.

Una vez soñé con un viejo desengañado del mundo, matemático o psiquiatra, que resolvía dedicar su fortuna y la actividad entera de su inteligencia a intentar rescatar, ordenar y, por último, revivir con el cien por cien de veracidad los recuerdos de lo acontecido en su biografía. El presente y los laberintos del posible futuro quedaban desterrados de este delirio, que primero es metódico y pronto se vuelve perseverante hasta lo obsesivo. El tenaz viejo opta por recluirse desnudo en un peñasco desierto alejado de la costa. Con periodicidad mensual, un marinero desembarca vituallas que deben cumplir requisitos cada vez más absurdos: el arroz o las judías, por ejemplo, no pueden venir contenidos en envases, pues las paredes de vidrio o plástico y las etiquetas comerciales con fechas de caducidad impresas son referencias al presente y constituyen por tanto intolerables agresiones al imperio de la memoria donde se ha prohibido todo cuanto no sea mirar atrás. Pronto el marinero debe echar el ancla lejos de la orilla para evitar que el motor de la lancha traiga sonidos del presente hasta la isla. Luego rema hasta la isla en una chalupa y deposita en algún recodo rocoso cercano a la playa montículos de legumbres y café que a veces desbarata el viento, piezas de fruta deterioradas y sin pulir, pescados desperdigados sobre la arena como si los hubiese regalado el mar. Todo indicio de una realidad exterior a la isla ha de ser aniquilado. La memoria despliega su tiranía y, al no generarse vivencias nuevas, los recuerdos adquieren protagonismo y se agigantan, rebeldes y arrogantes. En algunas noches sin luna el viejo llega a sentir que ha logrado viajar al propio pasado y concluye que su mente podría volver a instalarse en él, lo que equivaldría a volver a vivirlo. Vencer al Tiempo revirtiéndolo es el objetivo que su demencia halla cabal. Las olas que languidecen en la orilla, con su rutina de espuma todo el tiempo diferente y todo el tiempo idéntica, no refutan su teoría, lo que permite al viejo interpretar que la apoyan. Un épico amanecer resuelve dedicar el resto de su vida a recordar solo los veranos mágicos de la infancia, en concreto la sólida euforia de aquellos atardeceres lluviosos en que su

madre venía desde la cocina con su sonrisa de luz y una tarta de membrillo recién horneada para merendar junto a la chimenea, la familia entera reunida e invicta frente a la lluvia envidiosa del otro lado de la ventana. Mi sueño llega hasta aquí, no tiene final. Y por eso, a veces, le regalo uno: años después, una mirada omnisciente sobrevuela la isla y repara en la figura del viejo desnudo. Está sentado frente al mar con una sonrisa de plenitud invencible en los labios. Feliz porque ve una y otra vez, ve realmente, a su madre, que viene desde la cocina con una tarta de membrillo en las manos, aquella tarde de lluvia.

—Inventas una película con todo, pero son un poco raras —bromeabas a menudo, mientras los dos caminábamos, como hago yo ahora junto a tu sombra blanca, por la calle San Bernardo.

Era la época en que ambos, yo porque lo creí desde niño y tú porque sufriste el contagio de mi entusiasmo pueril, estábamos seguros de que muy pronto empezaría a rodar películas de verdad, no de palabra. Sin embargo, cada uno de aquellos sueños resultó fallido, todos fueron brutalmente irreales, ni una brizna veraz germinó en nuestra deslumbrada llanura imaginaria. Y hoy, cuando camino por San Bernardo y te recuerdo y nos recuerdo, tengo ya, de repente, sesenta y un años. ¿Cuándo se han ido estas décadas, cuatro nada menos, volatilizadas tan aprisa que se podría pensar, si no fuera absurdo, que han corrido más que mi propia vida?

La oficina bancaria que existía en la confluencia de La Palma con San Bernardo continúa en su sitio, inamovible y despersonalizada. Ninguna oficina bancaria es bonita, ni falta que les hace para que necesitemos entrar. Los comercios y bares de entonces, sin embargo, se han volatilizado o transformado en otra cosa, son el decorado actualizado donde otro joven con vocación de cineasta estará soñando con las grandes películas que hará, con poemas de altura jamás rozada por los poetas precedentes, con solos de guitarra eléctrica que cambiarán el mundo. Ojalá ese chico con el que tal vez me acabo de cruzar tenga la suerte que yo no supe encauzar. Permanecen las aceras y las estructuras de los edificios y también el esqueleto reconocible, a pesar de las sucesivas decoraciones, de algunos, muy pocos, viejos locales.

Entro en uno de ellos. Lo recuerdo, lo reconozco. Hoy es un bar en penumbra mortecina, feo. Por aquellos días lo era también, aunque eran otras, supongo, su penumbra mortecina y su fealdad. Pero tenía una gramola que sonaba en este hueco que veo a la derecha nada más entrar. Sin duda el bar habrá pasado de mano en mano sin llegar a ser jamás un negocio rentable, uno de esos locales que los vecinos consideran gafe, llamado a fracasar con independencia de quien lo gestione, un espacio que las franquicias de todo tipo han despreciado a lo largo del tiempo por su nulo atractivo. Pero el fracaso constante constituye una forma de prestigio estético difícil de emular. Hay una neblinosa épica, inalcanzable para muchos, en el hecho de fracasar siempre. La anodina estructura, idéntica a la de entonces, consiste en una larga barra a la izquierda según se entra y un comedor al fondo con capacidad

para media docena de mesas de formica donde servían menús de macarrones con tomate y pollo asado o lentejas y filete empanado y los jueves cocido completo, el Madrid pre-sushi en toda su indolente perseverancia.

Aquí desayunábamos tú y yo en nuestros primeros meses felices, antes de separarnos cada mañana soñando con el reencuentro que traería la tarde. Y aquí, frente al taburete donde acabo de sentarme, también cada mañana, nos aguardaba la gramola. Rastreo el hueco de la pared en busca de alguna línea borrosa que evoque su silueta, pero las sucesivas capas de pintura han ido sepultando los vestigios. En una esquina, sobre el zócalo, sobrevive un viejo enchufe. Puede que ahí se conectara a la corriente. Pido un café. En otro tiempo habría sido un gin-tonic; nada me daba más sed ni más felicidad que beber solo, a caballo sobre mi imaginación desbocada.

Nuestro protocolo de los días dorados de 1979 y 1980 era siempre el mismo, aunque cada mañana nos pareciese inventado. Entrábamos pletóricos y nos acodábamos en la barra; qué cara se nos habría puesto si alguien nos hubiera dicho que cuarenta años después yo regresaría al mismo lugar atraído por la brújula de la melancolía. Habría sido excesivo incluso para el chico de 1979, y eso que su biblioteca emocional rebosaba ya entonces de héroes quebrados que regresan al escenario donde fueron jóvenes y felices.

Mientras desayunábamos yo inventaba historias protagonizadas por los personajes del bar. El camarero malhumorado con kilos de más cargaba con un gangrenoso pasado de amores turbios, el alcohólico ensimismado ante su vaso siempre medio vacío era un escritor genial que nunca había logrado publicar y la señora que cada poco salía de la cocina para depositar sobre la barra pinchos algo rancios planeaba iniciar una vida nueva tras asesinar al camarero malhumorado con kilos de más. Algunas mañanas la cocinera y el escritor genial, en realidad amantes desde mucho atrás, huían juntos a Australia tras matar al camarero; otras, el camarero lograba abatirlos a tiros o los degollaba con el cuchillo jamonero cuando intentaban estrangularlo y luego se echaba a sollozar ante el charco de sangre.

Tú me mirabas con cierta reprobación, como si fuese un poco miserable frivolizar con las vidas de aquellas personas, que tendrían, argumentabas, problemas verdaderos y amores complicados como la mayor parte de la gente. Creo que te sorprendía mi fe en la ficción, puede que incluso te preocupara. ¿Adónde podía llevarte, parecías elucubrar a veces, caminar junto a alguien que no valoraba la realidad? Pero enseguida sacabas un pitillo y lo encendías. Al fin y al cabo, parecías señalar despreocupada, tú tampoco valorabas la realidad.

A pesar de ello, nuestra conversación seguía fluyendo eufórica. Atropellábamos cada frase con la siguiente, como si el mundo fuera a derrumbarse y nos horrorizara quedar separados por montañas de cascotes cuando todavía teníamos tanto que decirnos. Era cuestión de vida o muerte que yo te contara todas las películas de mi cabeza y que a ti te gustaran. Hercúleo empeño romántico, el mío de aquellos días:

crear sin más recursos que mi viva voz diez, doce, quince películas para saciar el embeleso gratificante de una única espectadora.

Pedíamos las consumiciones, tú café con leche y yo solo doble, y, sin callar un solo segundo, echábamos una moneda en la gramola para que sonara una canción. La gramola llegó así a ser un poco nuestra, nadie tenía más derechos morales de propiedad sobre ella que nosotros. Descartábamos la mayoría de los temas que ofrecía, música comercial del momento. A los restantes, aquellos de los que no teníamos referencia previa, los hacíamos sonar una sola vez y, con la rápida sentencia de nuestra mirada cómplice, los relegábamos al olvido o les dábamos una segunda oportunidad. Solo uno sobrevivió a nuestro rigor y, a partir de la quinta vez, o de la sexta, nos pareció que ese tema se había convertido en algo nuestro que nadie nos podría arrebatar jamás, la banda sonora de aquellos desayunos dorados. Se trataba de «You're The One That I Want», la famosísima canción de la no menos famosa película *Grease*, que yo detestaba porque estaba seguro, aun sin haberla visto, de que se hallaba en las antípodas del cine que había que ver y, por supuesto, hacer. Cine de discoteca, recuerdo que lo llamaba con presumible arrogancia. Estos son los riesgos de haber sido un adolescente al que siempre atrajo más la figura de Carl Theodor Dreyer, con su halo místico y ese pedazo de nombre, que la de Xavier Cugat, cada día más mimetizado con sus lascivos perritos y tan vacuo con aquella pomposa batutilla. Pero a ti te gustaba la canción y eso bastaba, aunque tampoco hubieras visto la película; no por prejuicios como los míos, simplemente porque te atraía poco.

En aquellos primeros días me explicaste que *De ratones y hombres* te emocionaba desde que la leíste en el colegio. Era tu novela favorita, aunque, para mi sorpresa, lo único que sabías de John Steinbeck era que había escrito aquel libro tan amado. A mí me gustaba mucho *Las uvas de la ira*, a la cual llegué tras averiguar todo cuanto en aquella época podía averiguarse sobre Steinbeck, incluido su alcoholismo, que celebré extasiado. Qué formas tan distintas de acercarse a una obra. Y qué inmenso y singular honor haber sentido que John Steinbeck bendecía nuestro enlace.

Se dio de nuevo, junto a aquella gramola, esa confrontación de miradas sobre el mundo: tu sana naturalidad, capaz de disfrutar de la canción sin haber sentido antes el menor interés por la película, frente a la alegría inquisitorial con que yo metía todo lo relacionado con *Grease* en una caja, la cerraba y precintaba y enviaba el paquete al infierno. Respecto a la canción, acabamos por adoptarla sin rendir cuentas a nadie, persuadidos de que había sido escrita para nosotros. Y así, al entrar al bar cada mañana, la hacíamos sonar de manera automática para que pusiera banda sonora al reinicio, tras la pausa de la noche, de nuestra charla perpetua.

Fue ante esta gramola de la que no existe resto de sombra donde me sentí una vez el hombre más importante del planeta o, más simple y todavía mejor, el más afortunado y feliz. Aquí, justo aquí, ante el hueco vacío de la pared desnuda: uno de

los instantes más plenos de toda mi vida. Nada más y nada menos. Me pregunto si no contendrán estos momentos memorables lo mejor y lo peor de cada persona, sus neuronas más esenciales y determinantes, las vocaciones más hondas, puede que insospechadas, todos los anhelos y miedos de la niñez en tránsito y hasta su máxima capacidad de desplegar amor. Ante la gramola, aquel día, yo fui yo de forma absoluta.

Sería cualquiera de aquellas mañanas en las que ya nos despertábamos juntos, cuando desde hacía poco habíamos por fin sumado el sexo a nuestra celebración ilimitada, que por esa causa se expandió todavía más. Deduzco, en otra de esas inútiles anotaciones mías sobre las coordenadas espacio-temporales, que el día de la gramola hubo de estar ubicado entre noviembre de 1979 y mayo de 1980, fecha en la que ya disponíamos de aquella casa propia que pareció regalo de los cielos y en realidad no lo fue. Tal vez aquella mañana se dio dentro o alrededor de nosotros una concatenación irrepetible de circunstancias, entre las que podrían estar que el azul del cielo de Madrid fuera más luminoso que la víspera o que nuestro amanecer sexual hubiera escalado algún arrebatado peldaño nuevo, con el consecuente agradecimiento de los órganos, la carne y el alma. Y que, además, y por darle algún mérito a la realidad exterior, el molinillo del bar hubiera pulverizado en ese momento más granos de los habituales, lo que, al concentrar un café más cargado, podría haber estimulado mis sensibilidades hasta más allá de lo ya explorado.

La cuestión es que fuiste desde el taburete hasta la gramola apenas el camarero nos sirvió tu café con leche y mi solo doble y echaste la moneda que hizo sonar la canción de la que nos habíamos apropiado. Pero, en vez de regresar al taburete como era lo habitual, iniciaste, supongo que por una suma de químicas similar a la que había operado en mí, un baile mínimo al ritmo de los primeros compases de la canción y luego, al entrar la voz solista, la acompañaste cantando apenas un instante, puede que ni siquiera el primer verso completo. Ocho segundos de introducción rítmica y tres de primer verso cantado, el paranoico de fechas y cifras que me habita lo ha cronometrado en Spotify. Fue un lapso ínfimo que generó en mí una descarga de euforia interior. Me sentí el hombre con existencia más plena de nuestra civilización, héroe supremo de todas las aventuras vitales acontecidas o por acontecer, orgulloso de tu alegría y orgulloso de ti y de que eligieras estar junto a mí. Feliz sin adjetivos. Fue brevísimo e irrepetible, como todas las felicidades que no precisan adjetivo. Al volver a la barra apuraste de un trago el café y te fuiste con prisa porque llegabas tarde a la cita con el alumno al que dabas clases particulares de francés. Ya no nos veríamos hasta la tarde.

Durante esas horas yo me quedaba en la calle, ya que no tenía casa. En realidad compartía piso con un compañero de facultad a las afueras de Madrid y cada mañana, al dejarte, me planteaba muy en serio regresar al piso y preparar una maleta mínima que luego, en tu casa, sería a la vez armario y cesta de la ropa sucia, pero siempre resultaba inútil la intención porque apenas nos separábamos la ciudad

me absorbía y caminaba y caminaba y caminaba pensando en ti y en las películas que algún día dirigiría, memorables y conmovedoras como mi sentimiento exaltado. Y aplazaba otro día más el proyecto de hacer la maleta, entregado a la gloria de la creación mental del vagabundo callejero.

No puedo demostrarlo, pero durante aquellos paseos en que esperaba la llegada de la tarde que te traería de nuevo escribí, produje y dirigí varias películas geniales, de alguna de las cuales compuse también la banda sonora a partir de pasajes musicales preexistentes.

La mañana de la gramola, cuando saliste del bar, sentí, soy consciente de lo ridículo que suena decirlo, que me hallaba dentro de un musical de Hollywood protagonizado por mí. Una fantasía bastante incongruente, porque detesto el género musical desde que, siendo muy niño, vi y en el mismo acto odié la atroz *Siete novias para siete hermanos*, ese falso wéstern que en vez de épica y grandes praderas muestra a siete palurdos saltarines y fundamentalistas en busca de las novias del título, por desgracia también siete, pues si hubieran sido seis u ocho tal vez habrían brotado primitivos conflictos, celos, ira, delirios posesivos y a la postre, con un poco de suerte, la anhelada masacre. En toda la historia del cine solo hay tres musicales que me gusten, uno de los cuales no se había estrenado aún, aunque calculo que Bob Fosse y Roy Scheider lo estaban rodando ya por aquella misma fecha en que me sentí un Gene Kelly bilbaíno en el corazón de Madrid; yo, que jamás he aprendido a bailar porque desde niño me bloqueó un pudor inoculado en el laboratorio de los curas oscuros.

Gene Kelly, yo, el reconocible sentimiento universal de cantar eufórico bajo la lluvia… Salí a la calle abandonándome a la sensación. Al acontecer solo en mi interior, se desdibujaba el componente de severo ridículo que ahora retorna al relatarlo. La escena podía ser carne del peor musical: un joven henchido de amor y futuro gran cineasta irrumpe una soleada mañana de cielos azules en las calles de aquel Madrid florido que desde el fango de la dictadura se catapultaba hacia la modernidad mediante la alegría, la libertad y una revolución musical que ya se gestaba en los bares de copas y colegios mayores. El gris verdoso de los cielos franquistas tornado cinemascope y tecnicolor para explicar y proclamar un país nuevo, para celebrarlo. De forma natural me habría salido un airoso quiebro de hombro tipo Bob Fosse en la también deleznable *El principito* para, desde ahí, danzar calle abajo hacia Gran Vía donde, contagiados de mi éxtasis, formarían el cuerpo de baile los conductores de autobús y sus viajeros, las expendedoras de lotería, los viajantes de comercio, los estudiantes, los guardias urbanos y los taxistas hasta el delirio final, captado por una grúa alzada hacia el cielo. En mi descargo argumentaré que, de todas las películas geniales que dirigí en aquellos días iluminados por el amor, solo esta pertenecía al género musical. Y, si yo fuera el viejo de la isla de la memoria, olvidaría toda esta disparatada parafernalia y elegiría sentarme a recordar eternamente esos ocho segundos de ritmo y tres de voz durante

los que imitaste la canción de *Grease*.

Sin embargo, este pasaje hollywoodiense tiene lóbrega importancia, por eso lo he mantenido a pesar de su esencia infantil y cursi. Al escribirlo me ha venido a la cabeza, sin que yo lo llamara, la idea de que aquel mismo día, mientras, despreocupado y fogoso, danzaba figuradamente por las calles de Madrid, tu desarraigo fuerte y mudo seguía fortaleciéndose dentro de ti sin que nosotros tuviéramos la más remota idea de ello ni le prestáramos atención.

Cada día un poco más fuerte y ramificado, como un invisible árbol de muerte.

No logro recordar tus orgasmos.

Tampoco los míos, pero el olvido en lo que a mí respecta tiene la verosimilitud de todo proceso natural. La memoria se va y arrastra recuerdos consigo. En realidad, sería una opresiva demencia poseer y ejercer la capacidad de recordar todos nuestros actos sexuales en sus más mínimos detalles. Imagino a un anciano con tal don, dedicado en sus últimas jornadas de vida a evocar la untuosidad exacta de los fluidos que se regalaron su primera compañera y él al amanecer del dos de junio de 1926 en un motel de la ciudad natal de ambos; el recuerdo en la lengua y los labios del sabor dulce y resuelto del zumo vaginal de su amante del veintiséis de agosto de 1944 en el París entregado al júbilo de la recién nacida libertad del mundo; o el propio orgasmo, cargado de premoniciones que no supo interpretar, compartido con su esposa de lustros la víspera de que ella muriese en accidente de coche la tarde del nueve de septiembre de 1967 junto a la carretera de circunvalación de la ciudad donde, muy ilusionados, se habían instalado mucho antes porque él aceptó ser director comercial de un hotel a las afueras desde cuya terraza magnífica podía avistarse, a lo lejos, el inmóvil descampado donde el mismo día de su llegada comenzó a construirse la fatídica circunvalación.

No logro recordar tus orgasmos y esta bruma mental me resulta más desconcertante que triste. Un manto de amnesia, más opaco desde tu muerte y todavía más desde que escribo, se ha ido abatiendo sobre lo que fue nuestra sexualidad. Tus palabras en el rito sexual, a veces pronunciadas en francés, como si me regalases secretos que lograban parecer ancestrales, se han alejado tanto que podrían no haberse pronunciado nunca. Sé que decías aquellas palabras pero soy incapaz de oírlas, ni siquiera desdibujadas, con la memoria. El recuerdo de nuestros olores se ha secado, y eso que asegurábamos que los reconoceríamos siempre, solo con respirar en un lugar donde poco antes hubiera estado el otro. De igual forma, no queda eco de los espasmos y arañazos y caricias y risas, aquellos éxtasis que fluían como si fueran el río principal del mundo. Yo, pobre de mí, afirmo que existieron. Pero mi memoria lo niega. Entonces, ¿existieron? Alcanzar la plenitud para no

poder luego evocarla, qué perversa variante de la impotencia. Tal vez el intento de recordar los orgasmos de una persona muerta constituye una herejía moral cuyo castigo consiste en este olvido.

Mi amnesia puede deberse a la comprensión de que tu cuerpo, muerto e incinerado, ha saltado ya a la inexistencia: desaparecer, fundirse con la nada, no ser nada más nunca más. Un desasosiego indefinible, una ausencia distinta a todas las ausencias. Durante la adolescencia anhelamos sin tregua la primera relación sexual, que parece demorarse y demorarse de forma siempre intolerable e insultante. Como si el propio deseo no fuera imán suficiente, nuestra sociedad muestra por todas partes alusiones al primer acto sexual. Sin embargo, nadie advierte a los adultos que uno de esos cuerpos que abrazamos a lo largo del camino será, de entre todos, el primero en morir. Triste esquina de la vejez, ser testigo lúcido de la muerte de los amantes, saber que ha muerto y por tanto ya no es nada la carne que se unió a nuestra carne para regalarnos un instante de inmortalidad.

Cierto compañero de mi primer año de universidad poseía un saber enciclopédico sobre los artistas del siglo XX, todos y cada uno de ellos. Pero su verdadero don no era el conocimiento veraz, sino una hipnótica capacidad de contar historias inspiradas en la realidad. Le preguntábamos por Maiakovski, Dos Passos o Camus y él aceptaba un cigarrillo, entornaba los párpados con la ceja alzada, como si el humo le estuviera llevando hasta un pasado muchas veces antes visitado o, incluso, hasta el mismísimo dormitorio de Vladimir, John y Albert, a quienes llamaba siempre por su nombre de pila, y comenzaba su cuento, que solía desplegar durante tres o cuatro cigarrillos. Una vez quisimos saber sobre Cesare Pavese. Él aceptó un cigarrillo de alguna de las cajetillas que con presteza le ofrecimos y lo encendió para que el humo lo trasladara, y a nosotros con él, hasta la habitación del hotel de Turín donde Pavese se suicidó el veintisiete de agosto de 1950. Cesare, nos contó, pasó el último día de su vida encerrado en esa habitación, telefoneando una por una a todas las mujeres que había amado a lo largo de su vida. Ninguna le contestó y si alguna lo hizo no quiso acudir a su lado. Tras la última llamada abrió la ventana de la habitación y se lanzó al vacío.

Luego, con los años, supe que Pavese fue un hombre atormentado por la depresión crónica y la frustración amorosa, y también que todas aquellas últimas llamadas suyas no fueron para distintas mujeres, sino para la misma, que al no responderle se erigió en símbolo del desamor despiadado que llevó al poeta a la sobredosis de barbitúricos que en realidad lo mató. La ventana abierta del hotel Roma era una licencia dramática de mi amigo.

En cualquier caso, se me grabó la imagen del hombre angustiado junto al teléfono que revisa su existencia mediante una larga serie de llamadas sin respuesta. Cuesta concebir una representación más concisa del fracaso emocional, un retrato más expresivo de la soledad que podría aguardarnos.

Tu persona carnal fue la primera mujer muerta de mi vida. Esta imagen no tiene

retorno. Va e irá conmigo, sostenida por un aliento propio. Desde hoy, pienso, morirá cualquier día otra mujer que en el pasado abracé, y tendré noticia de ello, y tiempo después morirá otra, y también lo sabré, y luego otra y otra, tras lapsos cada vez más breves, muertes que me irán poco a poco cercando. Un día seré yo el muerto y tal vez alguna mujer que me sintió feliz junto a ella se acordará de mí. Pero, mientras, es contigo y solo contigo con quien he perdido esta metafísica virginidad negra.

Sin embargo, cuando llegamos al veintisiete de octubre de 1979, aquella primera noche juntos, la muerte no importaba y en realidad ni siquiera existía, ni como destino del ser humano ni, mucho menos, como destino nuestro, porque al sentirnos inmortales lo éramos de verdad.

Aportábamos al encuentro difusas experiencias previas que incluían amores no correspondidos, tanteos sexuales de variable satisfacción y, sobre todo, grandes anhelos emocionales por cubrir. Tras la noche iniciática, mantuvimos en secreto el comienzo de nuestro idilio, que durante semanas fue clandestino, casi subterráneo, hasta que nos desenmascaró nuestro amigo más perspicaz.

No fue una ocultación causada por la desconfianza hacia nuestro entorno, tan solo nos excitaba la euforia de sentirnos amantes ocultos, ingenuamente ilegales, entusiastas inventores de la realidad como pudieron serlo Bonnie y Clyde cuando pistola en mano irrumpieron en el primer banco. Héroes románticos ajenos al mundo y por tanto dueños de él, cada uno en su orilla del río, el mundo parado en la suya, solemne y tan aburrida, y nosotros acostados sobre la nuestra, aquella hierba aromática del persistente esplendor.

Dueños de las calles y dueños de la noche: cuando te sientes así hay que vivirlo en vez de contarlo.

Además, siempre tuvimos aversión a lo convencional, lo que en sí mismo no es ni bueno ni malo. Puede ser ambas cosas, incluso ambas cosas a la vez. Nosotros éramos así y lo fuimos mucho tiempo, yo diría que siempre. Tú lo fuiste hasta morir, yo lo sigo siendo.

Quiero pensar que nuestros jóvenes cuerpos desnudos todavía se abrazan como espectros en la noche de octubre de 1979, cuando cerramos todas las puertas que nos habrían permitido volver atrás. Mi erección tardó toda la noche en llegar, como si mi sexo se hallara en otro lugar o quisiera boicotear la relación que nacía, pero tu mimo y tu sentido del humor se aliaron para equilibrar hacia el amanecer la balanza. La impotencia frustra pero, si lo pensamos un poco, resulta verosímil, y hasta lógico y natural que, en ese choque entre dos universos que supone el primer encuentro sexual, se muestre indecisa la efusión masculina, que carga con la responsabilidad tangible del cataclismo. Durante las horas de oscuridad expectante, hablamos y hablamos y hablamos. Conversación y abrazo desnudo, sólidos cimientos de lo innegable. Junto a nosotros, Eric Clapton cantaba y tocaba la guitarra eléctrica. Solo contábamos con un reproductor de casetes y una cinta: el disco *E.C.*

Was Here, un directo de 1975 de Clapton que fue el que, tanteando a ciegas, halló una mano, la tuya o la mía, hasta ahí no llega mi memoria, para poner fondo sonoro a nuestra exploración mutua. Quienes vivimos aquella época recordamos que cada vez que concluía una cara era necesario abrir el reproductor, dar la vuelta a la cinta y pulsar *play*. Pero nosotros, embebidos en la hipnosis de los cuerpos por fin juntos, no queríamos desperdiciar una sola décima de segundo y nos limitábamos a pulsar *play* sin dar la vuelta a la cinta. Debimos de escuchar entre veinte y treinta veces seguidas, quién sabe, la primera cara de aquel disco de Clapton cuyo título aparecía rotulado de forma algo descortés sobre la espalda desnuda de una mujer anónima. «Have You Ever Loved A Woman», «Presence Of The Lord» y «Driftin' Blues / Ramblin' on My Mind» fueron los temas que una y otra vez tocaron aquella noche Clapton y su banda para nosotros. El estuche de la casete no incluía créditos y cada vez que sonaba «Presence Of The Lord» nos preguntábamos de quién sería la voz femenina que compartía con Clapton el protagonismo en ese tema. Nos prometimos que algún día lo averiguaríamos. Y años después, en efecto, un día que me encontraba haciendo tiempo en una tienda de discos, vi el LP en una lejana estantería y sentí el impulso de buscar el nombre de la mujer que con generosidad incansable había cantado aquella noche solo para nosotros. Resultó ser Yvonne Elliman, famosa porque había protagonizado la versión cinematográfica de *Jesus Christ Superstar*.

Traté de hallar algún mensaje en esa información pero no encontré ninguno, y dejé el disco en su lugar.

Luego me guardé el hallazgo, nada te conté. Ya no éramos felices, ¿para qué contártelo?

Al abordar la rememoración de los comienzos de nuestra sexualidad, que fueron muy buenos y muy hermosos y se extendieron largamente en el tiempo, pensé que fluirían otras palabras, otras escenas, otros tonos, nunca que se fijaría como representación incontestable de nosotros esa imagen de mí mismo devolviendo un disco a su estantería.

Escapo de esta página. Solo hay ceniza en ella.

No puede arder lo que ya ardió.

La primera de las casas que compartimos fue la noche y en ninguna de las posteriores llegamos a ser tan felices.

Aquellos meses de 1979 y 1980 nuestros anhelos parecían colmados por la simple presencia del otro. Al no tener dinero, carecíamos de algo tan básico como una habitación propia. Cada anochecer nos proponíamos volver a nuestros respectivos pisos compartidos, pero enseguida la idea de separarnos se hacía intolerable y

decidíamos abrazarnos esa noche más.

Entrábamos en la primera pensión barata que se cruzaba en nuestro camino, hostales cada día distintos como cuentos de las mil y una noches, habitaciones del Malasaña Hotel salpicadas a lo largo y ancho de todo el barrio donde, tras cerrar la puerta, nos desnudábamos con ansiedad. Suele ser conversación habitual de sobremesa elucubrar sobre el hotel del mundo donde nos gustaría alojarnos: áticos alzados hasta las nubes, suites submarinas de cristaleras circundadas por tiburones, cubos de cristal colgados sobre valles insondables. Yo elegiría volver a cualquiera de aquellas pensiones baratas del otoño de 1979.

Hacia allá íbamos cada noche iluminados y cándidos, displicentes con cualquier forma de futuro, a la búsqueda urgente de la siguiente pensión y del sexo que aguardaba tras la puerta. A menudo fantaseábamos sobre la casa maravillosa que algún día tendríamos. En su dormitorio soleado, inmenso y con, ¿por qué no?, techo de cristal bajo el cielo de Madrid, habríamos de recordar con ternura nuestras noches en las sucesivas pensiones mágicas.

—Con nosotros el invierno parece verano —recuerdo que dijiste un amanecer de aquel diciembre.

Y yo, que de haber oído esa frase almibarada en otra boca que no fuera la tuya de aquel instante la habría rechazado por ridícula y jamás se me habría ocurrido escribirla como ahora estoy haciendo, volví la vista hacia la ventana de la pensión en la que despertamos aquel día y comprobé, juro que lo comprobé, que la lluvia de afuera y el cielo desapacible y ventoso y el frío invernal que se intuía me hacían sentir, a tu lado, en el mejor día de verano.

Nadie está a salvo de la cursilería, denostada pero a la vez ejercida sin misericordia hacia el prójimo por millones de seres humanos. Los novelistas, por ejemplo, solemos preferir que nuestro libro se considere fallido o mediocre antes que cursi. Al fin y al cabo, la catalogación de una obra artística como mediocre es subjetiva, por tanto debatible, y todo cuanto admite debate posee algún grado de dignidad, aunque sea endeble. La acusación de cursilería, sin embargo, es humillante sin apelación, vapulea y abofetea al acusado y lo deja mudo e inerme, a merced del rechazo del mundo. Cursi: un arma invencible, una dimensión insuperable, el último adjetivo que elegiríamos para nuestro epitafio. Pero nuestros empalagos nos hacían reír hasta ahogarnos y disparaban nuestros índices de glotonería sexual hasta más allá de las señales rojas del descontrol. Bendita cursilería, quién se la topara cualquier tarde.

La noche fue la mejor casa de nuestra vida, sí. Pero, por supuesto, hubo otras, con paredes y tejado, con historia. He vivido en seis distintas desde que llegué a Madrid. Cuatro de ellas compartidas contigo, tres mientras vivías aquí y la cuarta cuando ya te habías ido de la ciudad y casi también de la vida; suena inverosímil pero es la verdad: compartimos una casa cuando ya no estabas.

Si repaso mi lista de casas madrileñas descubro que todas, desde aquella primera

hasta esta donde ahora escribo, albergaron algún elemento perturbador que me impidió sentirme dueño de lo que tantos llaman paz del hogar. Tal vez soy un tuareg sin desierto, con vocación de ocupar casas que nunca acaban de quedarse quietas sobre sus pilares.

Un día, como si en la correspondiente pensión despertáramos de un sueño de hadas, nos encontramos en el salón de un deslumbrante ático del centro de Madrid, calle Fuencarral semi esquina con Gran Vía. No hicimos nada para merecerlo, pero allí estábamos de pronto, admirando los altos techos y los ventanales de la terraza alzada sobre la ciudad a nuestros pies. La rueda de la fortuna no solo giraba favorable, también parecía pertenecernos. El destino plantó ante nosotros ese regalo dorado de la vida, el ático al que cuarenta años después debo añadir adjetivos amargos: infausto, por ejemplo, o envenenado. Envenenado no, debo descartarlo porque nadie buscó hacernos daño, muy al contrario. Infausto sirve, el infausto regalo dorado. Manderley, la casita de chocolate o el castillo de Drácula también parecerían benignos y acogedores bajo la luz del sol y enmarcados por un cielo azul sin nubes.

Visualizo a un hombre viejo cuya historia debo revisar justo aquí.

Es un hombre viejo real, no surgido de ningún sueño. Era tu padre, que llegó un día desde Marsella con el objetivo de comprar una casa y ponerla a tu nombre. Nunca supimos por qué, no era rico ni le sobraba el dinero. Había vivido en España y tal vez, especulamos con posterioridad, pesó en él la atracción engañosa de lugares del pasado donde se sintió dueño de la vida. Eso nos decíamos, estupefactos ante tu suerte que, de rebote, era mía.

Solo mucho más tarde sospecharíamos que necesitaba reparar vuestra relación rota. Por ello, saltándose otras responsabilidades familiares, buscó redimirse dándote una casa donde pudieras hallarte a salvo del mundo.

Al poco de firmar la compra, cenasteis en un restaurante chino situado a unos metros del regalo dorado del que ignorábamos aún que sería infausto. Apenas concluyó la cena, sintió una náusea inesperada que se intensificó hasta recomendaros acudir a urgencias. Ingresado, falleció al amanecer con el estómago perforado. Alguna vez me contaste que tu padre, ese hombre que murió en Madrid con setenta y dos años, había huido con solo nueve de su casa natal en Francia a comienzos de la Primera Guerra Mundial, en compañía de su hermano dos años mayor. Quién sabe qué círculos buscaba cerrar aquel viejo niño extraviado comprando en otro país la casa que puso a tu nombre.

Durante días, me contarías tras su muerte, flotaste estupefacta por la pérdida, más desconcertada que triste. Las muertes inesperadas conceden a quienes permanecen el endeble alivio de una incredulidad momentánea, pero ahora sé que aquel impacto multiplicó tu desarraigo y lo hizo crecer más aprisa. Si esa perforación de estómago se hubiese producido antes de firmar la compra de la casa nuestra vida habría sido diferente. Tal vez también tu muerte. Además, este libro

no habría necesitado ser escrito, aunque eso, en comparación, carecería de importancia. Ojalá no existiese este libro, si con ello las tragedias que contiene no hubieran acontecido.

Pero existe. Y debe ahora continuar contando que un día cruzaste la puerta de la casa para comenzar a habitarla. Luego me invitaste a entrar. No sé qué es más difícil, dejar de sentir culpa por algo de lo que podrías ser inocente o creer en la propia inocencia sin estar seguro de ella.

Lo cierto es que me invitaste a entrar. Y lo cierto es que entré.

Soy hijo del cine y de la fe ciega en el cine, nunca he sabido resistirme a esa gozosa percepción fantasiosa, y por tanto inexacta, de la realidad.

He vivido dentro de las películas desde niño. En cierto sentido lo sigo haciendo. No siempre, solo a veces, pero en ocasiones me sorprendo a mí mismo descansando en ese hogar etéreo que podría ser también el más duradero de todo mi periplo, e incluso el único que permanecerá cuando mi vida se asome a su final. El cine.

Fue célebre la triste muerte de aquel niño estadounidense que con toda su ilusión se lanzó desde la ventana tras ver *Superman*, según cuya publicidad todos creeríamos que un hombre podía volar. Ese niño fui yo, lo soy todavía, aunque con los años, y tras comprender los riesgos que asumí, pueda dar gracias al azar o a cierto sentido inconsciente de supervivencia. Las ventanas desde las que me lancé no se hallaban lo bastante altas para que el impacto contra el suelo resultase mortal.

No puedo demostrarlo, ni siquiera convencerme del todo a mí mismo, pero estoy seguro de que recordaste hasta el fin, como recuerdo ahora yo, las horas del domingo veintiocho de octubre de 1979, nuestro primer despertar juntos. Transcurrieron en una levedad atónita y adolescente: eso era amor, no había duda de ello aunque viniera atravesado de preguntas prematuras: ¿estábamos adentrándonos en un idilio de envergadura? ¿Solo era la aventura de una noche? Caminamos y caminamos sin dejar de mirarnos y tocarnos, como si por descuidar un instante el contacto físico pudiera volatilizarse el cuerpo del otro. Ignoro por qué no corrimos en busca de otra cama en vez de dar vueltas arriba y abajo, como presos en libertad condicional; pero lo cierto es que dedicamos el día al vagabundeo pletórico de manos entrelazadas, tiernas miradas sexuales y conversación, mucha conversación. Siempre es una gran victoria sobre el mundo el comienzo de un idilio. Los amantes, durante los primeros momentos de la felicidad dorada, extienden una alfombra mágica que increíblemente parece funcionar y desde la cual contemplan con embeleso la ciudad de sus respectivas rutinas puesta ahora a sus pies.

Y en eso, flotando y hablando, hablando sin parar, pasamos frente al hoy también

desaparecido cine Príncipe Pío, donde por aquella época tenía su sede la Filmoteca y donde, a la vez, quiso el destino que aquella tarde se proyectara, justo diez minutos después de que pasáramos ante la puerta, un programa doble que parecía diseñado por los dioses para celebrar mi recién estrenado amor por ti, *La huida* y *Perros de paja*, dos violentas películas, sobre todo la segunda, de Sam Peckinpah, mi cineasta favorito.

No puedo saber si te pareció raro, o hasta inquietante, que tu devoto amante te regalara en vez de flores o versos un maratón cinematográfico de asesinatos, violaciones y destrucción moral. Tal vez, deslumbrada por mí como lo estaba yo por ti, encontraras tiernas mis explicaciones sobre los tiroteos que en la primera de las películas lanzaban a cámara lenta cuerpos ensangrentados de un extremo a otro de la pantalla o las conclusiones filosóficas que me permitía extraer de la matanza desatada por el tímido profesor de matemáticas interpretado por Dustin Hoffman en la segunda. Sí sé que yo, al menos, fui feliz en extremo.

Lo recuerdo, lo sé, puedo evocarlo: nuestro anhelado abrazo era por fin real; y mi cine más amado nos arropaba, contado por mí para mostrártelo como si lo hubiera hecho yo. Hablar, hablar sin parar. Y la palabra, tan satisfecha de ser dicha y escuchada. Hoy, sin embargo, observo que la primera de las películas, *La huida*, narra la historia de una pareja cuya felicidad se dispone a comenzar por fin, tras crisis internas y avatares externos, mientras que la segunda, *Perros de paja*, muestra, justo en el punto opuesto, a una pareja cuya felicidad agoniza al comenzar la acción. Podría interpretarse que el universo presagiaba para nosotros una maldición: vuestra felicidad empieza hoy, como en la primera película, y terminará, aunque no se sepa cuándo, tan inevitablemente como en la segunda. El descanso entre una y otra, veinte minutos que celebramos tomando tú un café con leche y yo un gin-tonic, contendría la metáfora breve de nuestra felicidad. Curioso que, de todas las etapas de la vida, siempre resulte ser la más corta la correspondiente a la felicidad. Contra esa ley no se ha encontrado forma de aplicar amnistías.

Ahora debo saltar hasta el cine Avenida de la Gran Vía madrileña.

Hoy lo han transformado en una gigantesca tienda de algo que no debo de necesitar en absoluto, porque jamás he entrado en ella. Pero al principio de nuestra relación se estrenó en esa sala la película *Terror en Amityville*. Internet me ha facilitado el capricho maniático de averiguar que el estreno tuvo lugar el veintinueve de febrero del bisiesto 1980, cuando tú y yo levitábamos juntos por las calles. Hace meses hallé en unos grandes almacenes una copia en BluRay de la película. Por supuesto la compré con intención de llevar a cabo un ritual que por fin he ejecutado esta tarde.

Me he sentado a verla con las persianas bajadas y el móvil en silencio, percibiendo cierto vértigo al comprender que esos títulos de crédito sobre la fachada de la casa maldita en la que transcurre la acción fueron los mismos, décima de segundo a décima de segundo, que aquel día de 1980 vimos tú y yo cogidos de la

mano. Las películas, una vez filmadas y montadas, son inamovibles, perduran más que quienes las crearon y que quienes las contemplan, y no se les puede añadir o quitar un solo fotograma. Se logró partir en dos el continente americano mediante un gigantesco canal y se pudo asesinar a varios presidentes de los Estados Unidos, pero nadie puede volver rubio el bigote de Groucho Marx o impedir la voladura del puente sobre el río Kwai. Si las películas tuviesen ojos, *Terror en Amityville*, tan idéntica a sí misma por el resto de la eternidad, me habría visto mirarla en aquel pasado perdido, siendo yo el veinteañero sentado junto a ti en la butaca del cine Avenida y también me habría visto mirarla ayer, en mi soledad de espectros danzantes casi cuarenta años más tarde: tú muerta, yo envejecido y la película que nos miró y me mira ajena por completo a nuestros destinos.

Tanta parafernalia alrededor de una floja película de miedo viene al caso porque una mañana de hace no mucho empecé a elaborar mi lista de recuerdos dichosos, aquellos que podrían optar al momento más feliz de mi vida. Ahí asomaron nuestras grandes aventuras, clandestinos y juntos en los amaneceres de Madrid con la gramola sonando al fondo o, años antes de conocerte, mis solitarios paseos de la adolescencia, cuando soñaba despierto con las películas que alguna vez haría. Todos desbancados, es curioso, por aquella tarde del cine Avenida donde sentí felicidad de transparencia exultante, alegría solida a mi alrededor por tu presencia y por la verdad, sentida en la piel y en los órganos, de que contábamos a muerte uno con el otro. Nos sonreímos mientras se apagaban las luces de la sala antes de la proyección y recuerdo que pensé que era ahí y solo ahí donde quería estar para siempre, junto a la mujer con la que todo lo soñado iba a ser real y luminoso.

Sin embargo, toda plenitud humana se desplaza hacia su final en el instante mismo de nacer, y la tarde memorable del cine Avenida echó a caminar de forma inexorable hacia otra tarde del cine Avenida, esta desoladora y ubicada en el futuro.

Veintisiete de enero de 2003: ese día, veintidós años y algunos meses después de mi diáfana felicidad, se estrenó en la misma sala la versión cinematográfica de la novela que acabaría por arder sobre tu pecho.

Aquel sueño tan largamente anhelado, convertido al fin en realidad, fue uno de los momentos más devastadores de nuestras vidas. Rememorarlo resulta peor que haberlo vivido cuando aconteció, porque aplico la lucidez y el análisis sobre el recuerdo de aquel cine enorme con el patio de butacas, los pisos superiores y los palcos abarrotados de público que parecía observar nuestra desintegración. Tras la proyección de 1980 habíamos salido del cine orgullosos de ser quienes sentíamos que éramos y con ese equipaje mínimo, tras inspirar hondo al pisar la calle, nos adentramos en el resto de esa vida nuestra que dos décadas largas después nos llevó ante la misma pantalla para ver cumplido el mayor de los sueños, aunque tristemente esforzados ambos en fingir una alegría compartida que ya no existía. Ansiosos de que terminara lo antes posible la noche maldita en la que pudimos sentir que se representaba el final de lo que fuimos.

Siento mucha pena por la pobre pareja ilusionada de 1980. Pero debo ir ya despidiéndome de ellos, porque enseguida les toca marcharse de este libro, perderse en el olvido igual que se perdieron entre la multitud que abarrotaba la Gran Vía de Madrid aquel día de hace más de cuarenta años.

Y para decirles adiós, para decir adiós a aquellos que fuimos, elijo el enorme salón de altos techos del regalo dorado que todavía ignorábamos que sería infausto. Mayo o junio de 1980, tal vez la hora del mediodía, el sol entrando por el gran ventanal de la terraza desde la que se veía a nuestros pies la calle Fuencarral y, enfrente, la calle Infantas. Cero mobiliario, un colchón y una sábana sobre el parqué recién barnizado formaban nuestro patrimonio.

—En un rato nos vestimos y bajamos a comprar sillas y platos y tenedores y una cafetera —decías.

Pero antes nos abrazábamos de nuevo.

Las noches de la pensión cambiante quedaban atrás y serían un recuerdo bohemio que contar a nuestros amigos desde la madurez exitosa que nos esperaba, ya con algunas películas rodadas a mi espalda. Otra vez solo yo y las películas que yo haría, nunca hablábamos de lo que harías tú. No importaba entonces: ni me importaba a mí, absorbido por mi propia gloria venidera y ficticia, que era arrogante y vanidosa, ni tampoco parecía importarte a ti. ¿Cómo pudimos desatender esa carencia? ¿Cómo pudimos ignorarla, no preguntarnos a qué se debía?

Desnudos y abrazados sobre el parqué barnizado de luz solar mirábamos el techo del salón, que todavía no era aquel de cristal soñado en las pensiones pero algún día lo sería. Nos juramos sin verbalizarlo, solo con mirarnos, alcanzar juntos la mejor vida del mundo. Y compartirla siempre. Fue mentira, claro, una pobre mentira infantil abandonada a su suerte en la jungla de lo real, pero entonces no podíamos saberlo.

Yo te contaba mis sueños y tú me escuchabas y me creías, un soñador narcisista no puede sentirse amado con mayor generosidad. Mucho de lo que soy, o puede que todo, proviene de aquella fe tuya tan errada, intensa y emocionante.

Pero yo, ahí anclado, jamás insistí en averiguar qué sentías o deseabas tú, a qué espectros temías o cuáles eran los sueños que callabas para que yo pudiera soñar en voz alta los míos. El gran pecado masculino de mi generación, cuyo desconocimiento no exonera de la culpa: posponer para el día siguiente la mirada sobre los anhelos de la compañera. Un pecado mortal y a veces, muchas veces, criminal. Un pecado suicida, no seamos tan tontos de suponernos a salvo de sus consecuencias.

Mientras yo bullía por dentro, ignoraba quién eras tú y qué deseabas, cuáles eran tus sueños.

Hoy sigo sin saberlo. Y me pregunto cómo puede adjetivarse esta verdad.

Te mató el alcohol y fui yo quien te enseñó a beber.

Doce palabras enterradas durante lustros.

A veces resurgen desde el fondo. Estructuran preguntas que con el tiempo han ido perdiendo impulso pero siguen ahí, al acecho. Durante una época logré apaciguarlas con razonamientos que sabía inválidos, ahora confío en que se diluyan por sí mismas hasta la siguiente ocasión.

Te mató el alcohol y fui yo quien te enseñó a beber, pero en el camino yo pude dejar de beber y tú no fuiste capaz: a estas dos líneas se reduce todo.

Las palabras pronunciadas en voz alta pasan a ser patrimonio de la realidad. Lo dicho *es* sin vuelta atrás y erigirá en el acto un muro entre nosotros y nuestro pasado inocente, ese al que ya no será posible volver. Escribir estas doce palabras, por ejemplo, ha requerido derrumbar antes el muro tras el que se hallaban los recuerdos que me prohibí evocar. Tus dientes rotos o la colonia barata de aquel atardecer de verano.

Cada mañana, durante incontables mañanas, insistí en el rito estéril, siempre idéntico a sí mismo, de enfrentarme con la pantalla vacía y escribir unas líneas sin rumbo. Las desechaba horas después para dejar inmaculada la página blanca del día siguiente, como si la tarea fuera borrar mi memoria en vez de rescatarla. Irrita y se torna odiosa la página que parece boicotear las palabras que tecleas sobre ella, pero todavía inquieta más asumir que aquello que escribes tiene voluntad propia, más resuelta que la tuya, y ha decidido sublevarse contra la idea de ser escrito. Quizá habría entonces que dejarlo morir en paz, aunque si no concedemos esta generosidad a las personas que eligen irse del mundo tampoco tendríamos por qué hacerlo con los libros suicidas. Sentí que este libro, radicalizado misteriosamente, exigía terminarse a sí mismo en la escena anterior a esta, con aquellos jóvenes cuerpos desnudos que por entonces nos albergaban a ti y a mí brindando ante el gran ventanal sobre el hermoso futuro que con tanta ingenuidad ya sentíamos cerca. Pero concluir ahí sería una falsedad, el cromo edulcorado de un niño imbécil y traidor.

Quiero saber por qué aquella muchacha inocente y dichosa que fuiste en 1980 se transformó en la mujer que veinte años después insistió en destruirse hasta morir mientras yo observaba sin entender ni actuar.

Tu sed nació de mi sed. Esto es cierto e irremediable, pero por sí solo no aclara si el demonio anidaba en ti o fui decisivo para engendrarlo. Es una pregunta crucial. Podría haber narrado nuestro encuentro de 1979 desde esta perspectiva siniestra: dos demonios ocultos en sendos niños grandes se conocen, se atraen, se enamoran y, una vez bajo el mismo techo, cada uno inicia por influjo del otro el lento y minucioso

proyecto de someter por la sed a la carne ingenua que los albergó.

Sueño con un hombre joven que bebe.

Bebe desde la testaruda adolescencia, con fe eufórica en las sombras que parecen sugerirle atajos hacia el paraíso. Él y su sed, amantes gloriosos, no conocen mayor éxtasis que fundirse uno con la otra.

Nadie sabe por qué bebe un joven que bebe. Él menos que nadie, aunque persevere.

Me refiero a beber de verdad, beber en serio, con esa alegría misteriosa de quien sabe que va hacia la propia muerte y le resulta indiferente e incluso seductor. Eres inmortal, joven bebedor. E intrépido: convidas a beber a la ira y al delirio, que en agradecimiento se apresuran a sumar sus goces al tuyo. ¿No es esa pared al fondo del bar un mar embravecido, no son el camarero y los escasos clientes figuras de cera de un museo silencioso que a veces se anima para ti en mitad de la noche? Más amantes, más amantes, todos expandiendo sus llamaradas dentro de ti.

He conocido a gente buena y cordial muy temerosa del alcohol, más temerosa del alcohol que de Dios o del Diablo. Cuando saben que bebiste te preguntan con difusa inquietud, en realidad sin ganas auténticas de saber, si será peligrosa su costumbre de tomar una copa de vino en la comida, a veces hasta dos, o si podrían volverse adictos a las cervezas de los domingos. Han leído artículos puritanos o recuerdan secuencias melodramáticas de películas superficiales y, creedme, por completo falsas y, debido a ello, poseen remotas nociones sobre la senda tenebrosa donde tanto temen adentrarse sin querer, por error, solo por haber tomado alguna copa de vino en las comidas o esas cervezas del aperitivo dominical. Algunos, por un instante, te miran con estupor temeroso, como si tú, al haber sido furibundo bebedor, cuyo destino era morir bebiendo y sin embargo sobrevivió, fueras el amo de su futuro y pudieras, por puro capricho de dios maléfico, chasquear los dedos y arrojarlos para siempre al pozo de improbable retorno donde beben los hermosos salvajes. Resulta tierno observar su alivio cuando garantizas que nadie se vuelve alcohólico por tomar medio vaso de vino en las comidas, de la misma forma que nadie adelgaza los kilos sobrantes por renunciar a la confitura de arándano durante cuarenta minutos.

Otros te observan con indisimulado pasmo, conscientes de hallarse ante el monstruo que bebió. En el fondo, esperan que sin previo aviso se libere tu bestia interior y así puedan ellos ser testigos y narrarlo luego, como aquella centenaria hostelera norteamericana que durante décadas, esta historia real me fascinó siempre, concitó la curiosidad de vecinos y visitantes porque siendo niña fue testigo de cómo John Dillinger salía del banco local con una bolsa de dinero en la zurda y la automática en la diestra y antes de abrirse paso a tiros la miró durante un segundo y le guiñó un ojo. El monstruo, el héroe, ¿quién de los dos toma primero tu mano para transmitirte su calor? Héroe y monstruo: el bebedor.

Es curioso que, siendo tantas las posibilidades de conocimiento, reflexión y

aprendizaje que nuestra sociedad ofrece, resulten tan escasos quienes saben y defienden que el alcohólico no es un vicioso ni un degenerado, sino la víctima de una enfermedad atroz.

Tabú: el alcoholismo se mitifica o se desprecia, pero no se nombra.

En todo caso, el joven de mi sueño jamás se hizo preguntas. Y tampoco dudó. Su ciega determinación demostraba que perseveraría sin límite, que perseveró sin remedio, incluso cuando llegó a obsesionarle la idea de que era su propia sangre lo que bebía. Soy el vampiro de mí mismo, ¿y qué? ¿Acaso puede haber más nutritiva fuente de luz?

El joven poseía sed de universo y la sed lo poseía también a él, ambos incapacitados para saciarse, plenos de impulso para caminar hacia la siguiente botella y anhelantes, sobre todo, de retomar su fe en el otro, incluso cuando caen desmayados en algunos momentos de su laboriosa destrucción.

El sufrimiento debería aceptarse como criterio válido de semblanza biográfica. Los títulos de ingeniero o abogado orientan sobre la capacitación laboral de una persona; sin embargo, hallaríamos conclusiones más reveladoras en su historial clínico, dolencias superadas o todavía latentes e intervenciones quirúrgicas y sus convalecencias, la angustia ante la recaída o la convivencia con el dolor crónico que ya no se irá. Un sufrimiento insistente define y determina más que ser aviador, frutero o químico. Quien haya padecido la miseria de algún mal grave jamás podrá saber cómo habrían sido su mirada sobre el mundo o sus decisiones más importantes de no haberse visto marcado por aquel castigo que el cuerpo acabó por superar pero la memoria fijó para siempre. Si reflexionáramos sobre ello, tal vez comprenderíamos mejor al otro. Perdonaríamos más y seríamos, por tanto, más felices. Quien perdona es más feliz que quien no perdona.

Muchas veces he fijado mis ojos sobre los ojos del joven de mi sueño. A veces lo hago aún. Quieto y callado, mirándole mirarme, instalados ambos en ese insistente silencio, con la respiración contenida por si el otro emite de pronto algún sonido.

Déjame en paz, nos dice a mí y al mundo.

Entonces sale camino del primer bar y me deja solo ante este espejo vacío.

Te mató el alcohol y fui yo quien te enseñó a beber.

La verdad contiene muchas virtudes, pero la misericordia no es una de ellas.

El veintisiete de agosto de 2018, seis años y seis días después de tu muerte, entró en mi bandeja un correo electrónico.

El Ayuntamiento de Madrid había promovido tiempo atrás la campaña cultural *Versos al paso*, una propuesta del colectivo artístico Boa Mistura. Consistía en imprimir versos de poetas vivos al pie de los bordillos de sendos pasos de peatones. Alguien de la organización me escribió para que les sugiriera autores y en el cruce de mensajes acabaron por pedirme que yo mismo aportara un verso. No soy poeta pero, como tantas veces en la vida, me sedujo sentirme invitado anómalo dentro de un grupo humano y envié las primeras frases de tres de mis novelas por si les apetecía elegir una. Meses después vi sobre el asfalto uno de los *versos al paso* en la plaza de Tirso de Molina, donde vivo, y la curiosidad, al saber que la idea había sido llevada a cabo, me llevó a buscar en la web el lugar donde había sido impresa mi frase.

Surgió en la pantalla un Madrid digital que sustituía estatuas de prohombres y paradas de autobús por este mapa paralelo trazado sobre versos. Imaginé una aplicación que permitiese visualizar la ciudad desde perspectivas insólitas o desconcertantes, incluso imposibles: el mapa de los puntos de la ciudad donde alguien se planteó muy en serio cometer un asesinato con el fin de medrar y el mapa de quienes, habiéndolo pensado, renunciaron por miedo a la prisión o a la propia conciencia; el mapa de los sucesos bélicos que después los cronistas cantarían como epopeyas y el mapa de las epopeyas que acontecieron sin testigos que pudieran luego dar fe de ellas; el mapa, con seguridad casi despoblado, de los melancólicos que dieron la vida por un desconocido; el mapa de las cópulas que engendraron a psicópatas; el mapa de todos los orgasmos acaecidos en Madrid a lo largo de los siglos, que sepultaría la ciudad bajo un océano de éxtasis perdidos en la noche del olvido y sugeriría alegorías sobre la futilidad humana. Y el mapa más insignificante de todos, el de los escritores que divagaron, divagan y divagarán por el puro placer de hacerlo.

Avenida de los Poblados sin número, salida metro Aluche: ahí, sobre el asfalto, veo impresa mi frase apenas me apeo y salgo de la estación.

El metro ha corrido hacia atrás por las vías de mi memoria, como si la propuesta cultural del ayuntamiento hubiese sido un engranaje del destino encaminado a traerme a este lugar, justo a este:

El sanatorio Esquerdo, dieciséis años después de que ingresaras en él por primera vez, aquel terrible abril nuestro del año 2003.

Los recuerdos son como los libros. Solo importan los que permanecen.

Mi frase, rotulada con letras blancas al pie del paso de peatones, ha sido el cebo elegido por el azar para traerme hasta el comienzo de esta curva del camino que tantas veces ascendí cuando iba a visitarte. Mil cien versos rotulados sobre otros tantos pasos de peatones elegidos entre los cinco mil, diez mil, cien mil que pueden existir en Madrid y mi cita ha sido rotulada precisamente en este.

Por un segundo dudo de la realidad.

Estoy ante el paso de peatones en 2019 y rememoro 2003.

Estoy en 2003 a punto de cruzarlo, cuando me asalta el presagio de que un día de 2019 volveré aquí para evocar 2003.

Cruzo al otro lado, piso las huellas que dejé dieciséis años atrás.

El sanatorio Esquerdo, referencia en el tratamiento de patologías mentales, es un espacio tranquilo y hermoso, rodeado de apacibles jardines y atendido veinticuatro horas por profesionales muy capaces. Estas virtudes, por completo ciertas, no atenúan la condición doliente que dentro del edificio lo impregna todo.

En 2003, cuando te visitaba, los cerrojos se cerraban detrás de mí como si habitaran allí abominaciones dispuestas a fugarse para perpetrar afuera todo el daño posible. Luego, en el interior, solo veías vagar por las enormes estancias de techos muy altos a personas reconcentradas en tesones secretos, agotadas de sí mismas y casi siempre mudas. Algunas portaban sonrisas muertas, como trasplantadas desde rostros ajenos. Todas parecían inofensivas, pero los cerrojos se cerraban igualmente.

No recuerdo quién nombró el sanatorio cuando tu frenética sed autodestructiva se volvió imposible de disimular. Porque la ocultábamos, recuérdalo. El alcohólico reparte toda su energía entre beber y negar que bebe, no hay fuerzas para nada más. Negarlo se antoja un objetivo fundamental: si bebes con ferocidad, tu sed niega su propia existencia por instinto de supervivencia. De esa forma se protege de ti, que podrías plantearte dejar de beber, y de quien te ama, que podría exigirte que lo hicieras y normalmente lo hace. Esa sed tuya no profesa cariño ni respeto por tu cuerpo, solo lo habita y lo devora.

Como era previsible, te negaste de forma categórica, casi escandalizada, a considerar tu ingreso en un lugar que trataba adicciones graves, lo que de ninguna manera era tu caso. Al principio yo me negué también, sobre todo cuando supimos que allí, además, se luchaba contra enfermedades mentales. Los dos barruntamos la palabra manicomio, aunque jamás llegáramos a pronunciarla. Tuviste que pensarla, imposible no pensarla, tuviste que pensarla como la pensé yo. Manicomio, en el centro de cuyo jardín te encontraste de repente aquel día de abril de 2003.

Los parques que carecen de actividad humana en movimiento inquietan, son vida sin vida, vida que podría contener muerte aunque de repente parezca agitarse al fondo una rama que cae, o una hoja, cualquier sombra tenue agitada por la brisa que viene a rasgar la quietud. El tiempo resulta más difícil de medir aquí, se torna inexacto como si derrapara sobre curvas imperceptibles. Desde la ancha y alta reja que separa el sanatorio del mundo observo los árboles que bordean el camino hacia la recepción. Estaban ya en 2003, este árbol que el viento acaricia con dulzura a mi derecha pudo habernos visto entrar y salir, salir y volver a entrar. Los árboles y los altos ventanales y los pájaros indiferentes en lo alto nos vieron llegar, tan civilizados ambos la primera vez, de acuerdo tras mucho postergarlo, en la

necesidad, la salida única, de consultar con un profesional los orígenes de tu sed y su posible remedio.

Nos recuerdo ante el doctor, pulcros como dos recién casados que dudan entre el crucero o la playa caribeña para su luna de miel. Aquello no podía ser un manicomio, tranquila, y aquella consulta solo podía durar un rato, tranquila, seguro que de inmediato el doctor te recetaría unas pastillas de sabor afrutado y esa misma tarde, tranquila, iríamos al cine para celebrar que tu sed se había evaporado como un catarro leve.

Pero los árboles y los ventanales y los pájaros habrían podido ver también tu tercer o cuarto ingreso, un día muy caluroso de verano en que, contra tu voluntad, sí, contra tu voluntad, logré meterte en un taxi y traerte hasta aquí, aterrados los dos, aunque a estas alturas ya cada uno con su miedo singular e intransferible, miedos distintos que desde hacía tiempo vivían solos y ateridos sin el calor del miedo del otro. Es muy triste sentir que ni siquiera los miedos avanzan ya cogidos de la mano. Los nuestros, hastiados e impotentes, temblaban por su cuenta ante el desbordamiento de tu sed, a esas alturas eje de tu vida y en consecuencia de la mía. Ascendimos el camino bajo aquel sol de las cuatro de la tarde, un paso adelante y tres atrás, tu afán de sanar, dubitativo y frágil, confrontado con la sed que sin previo aviso, como un golpe de oleaje, te hacía retroceder tres pasos hacia la ciudad de los bares discutiendo y manoteando, empeñada en escapar al exterior, cruzar a pie la autopista cercana si al otro lado existía la posibilidad de un trago rápido.

Forcejeaste con los celadores, que al fin lograron hacerte traspasar la puerta metálica. Cuando se cerró tras de ti, mi cuerpo se agitaba como si tu sed le hubiera contagiado la rabia. Desanduve el camino con infinito falso alivio, entregado a una prisa acuciante por alejarme del horror. Dejarlo cincuenta metros atrás, cien, trescientos metros, tal vez así lograría extirparlo de mi vida.

Una opción para el ser humano que no puede enfrentarse a sus problemas es correr. Solo correr. Física y figuradamente correr. La velocidad, cuanto más grande mejor, resulta el único espacio apacible. Solo en el corazón de mi velocidad resultaba el aire respirable. Pero a veces, también sin avisar, llegaban momentos gratificantes, lagunas aisladas donde tras tres o cuatro días de abstinencia eras de nuevo tú, la de siempre, la de antes. Se derrumbaba entonces el perfecto andamiaje de lo adverso y desconcertaba reconocer tu renacida sonrisa buena de siempre y aquella mirada esperanzada.

Mis tardes de visita, cargado con música y libros para que llenaras las horas, resultaban apacibles esos días y hacían que el entorno pareciese, eso decíamos bromeando, una película de la campiña inglesa candidata al Oscar de fotografía y vestuario. Estampas que antes o después se revelaban mentirosas pero nos permitían absorber esa bocanada mínima de aire, ratos de candidez impostada durante los cuales nos proporcionaba hallar refugio y alivio gracias a la conversación más banal, fuera la fiesta de cumpleaños que planeaba algún amigo o

las películas que se estrenarían durante las semanas siguientes y que iríamos a ver juntos, contigo ya recuperada por completo. Todo mentira, penosa y cruel mentira.

Sería instructivo que pudiéramos legar a la ciencia, además de ojos y riñones, los sentimientos concretos que insuflaron energía a nuestros propósitos, aliento a nuestra solidaridad o sencillez, diáfana sencillez, a la capacidad de amor que tantas veces complicamos con laberintos. Conservar en frascos para su estudio aquellos instantes en que yo, al ver aquella alegría tan endeble tuya, tan falsa, creía que el universo podía girar a nuestro favor y encerrar al monstruo en su prisión. Pero después llegaban la medicación y el final de la visita y el momento en que te confinaban, de nuevo a solas, con los demás internos, desdichados inocentes como tú y presos cada uno de su impredecible drama.

El celador echaba la llave y ese gesto rubricaba el encierro, la idea de encierro, la nitidez de la idea de encierro.

Desarrollé cierta impotencia para emocionarme, tal vez esa incapacidad había estado siempre en mí y solo la hice aflorar o tal vez la improvisó sobre la marcha mi terror. La angustia y la tristeza que al principio me acompañaban, ¿adónde se habían ido? Todo acabó por parecer exterior a mi cuerpo, como si fuera el problema de alguien ajeno e invisible que si embargo se hallara pegado a mí. El dolor puede volverse indoloro, pero a cambio te impide respirar con serenidad, dormir, permanecer sentado, sonreír o sentir apetencias de cualquier tipo. Lo indoloro se adueña de tus órganos, la tristeza duerme abrazada a la carne hasta que le perteneces por entero.

¿Y qué sentías tú, allí sola en mitad de la noche o cuando se aproximaba el amanecer?

Este es otro de mis agujeros negros: no haber sabido nunca la respuesta.

¿Qué pensabas, quieta y muda en la habitación blanca?

—No está permitido traer a la paciente colonia o perfume —me dijo un atardecer de verano el doctor.

Lo miré desconcertado, casi ofendido. De niño oí historias terroríficas sobre alcohólicos que bebían colonia cuando no tenían licor, pero se trataba de esclavos animalizados en remotas plantaciones de caucho o mercenarios salvajes que buscaban extremar su brutalidad tras aterrizar en el África colonial, habitantes en todo caso de mundos muy lejanos al mío, al nuestro.

—Ni colonia ni perfume, nada que lleve alcohol —repitió con dulzura firme el doctor.

Se le veía habituado a percibir la incredulidad en el rostro de cada familiar al que precisaba estas instrucciones demoledoras. Tardé en asimilar que la posibilidad de que bebieras colonia era real y creo que fue ahí, al quedarme a solas en ese atardecer de verano, cuando comprendí la verdadera dimensión de la tragedia.

No comprendo cómo pudimos llegar hasta este punto. La decadencia que te arrastra en el pasado se vuelve inverosímil cuando la contemplas desde la

perspectiva del tiempo transcurrido.

¿De verdad, copa a copa, llegamos hasta ahí?

Sí. De verdad lo hicimos.

Una noche, antes de iniciar el regreso, te vislumbré tras la última reja, camino del comedor.

Observé tu paso manso junto a otra paciente. Parecías dejarte arrastrar por ella, tal vez el entorno os llevaba a las dos. Una resignación blanda se había adueñado de tu cuerpo.

Hui hacia la boca del metro. De vez en cuando aceleraba sin motivo, luego frenaba para verificar si eran reales las pisadas que oía detrás de mí, de repente me puse a canturrear sin saber qué canturreaba ni por qué. Era raro sentir frío en la caliente noche de julio.

Todo esto no puede ser real, me repetía cada poco, unas veces en silencio y otras en voz alta, como una letanía de inutilidad contrastada. Mañana estarás mejor, vencerás a la resignación, saldrás de este sitio horrible y nunca volverás a él. Regresarás a casa y entonces…

Regresar a casa… ¿Regresar a casa?

Me detuve. Permanecí muy quieto. Justo aquí, en este momento de julio de 2003.

No había nadie a la vista, tampoco eran reales las pisadas y sin embargo una presencia invisible llegó hasta mi altura y se paró con naturalidad acogedora. Supe que me miraba, erguidos los dos bajo la luz de la farola. No era hostil sino amable. Aun así, me mantuve receloso y en guardia. Tras unos segundos osé sentarme en el banco de piedra junto a la farola. La presencia se sentó junto a mí.

Al poco, me habló:

¿Regresar a casa para qué?

Esta pregunta, resumen de todas las preguntas.

Esta pregunta que afronté por primera vez aquella noche.

Demasiado bien sabíamos tú y yo a estas alturas, aunque temiéramos más que ninguna otra cosa admitirlo, que aquel terrible abril de 2003 no había explosionado sobre los jóvenes ilusionados y unidos que una vez fuimos sino sobre la pareja rota desde tiempo atrás en que nos habíamos convertido.

Nuestra pareja rota: ¿quién hallaba el valor para poner estas tres palabras sobre la mesa?

La separación tras años de haber construido realidades gratificantes es una demolición dolorosa. Pero si, además, en mitad de la ruptura una de las dos personas enferma de gravedad, por ejemplo de alcoholismo, ¿entonces qué?

—Voy a luchar —decías de vez en cuando.

Y bastaba ese destello improvisado para que nos animáramos, aunque fuera por causa de esa mentira que queríamos creer verdad. Nuestra vida jamás sería ya la de antes. Y aun así fingíamos para que la esperanza imposible te fortaleciera contra el alcohol, el enemigo principal que ya convertía en secundario todo lo demás.

Yo me decía que seguiríamos juntos hasta que salieses del sanatorio y luego ya veríamos.

¿Y si nunca sale? ¿Si nunca se cura?, preguntó aquella noche la presencia del banco de piedra.

Se curará. Estoy seguro. Y cuando se cure hablaremos. Empezaremos de cero, cada uno por su lado.

Imagina que se cura, que deja de beber mañana, que nunca más vuelve a beber. Imagina que se cura por completo. En ese caso, ¿crees que podrías ilusionarte?

Las víctimas del desamor solían ser suculentos personajes de ficción que pululaban por aquel imaginario juvenil que tú y yo moldeamos a nuestro alrededor. Sin embargo resultaban, resultábamos, mucho más vulgares y entristecidos en la realidad.

«Desamor» es una palabra que nació y creció durante mi generación. El cine clásico de Hollywood, por ejemplo, nunca la utilizó. Mostró, eso sí, decenas de historias de desamor que facturaron millones de dólares, pero la palabra no llegaba a pronunciarse en la pantalla. Fuimos todos nosotros, los que crecimos un poco después, quienes acabamos por acuñarla. En todos aquellos cuentos que nos nutrían cuando sin saberlo seguíamos siendo niños habría sido de gran ayuda que alguien sabio nos explicase su existencia y significado, su amenaza. El amor evoluciona, lo que significa que puede ir a mejor o puede ir a peor. Tan simple como esto.

Ignoro por qué tantas parejas rotas a las que nada ni nadie obliga a convivir se empeñan en hacerlo. Odiamos el fracaso en cualquiera de sus formas, y una pareja rota lo es siempre, incluso si la ruptura se produjo al poco de haberse establecido el vínculo, como de niños nos decía la sinuosa propaganda franquista que sucedía con la mayoría de las bodas celebradas en Las Vegas. Pero incluso en esos casos hubo ilusión y deseo aunque fuera de forma muy breve, aunque perviviera solo durante el destello de una mirada.

¿Quién no ha viajado a otra ciudad o atravesado jardines en penumbra por el destello de una mirada? Tiene mucha más lógica divorciarse en Las Vegas, incluso en el primer casino según se salía del juzgado, que cargar entre dos personas incomunicadas entre sí el féretro vacío de lo que una vez pudo ser hermoso.

Muchas veces he recordado las cucharillas de café de 1980. Las compramos juntos en mayo o junio de ese año, el mejor juego de cucharillas de café de la historia de la humanidad. Como siempre, lucía el sol dentro de la casa vacía de Fuencarral, donde nos sentíamos reyes por mucho que nuestras posesiones se limitaran a aquel colchón en mitad del salón sobre el que fuimos tan dichosos. Nos asaltó un arranque de responsabilidad doméstica y decidimos organizar la casa, empezando, con toda

lógica, por una cafetera, dos tazas, un paquete de café molido, azúcar y unas cucharillas para desayunar al día siguiente. Subimos calle Fuencarral arriba deteniéndonos en cada comercio que exhibiera en el escaparate cualquiera de los elementos de la lista. Tras el mostrador de madera de una tienda muy antigua a la que por fin entramos, la anciana encantadora que atendía nos mostró diferentes modelos de cucharillas de café.

—Qué contentos se os ve —nos dijo muy sonriente. Aunque hubiera sido una anciana odiosa yo la recordaría encantadora.

—Es que lo estamos —corroboraste tú todavía más sonriente—. Nos llevamos estas cucharillas.

Y así nos hicimos con el mejor juego de cucharillas de café de la historia de la humanidad, que lo fue durante ese día porque lo adquirimos en el epicentro de nuestra alegría. Cada una de esas cucharillas, seis en total, inició luego su singular odisea, soldaditos de plomo arrastrados por la corriente que nuestra vida iría oxidando. Tal vez alguna sobrevivió a todas las mudanzas sin que hubiéramos sido capaces de identificarla e incluso puede que yaciera veinte años después junto a cuchillos y tenedores en la cocina de la casa de tu alcoholismo.

También en esta última casa compartida, la más triste de todas, fuimos una vez de compras. Queríamos insuflar alegría al abismo, impostar alguna ilusión artificial. Necesitábamos una cama nueva y nuestra situación económica era mejor, así que entramos en unos grandes almacenes de La Castellana, la misma calle por la que una vez, tanto tiempo atrás, me embelesaste caminando descalza una noche de otra página de mi memoria. Recuerdo la planta de los grandes almacenes, gigantesca y llena de camas hasta más allá de donde abarcaba la vista. Aparte de nosotros no había nadie, era un día laborable sobre las tres de la tarde. El dependiente vino apresurado desde el otro extremo de la planta. Si hubiera sido la anciana que nos vendió las cucharillas transformada en dependiente de grandes almacenes nos habría dicho que se nos veía muy apagados. Y nosotros, sin verbalizarlo, habríamos pensado cada uno por nuestro lado que era así como estábamos.

En vez de eso le dijimos que buscábamos una cama grande y cómoda. Nos sugirió varias, invitándonos a sentarnos en ellas para comprobar sus virtudes. Cualquiera de ellas habría sido la mejor de las camas que tuvimos a lo largo de nuestra vida. En algún caso las probamos, nos sentamos sobre los colchones tú o yo o los dos, sin cruzarnos las miradas. Elegir una cama en la cual sabíamos que no iba a haber abrazo físico, ni cariñoso ni sexual, fue uno de los momentos más amargos de mi vida. Supongo, aunque ya no importe, que sentiste lo mismo. Tal vez habría sido curativo y hasta reconciliador haberlo hablado allí mismo. Sentarnos en una cama al azar, frente a frente, pedir al dependiente que nos dejase un rato a solas y decirnos cara a cara que estábamos comprando una cama en la cual no íbamos a hacer el amor nunca más.

Nunca más. No elijo estas dos palabras de forma frívola. Expresan lo que sentía y sabía entonces y, estoy convencido, también lo que sentías tú y sabías tú. Nunca más: precisión exacta. Y, sin embargo, continuamos examinando los distintos modelos, valoramos sus precios y prestaciones y por último dimos al dependiente instrucciones sobre la hora más conveniente para llevarnos la cama comprada. Una furgoneta de reparto la trasladaría hasta casa y eficientes operarios la subirían escaleras arriba para depositarla en el centro de nuestra habitación, como un burlón monumento a la resignación. Perseveramos así en nuestro horizonte gris, camino de la vejez y de la muerte y fingimos de propina una sonrisa.

Mucho antes, un día cualquiera de la época dichosa, recuerdo que nos divertimos jugando a profetizar nuestras propias muertes. Seguro que estábamos bebiendo o habíamos bebido ya. El alcohol propicia elucubraciones así, enfermizas y adornadas de falsa poética feroz, delirios irrespetuosos con la vida. Profetizar la propia muerte, permitirse fantasear con ello, pulir los detalles ficticios, mitificarlos y volver a recrearlos para añadir pinceladas nuevas. La muerte, supongo, nos pareció en aquel momento vida trepidante, esencia de epopeya reservada a los héroes dignos de merecerla. Pero ahora, dando la vuelta a aquel juego obsceno, me permito recrearnos a ti y a mí en este instante, sentados frente a frente en mitad de cualquier momento de tu Nada, a donde, supongámoslo también, he ido a visitarte como hacía en el sanatorio aunque con el propósito de cerrar el círculo de aquel diálogo sobre nuestras muertes de ficción con los datos que ya tenemos, los datos de la realidad.

—Morí el veintiuno de agosto de 2012 —empiezas diciendo tú.

Ignoro, por cierto, si reparaste en la fecha. No estabas consciente, pero mantenías la vida cerebral. Nadie puede saber qué pensamientos dejaste pasar y a cuáles te aferraste. Puede que ni siquiera supieras que morías.

Respondo yo:

—El uno de octubre de 1997 estuve a punto de morir. En realidad morí y resucité, eso fue con exactitud lo que pasó.

Ese día, el uno de octubre de 1997, se partió en dos nuestro camino compartido, de esta fecha nuclear provino todo nuestro futuro, incluido este libro. Desde ahí hasta la noche de 2003 en el banco de piedra cercano al sanatorio habían transcurrido casi seis años de un desencuentro progresivo cuyo principal motor fueron nuestras respectivas decisiones radicales: radical yo al dejar de beber, radical tú al perseverar en seguir bebiendo. Esa divergencia lo decidió todo.

Si esto fuera una novela debería ahora preguntar a mi protagonista si no supuso una resolución de monstruoso egoísmo abandonar a la pareja de lustros que había sido atrapada por el alcohol. Y es también aquí, entonces, donde debería describir a ese monstruo que habitaba en ti junto a la persona buena que a la vez eras.

No es difícil, todos los bebedores llevan en su interior un monstruo al que liberan con mayor frecuencia a medida que aumenta la cantidad de alcohol ingerida. Es el

mismo monstruo, un monstruo universal, diversificado en tantas versiones de sí mismo como bebedores han poblado y poblarán la tierra, la gran familia monstruosa con primos de todas las razas, un planeta rebosante de monstruos idénticos en su esencia atroz pero matizados por singularidades imprevisibles y dañinas, a veces para los demás y siempre para sí mismos.

Tu monstruo concreto te tornaba la mirada acuosa e inescrutable, cargada de amenazas borrosas. Es probable que por estar bebida nunca alcanzaras a memorizar el inquietante rostro de tu metamorfosis, tal vez ni siquiera lo viste, siendo consciente de ello, ni una sola vez. Si hubiéramos disparado una fotografía y te la enseñara ahora sentirías horror ante la truculenta expresión de tu cara, que todavía hoy soy capaz de visualizar. Ladeabas el gesto para mirar de reojo, tal vez sin poder remediarlo o tal vez porque el monstruo era un poco miope, pero se sabía así que estabas adentrada ya en los designios de lo irreal y podías por tanto hallarte navegando por melancolías, temores u odios hacia cosas que no era posible imaginar. Aquella hostilidad de cíclope debía de lanzar sus andanadas hacia tu propio interior, porque ni sobria ni bebida tuviste jamás sentimientos violentos, vengativos o malvados hacia nadie que no fueras tú misma. Eras en esencia buena, nada ha podido desenfocar esa certeza que vuelve más triste tu tragedia.

El alcohol expandía en ti una abducción física, extraviada, que parecía rumiarte por dentro y te fortificaba contra todo y contra todos en el objetivo único de seguir bebiendo. En aquellas inercias etílicas, que a veces duraban días, bebías en casa o en la calle mientras yo, en el exterior, nunca bastante lejos, trataba de organizar una vida ajena al alcohol y a su turbulencia perpetua. Huir del volcán en erupción caminando sobre la lava, una esquizofrenia extrema que todavía hoy me lleva a pensar si no resucité únicamente para ver reflejados en ti, como un aprendizaje o una penitencia, mis pasos autodestructivos, esos que mi benévola memoria ha borrado. Habría dado lo que fuera a cambio de que te curaras, pero a la vez nada me repelía más que la proximidad de ese espejo de mi persona pasada que tú contenías.

Al diablo que me había matado podía ahora observarlo solo con mirarte. Sin prisa y analizándolo hasta donde me atrevía, reconociéndolo como a través del microscopio. A salvo de lo que fui y espeluznado por haberlo sido.

Me recuerdo igual que te vi después, insomne antes del amanecer o desmayado en un sueño insano para, de repente, sentir la sacudida de mis órganos furiosos y apremiantes amotinados por la sed. El mundo real era un campo de minas, cada mañana a primera hora había que sortearlo hasta el primer bar. La normalidad exterior, personas que vivían y hechos que acontecían, me irritaba y ofendía y nada resultaba más odioso que lo apacible. La distorsión del entorno me resultaba la ley más favorable. Las películas de fugitivos, tanto si mostraban cowboys solitarios huyendo de los indios como espías occidentales eludiendo a los agentes del Telón de Acero, eran para mí semblanzas encubiertas de pobres bebedores que huían de los acosadores bondadosos que los querían curar.

Por qué en aquellas escapadas frenéticas se alternaban con igual intensidad la euforia y el mísero hundimiento es un misterio que continúa sin explicación. La lógica sangra si la tocas y las calles de fango quieren tragarte, pero tú solo te preguntas: ¿a cuántos bondadosos acosadores lograste engañar hoy? A bastantes. Bien, sigue así, a ver si mañana mejoras. Y, en realidad, todo esto apenas importa, pues transcurre por la pista del delirio. Lo grave es la herida incesante en las vísceras y en la memoria. Un día solo confías en la bebida que te matará. La cuestión es si lo comprenderás antes y podrás impedirlo.

Ese fui yo. Esa eras tú.

Con el espejo de mí mismo, salvaje bebedor, vivía yo cuando, ya abstemio, vivía contigo.

Y, sin embargo, mi pasado sediento reencarnado en ti, exhibido con toda su obscenidad para estupor de mi estima y dolor de mi conciencia, resultaba menos dañino que las ocurrencias dementes de tu monstruo interior. Cada bebedor tiene las suyas, personales e intransferibles, unificadas por la capacidad común de arrasar cuanto tiene alrededor. La convivencia con ese animal es imprevisible. Yo caminaba desarmado y desnudo junto a una fiera carnívora, caníbal. Por eso, para bien y para mal, culpable e inocente, me fui.

A veces paseo sin prisa hasta el punto exacto de la plaza de Santa Ana de Madrid donde caí muerto a las ocho de la mañana del uno de octubre de 1997.

No queda en la fachada rastro de mi sangre. Sería inverosímil pasado tanto tiempo. Aun así, cuando remozaron el bar que siempre ha estado aquí y recubrieron la pared con un material que imita a la piedra sentí que se despreciaba la humilde huella transparente de mi inexistente legado.

Si una persona no posee nada, ¿es pecado arrojar a la basura sus recuerdos?

Abundan los turistas, decenas o cientos, pero ninguno sospecha que morí y resucité aquí mismo hace más de veinte años. Tampoco lo imaginan los amigos que desconocen mi pasado. No hay nada que no camine hacia el olvido. El sol ilumina hoy la plaza de forma irreal, diría que extralimitado en sus funciones. Puedo distinguir los poros de cuantos rostros pasan junto a mí, veo un insecto que trepa veloz por el tronco de ese árbol no tan cercano y la fachada del Teatro Español parece un decorado que acabaran de barnizar. Justo antes de reflejarme en un escaparate frente al que me detengo juego a pensar que va a reflejar al que yo era el uno de octubre de 1997, más joven y por completo alcoholizado, y no a quien soy hoy, este hombre veinte años más viejo que no bebe y, precisamente por eso, sigue vivo. Si se concretara esta magia vería, esta vez como espectador, la secuencia completa de mi muerte y resurrección como si el cristal del escaparate fuese la pantalla de un

cine.

El día que morí me hallaba pagando un recibo ante la ventanilla de la oficina bancaria que se ubicaba aquí y hoy es un hotel. Entregué al empleado billetes y monedas, todavía eran pesetas, y aguardaba el recibo sellado sin sospechar que me quedaban segundos de vida. No recuerdo que la muerte se anunciara, tampoco que doliera.

Al salir a la calle, junto a la esquina de piedra todavía sin restaurar ante la que a veces vengo a plantarme, sentí cómo de pronto mi mente era succionada desde la cabeza hacia el estómago. Era una succión lenta, en absoluto agresiva aunque por supuesto inquietante, de la cual me dio tiempo a pensar, qué absurdo, que arrastraba mi ser entero hacia los antebrazos. Sentí que las manos se hinchaban por el apelotonamiento de mis pensamientos en las yemas de los dedos. De haber tenido tiempo para meditarlo, me habría parecido muy triste terminar con todas mis ideas y conocimientos pugnando por rasgar la piel para saltar al exterior entre las rendijas de las huellas dactilares, el recuerdo de mis amigos más queridos y las reglas de sumar y restar y las películas de John Ford y la receta de las almejas en salsa verde correteando entre los adoquines como hormigas despavoridas. Mi cerebro y mi cuerpo no supieron de repente cómo sostenerse y me desmoroné hacia el suelo, un desenlace dramático que mi vanidad jamás había visualizado.

Pero casi en el acto resucité.

Ocurrió tan deprisa que no soy capaz de aportar reseña alguna de la muerte. Sin embargo, desde entonces he pensado muchas veces que si no hubiese resucitado, es decir, si hubiese permanecido muerto, ninguno de mis actos posteriores al uno de octubre de 1997 habría tenido lugar. Es un hecho obvio. Sin embargo, me cuesta asumirlo. Las personas que conocí después y los libros que he alcanzado a escribir, todo cuanto viví tras aquel instante se habría volatilizado o no habría llegado a ser. Mi futuro transformado en nada.

De mi resurrección sé bien poco, excepto que no pude evitarla. Los méritos, de haber alguno, no fueron míos sino del destino. El posterior parte médico no aludiría, como es obvio, a mi muerte física, que, si soy riguroso, no llegó a producirse. Pero yo, como haría cualquier escritor, afirmo que hubo muerte y resurrección porque se produjo el final de una trayectoria vital y el comienzo de otra nueva, contenta de ser y expandirse.

Volví a la vida y lo primero que vi, que veo al rememorar, es a una mujer joven que alza ante mí la palma abierta de su diestra. ¿Qué pretende, tan grave o preocupada? Insiste, ceñuda, en que le diga el número exacto de dedos que veo en su mano. La mujer joven podría ser también un hombre canoso, o puede que de cráneo rasurado. Lo único veraz es la mano abierta con esos dedos extendidos que no soy capaz de contar. Creo que lo difícil, lo inaccesible, no es contarlos, sino adjudicarles un número. En mi mente no hay números, puede que tampoco letras. Lo intento una y otra vez, y a la cuarta, al parecer, acierto, o tal vez se ha cansado la mujer joven o

el hombre de pelo canoso de intentarlo y dejamos de lado el juego. Observo entonces pequeños cráteres rojos sobre mi pecho, me hacen pensar en los falsos impactos de bala del cine. Aflora otro cráter y luego otro. Tardo unos segundos muy torpes en razonar que puede tratarse de sangre, una lluvia de sangre que parece venir desde el cielo en goterones pegajosos y, en realidad, cae de mi nariz hasta la camisa, que es rosa y acaba de salir del tinte, lo cual, otra cosa absurda, me irrita más que la idea de morir, se me antoja más irremediable. Me he golpeado al caer. No recuerdo haberme caído, lo deduzco porque estoy sentado en el suelo, o lo estaba hasta que me ayudaron a levantarme. Tal vez no me he caído ni he estado sentado en el suelo, puede que cuando mueres sangres por la nariz, pensé. Hay más voces, serenas pero imperativas. Una me pregunta si sé dónde vivo.

—¿Sabe dónde vive?

Me desconcierta que mi salvador me trate de usted. A la vez, también me alivia. Deduzco que no me salva por amor sino porque es un profesional de salvar la vida de las personas. Mejor esto y no que intente salvarte quien te ama pero ignora cómo.

—Por supuesto. Sé dónde vivo.

Incluso, me digo, podría llegar a mi casa solo con tirar por ahí y luego bajar a la izquierda y en algún momento, ahora mismo no sé en qué momento, volver a subir hacia alguna parte. Me gustaría que me dejasen tranquilo para intentarlo. Haría una parada en el primer bar, tomaría una cerveza para pasar el susto. Sin embargo, no logro recordar las sílabas que componen el nombre de mi calle, las letras se han vuelto de agua y las palabras resultan inexpugnables. Mi idioma, desangrado de un hachazo: este es uno de los terrores más puros de aquel día, el que recuerdo con mayor lucidez. ¿Sé mi nombre? No, no lo sé. Reconozco que no lo sé. Y para defenderme del miedo pierdo otra vez el conocimiento.

—¿Cómo va eso? ¿Te encuentras mejor?

Otra voz de mujer. Simpática, parece restarle importancia a la muerte. Me trata de tú y ahora, al revés que antes, es el tuteo lo que me produce alivio. Abro los ojos. Parece un hospital, todo es blanco y limpio, luminoso. La mujer es un ángel, me digo, el más hermoso del paraíso. Esta frase la he oído en películas de serie B. El héroe malherido despierta y al ver frente a sí a una enfermera cree que es un ángel. Es tópico y puede que cursi, cierto, pero doy fe de que no cabe otro pensamiento ante el rostro de una mujer que sin conocerte de nada comparece para asistirte en tu regreso a la vida.

—¿Sabes qué te ha pasado? —pregunta el ángel cuyo nombre nunca llegaré a saber.

Niego con la cabeza sin dejar de mirarla. Soy incapaz de apartar la vista de ella. Su rostro, por el simple hecho de estar ahí, garantiza que sigo vivo.

—Un ataque de epilepsia. ¿Habías tenido otro antes?

Niego con la cabeza, entre brumas de realidad.

—¿Nunca? ¿Seguro?

Niego y afirmo con la cabeza: nunca, seguro.

—¿Bebes alcohol?

Todas las alarmas rojas se encienden a la vez. Así que se trata de esto. Tantos años bebiendo al galope tendido para llegar hasta aquí y al final he llegado. El alcohol, al fin, me ha matado. Él es el culpable, mi asesino. Hablo por primera vez. Pero no soy yo, sino el alcohólico que me habita y quiere protegerse.

—No, no mucho —susurro quitándole importancia, como si la pregunta fuera estúpida.

—¿Seguro? ¿No abusas del alcohol?

La razón me dice que si miento podrían suministrarme una medicina que provocase una reacción fatal con el alcohol de mis venas, matarme otra vez, matarme de verdad, matarme por mi culpa. Si miento pueden matarme por error, pero aun así digo:

—A veces un vino con las comidas, o una cerveza.

Merced a esta mentira suicida, el bebedor encastillado en mí logra que nos den el alta. Al rato nos encaminamos hacia la salida, él bien oculto, a salvo en mi interior, concentrado en convocar la sed. En la calle aguarda, listo para sellar su destino, el bar más cercano. Pero no llegaremos, no llegué a entrar en él.

Antes quise llamarte y busqué una cabina. No había móviles entonces, hacía falta una cabina, introducir una moneda y llamar. Era un universo arcaico donde uno podía desaparecer, disolverse. La moneda que sobre las tres de la tarde del uno de octubre de 1997 introduje en la ranura del teléfono público de la recepción del hospital, en la frontera misma del camino hacia el bar, era una de las que me habían devuelto al pagar el recibo del banco, seis o siete horas antes. Caí en la cuenta de ello, la capacidad de asociar pensamientos había regresado, como los números y las letras. Utilizar esa moneda para llamarte fue el primer acto sobre la tierra de este resucitado. Descolgaste, ni enfadada ni preocupada, tus respuestas monosilábicas mostraban esa cierta hostilidad cautelosa que ambos mostrábamos ante las ausencias más largas de lo habitual del otro, que ya venían a darnos igual. No recuerdo si intenté decirte la verdad sobre la crisis epiléptica, aunque tengo la sensación de que el bebedor encastillado se me adelantó igual que había hecho con la doctora:

—Voy a salir del hospital. Me desmayé en la calle. Voy hacia casa. Ahora te cuento. Y…

Más o menos a mitad de esta explicación acobardada cargó contra mí el segundo ataque. La epilepsia, según llegué a aprender luego, es algo así como un apagón mental completo, desconectar el interruptor de la mente. Solo puedo saber que volví a despertar horas después frente al mismo ángel con bata de doctora. Tú lograste verme sobre las once de la noche de esa jornada truculenta. Días después relatabas así la llamada que te hice desde el hospital:

—De casa te fuiste a las ocho de la mañana. Tu llamada fue a las tres y media de

la tarde, o las cuatro. Ya estaba muy intranquila. Me estabas contando lo que había pasado cuando te callaste de repente. Entonces oí gente que chillaba. Un ataque de epilepsia, gritaban. Un ataque de epilepsia, llamad a un médico. Supe que eras tú. Te imaginé en el suelo, con el teléfono colgando del cable desde la cabina, balanceándose. Una voz dijo: estaba hablando con alguien. Y esa persona cogió el teléfono y me confirmó que sí, que te había dado un ataque y estabas en el Hospital San Carlos. Fui corriendo, pero hasta las once de la noche no logré verte. Una doctora joven me dijo que pudiste haber muerto.

Aquel teléfono que se balanceaba al final del cable sobre el suelo es una imagen que no he logrado borrar de mi memoria. El péndulo, el tictac, la frontera, la desmesurada fragilidad humana. Al evocarla he comprendido que pudo haber acontecido una tercera versión de los hechos, más allá de la tuya al otro lado del teléfono que se balanceaba y de la mía, a este.

Cuando salía aprisa del hospital, con la voluntad firme de beber para resarcirme de todo este dramatismo y recompensarme por haberlo superado, se me ocurrió que estarías nerviosa y debía llamarte. Pugnaron entonces dentro de mí el kamikaze sediento, partidario de tomar una cerveza antes de hacer la llamada, y el humilde superviviente, considerado contigo, que antes prefería explicarte que me encontraba bien. Ganó el segundo, por suerte para mí. Si hubiera salido a la calle y caminado los metros que separaban el hospital del primer bar, el segundo ataque de epilepsia me habría sorprendido lejos de la doctora que me salvó y además la cerveza podría haber incrementado su gravedad. Tal vez mi final habría sido otro, morir de forma definitiva, sin nueva resurrección, si entre la llamada y la cerveza hubiera elegido aquella cerveza hacia la que con tanta resolución me encaminaba y que, por cierto, ya jamás tomé.

A veces he pensado en ella. Digamos que fuera la cerveza número ciento dos que el camarero serviría esa tarde, con su espuma y su tapa de tortilla recalentada. Al no acudir yo a mi cita con ella porque decidí llamarte antes, porque al hacerlo sufrí el segundo ataque dentro del hospital, porque tras sufrirlo fui ingresado y puesto a salvo de mí mismo, porque desde entonces ya nunca más bebí gracias a lo cual puedo, entre otras muchas cosas, contarlo hoy, me pregunto quién tomaría aquella cerveza número ciento dos que estaba reservada para matarme. Un estudiante que acabara de fotocopiar decenas de páginas de un tratado de química, una señora que esperaba a su hija para ir a encargar juntas el vestido de novia de la joven, un vendedor de coches contrariado por no haber llegado a tiempo de ingresar en el banco el cheque de su comisión, un muchacho o una muchacha, bebedores recién iniciados, que la beberían de un solo trago, pletóricos por sus efectos antes de pedir la siguiente, la cerveza ciento tres. Es un cálculo banal y absurdo, frívolo, en el cual me extravío para no pensar que la cerveza ciento dos podría estar esperándome en alguna vuelta del camino. El teléfono, quién sabe si todavía balanceándose.

Elegir aquella llamada telefónica en vez de la cerveza ciento dos mantuvo

cerrada la frontera de la recaída. Si hubiese entrado al bar donde no entré y bebido la cerveza que no bebí le habría perdido una vez más el miedo al monstruo y el ciclo de la muerte inminente se habría activado otra vez. Quien recae abandona su destino en manos del azar, esta es una verdad que los bebedores refutan para sentirse a salvo. Si yo hubiera recaído habría muerto antes que tú. Toda esta historia habría sido otra, a saber cuál. Pero fue como fue. Un extoxicómano no puede convivir con una toxicómana. Un resucitado no puede vivir con una muerta. Uno de los dos devorará al otro, y mientras ocurre los días y las noches serán infiernos compartidos.

Durante casi diecinueve años, el tiempo que medió entre enero de 1979 y el uno de octubre de 1997, fuimos una compenetrada pareja de alcohólicos felices, fuera de algunas desavenencias insignificantes aunque agrias.

Pero aquel uno de octubre nos situó ante la bifurcación de caminos. Tú elegiste uno y yo otro.

Ahí se decidió todo.

La transformación se fue gestando poco a poco, sin que pudiéramos, ni siquiera yo ahora, con la perspectiva de la distancia, ubicar las fronteras concretas hacia las siguientes etapas del abismo.

De 1997 a 2003 vivimos en la misma casa y dormimos en la misma cama. A veces, cuando lo permitían nuestras respectivas obsesiones, la tuya por el alcohol y la mía por la abstinencia, fluían aislados momentos gratos. Entonces nos permitíamos suponer que pervivían dentro de nosotros, en alguna parte, los restos desmembrados de la felicidad perdida, y en ese espejismo tomábamos aliento para aguantar la venenosa rutina. Hasta que lo viví en carne propia, siempre me pareció incomprensible que las parejas despellejadas por una convivencia desdichada no eligieran separarse. Nada parece más lógico y natural que sacudirse el yugo para respirar libre de nuevo. Y, sin embargo, muchas veces no se hace. En nuestro caso, transcurrieron cinco años, cinco meses y dos días entre el uno de octubre de 1997, fecha de mi resurrección, y la tarde del tres de marzo de 2003, cuando, ante la barra de un bar, vino rosado tú y café negro yo, surgieron de mi boca las palabras que tanto tiempo llevábamos temiendo. Yo pronunciarlas, tú escucharlas.

—Debemos separarnos.

Esa era, me atrevo a decir, la distribución matizada de los miedos: yo, a pronunciar esa frase. Tú, a escucharla. Puede parecer arrogante afirmarlo así, pero creo que habrías permitido que la situación se alargase. La anestesia del alcohol te nublaba, abandonabas tu cuerpo a la corriente y nada más. Supongo que yo habría actuado igual de haber seguido bebiendo, pero la abstinencia me daba lucidez y la

lucidez me arrebataba el aire. O pronunciaba esa frase o moría asfixiado.

—Debemos separarnos.

Ante la barra de aquel bar, día tres del mes tres del año tres, las dos palabras cambiaron la geografía de nuestro mundo y lo derrumbaron todo. A partir de ahí lo peor vino a toda prisa y sin obstáculos que entorpecieran su voluntad de arrollar. Tú lo enfrentaste bebiendo más. Una sed suicida, como si convocar el delirio etílico pudiera capturar en el aire las dos palabras malditas y devolverlas al fondo de mi boca. Comenzaste a beber de una manera distinta, resuelta, obscena y retadoramente feroz, impaciente por alcanzar el desastre.

A los tres o cuatro días de las dos palabras en la barra de aquel bar, me encontraba trabajando en otra ciudad cuando un vecino me llamó diciendo que te habías desmayado en la calle. Regresé en el último avión de la noche para encontrarte aturdida, con alguna magulladura leve en la cara y el antebrazo y una explicación ridícula en la boca, sonriente como para demostrar que no había pasado nada extraordinario: tan solo habías ido a la peluquería y el secador en el que introdujeron tu cabeza te había mareado. Yo me aferré a la explicación, la encontré cabal, todo el mundo sabe que esos secadores pueden hacer que la gente se desmaye.

A partir de ahí te recuerdo con la lata de cerveza todo el tiempo en la mano, regodeada en alargar, casi orgullosa, cada nuevo trago, como si consistiera tu objetivo en reventar como un globo antes de que yo hubiera tenido tiempo de irme.

Conozco, porque durante largo tiempo la sentí en carne propia, esa demenciada reivindicación de la propia identidad que exhibe el alcohólico sitiado en su torre de soledad. No tienes ya nada, solo tu fe en el acto físico de beber. Años después de tu muerte vi por casualidad, ojeando en alguna sala de espera las páginas de una revista, una fotografía en blanco y negro que, para mí, representa como ninguna otra la fe del alcohólico. En una playa desierta, bajo un cielo que presagia tormenta, un hombre viejo de barba blanca y larga cabellera revuelta por el viento está plantado ante el mar. Se ha adentrado unos pasos en el agua, que le llega hasta las rodillas y empapa el borde de la túnica blanca que le cubre el cuerpo. Sostiene en la zurda una botella mediada de licor y grita, iracundo y puede que dueño de alguna clase de verdad, al poderoso mar indiferente. Su actitud es firme, tal vez autodestructiva, una inmolación de alguna manera hermosa. Tiene el heroísmo inútil del guerrero que sabe que lo derrotarán esos espectros que solo él ve venir desde el mar, o tal vez es un poeta empeñado en la honradez de su verso. Te vi en esa foto. Te vi a ti más que a mí, más que a cualquier otro pobre y santo bebedor.

Cuando bebías así, durante los días borrosos de aquel mes de marzo, yo huía. La calle no era hospitalaria ni me daba paz, pero era el único lugar donde no estabas tú bebiendo con esa fiereza. Ni antes ni después sentí una impotencia mayor. Sin voluntad ni esperanza, sin aire que llevarme a los pulmones, iba de un lado a otro caminando deprisa. Recuerdo eso, que caminaba deprisa, a veces forzando la marcha, todo lo deprisa que podía, cuanto más rápido mejor, escrutando cada rincón

del camino como si hubiera rendijas de salvación en los escaparates de las fruterías o en los colores cambiantes de los semáforos. Caminar deprisa era mi única defensa. En realidad, hacía sin beber lo mismo que tú bebiendo: esperar el estallido que por fuerza había de venir. Ansiar que de una vez llegara.

Y fue a mediados o finales de ese mes de marzo, quince o veinte días después de que se pronunciaran las dos palabras ante aquella barra, cuando hubimos de acudir a la sala de urgencias del hospital por causa de tu primera, y nunca vista antes, brutal intoxicación etílica.

Fuimos en taxi, ¿por qué recuerdo este detalle nimio que era, en realidad, muy lógico dado tu estado? Tal vez porque nos transmitió una sensación de antes y después, de frontera. Hasta ese momento, tu frenesí etílico de aquellos días había ido en aumento. Sin embargo, te aferrabas a la convicción absurda de que podías controlarlo. Razón irracional, verdad que los dos sabíamos falsa, pero la opción habría sido reducirte por la fuerza y arrastrarte hasta un hospital donde no te habrían ingresado sin mediar tu voluntad expresa. Hasta aquella tarde en que ya no soportaste más el infierno y pediste que fuéramos al hospital.

—Ya no soporto más el infierno.

Esas fueron tus palabras exactas. Soportar el infierno.

No sé qué sentiste a bordo de aquel taxi, pero para mí el trayecto representó un alivio infinito y, por supuesto, injustificado. El problema no terminaba ahí, como me esforzaba yo en querer creer mientras avanzábamos entre el tráfico lento de la ciudad. El problema, simplemente, entraba en una etapa nueva y peor. Pero el preso encerrado en una hermética celda oscura respira esperanzado cuando sus torturadores dejan que por una décima de segundo asome un rayo de luz.

Te ingresaron. Ese día dormiste en el hospital. Yo me sentí libre, feliz por el hecho de respirar sin sobresaltos a lo largo de toda la noche: la ausencia del monstruo que te invadía pesaba más que la congoja por lo que pudiera pasarte.

Por la mañana fui a verte. Una remota serenidad me amparó durante el trayecto en metro y al preguntar por ti en la entrada. Te habían trasladado a otra planta y hacia allí fui, fortalecido por la amabilidad del recepcionista, en quien quise ver la representación del director del hospital diciéndome que no me preocupara, que todo estaba bien, que el susto había pasado y no quedaría memoria de él.

Llegué hasta una puerta metálica con un círculo de cristal a la altura de la cara. Me vino a la cabeza el ojo de buey de un crucero. Me asomé, no se veía a nadie. Pulsé la manilla. La puerta no se abrió y lo intenté dos veces más.

—Hay que abrir desde fuera. Voy por la llave —dijo una voz a mi espalda.

Me giré. La enfermera que me había hablado entraba ya en la puerta contigua, supuse que en busca de la llave.

Abrir desde fuera. Encierro.

Me volví de nuevo hacia la puerta. Al otro lado del cristal había ahora un rostro humano. Una chica joven, morena. Me miraba fijamente, surgida de la nada. Pensé

que se había agazapado tras la puerta para asustarme. Sus ojos, agresivos y turbios de recelo, no dejaban lugar a dudas: padecía una enfermedad mental. Di dos pasos instintivos atrás, realmente impactado.

Era ese el lugar donde te habían encerrado para pasar la noche.

La enfermera regresó y abrió. Entramos. La chica de los ojos agresivos se hizo a un lado y nos miró de perfil, sin apartar la vista de nosotros mientras nos adentrábamos en la sala, camino de otro pasillo. Yo tampoco pude dejar de mirarla. Alta y delgada, un poco encorvada, con esos ojos. Una mente malherida, un espíritu agonizante.

Aguardabas en la siguiente sala. De pie, vestida tal y como viniste, parecía que ni siquiera te habías quitado los zapatos en toda la noche; lista para irte e impaciente por hacerlo. El monstruo parecía haberse evaporado. Nos saludamos como si todo estuviera bien y nada grave hubiera ocurrido la víspera. Con el alta en la mano fuimos hacia la salida. Afirmaste que te encontrabas bien, que te habían puesto un sedante.

—Tengo ganas de estar en casa —dijiste.

La chica morena estaba en una habitación junto a la puerta, sentada en una silla con la espalda muy recta, como si cumpliera algún secreto protocolo. Sus ojos seguían clavados en mí. No es que alzara la vista al pasar yo, es que cuando crucé ante ella ya estaba mirándome.

Volvimos a casa despacio, extrañamente sincronizados en una lentitud anómala, y sin decir nada. No aludiste a tus sentimientos de la noche de encierro. Yo tampoco pregunté. De la misma forma que tras mi muerte y resurrección, acontecidas ya años atrás, nunca hablamos cara a cara de aquel suceso crucial, ni lo analizamos ni extrajimos de él conclusiones para el futuro, esta vez cometimos el mismo error. Silencio. La mirada desviada hacia cualquier otro lado y una especie de confianza patética en que tus horas de confinamiento hospitalario habían traído por sí mismas la curación definitiva. Te recuerdo, ya en casa, recuperando poco a poco el ritmo normal de tus movimientos, como si hubieras temido que la casa te reprochara tu alcoholismo y sintieras una gran relajación al verificar que el rechazo había sido figuración tuya. Más cómoda, sonreíste con timidez y asumiste acciones físicas como preparar un café o ducharte para que la noche tras la puerta bajo llave se fuera por el desagüe. Yo te observaba, cariñoso y creo recordar que atento a todo lo que pudieras necesitar, impostura cordial con la que intentábamos desesperadamente sostener un armazón de normalidad; algo así como si te hubieras roto el meñique y asumiéramos con buen humor que durante unos días no ibas a poder valerte de la mano.

Pasó esa primera noche y luego la siguiente y luego la siguiente. El armazón no crujía, como si fuera de verdad estable, pero su aparente solidez resultaba más inquietante que tranquilizadora, porque ninguna de las terribles turbulencias de esas semanas, cuyo colofón había sido la noche de encierro en la sala de adicciones,

había cambiado el hecho de que las palabras totémicas, debemos separarnos, habían sido pronunciadas y no tenían retorno. Esa era la esencial realidad.

Una mañana te observé. Estabas sentada ante la ventana, de espaldas a mí, mirando los tejados del otro lado de la calle con un cigarrillo en la mano. Sobre la mesa, a tu izquierda, reposaba el cenicero y un vaso con café del que bebías cada poco. No percibiste mi presencia. Yo permanecí quieto, sin hacer ruido. Cuanto pudiera escribir ahora sobre lo que pensabas o sentías en aquel momento sería una invención. No fui capaz de intuirlo, tampoco me aventuro a intentar deducir qué pasaba por tu cabeza. Pude haberme aproximado para romper tu instante de meditación estancada, tal vez habría así averiguado algo. Pero no me decidí y, tras mirarte otros segundos, desanduve mis pasos y salí, tan sigiloso como había llegado.

Ahí seguías: fumabas, dabas pequeños sorbos de café, mirabas hacia los tejados, inmóvil y callada ante la ventana.

—Trastorno límite de la personalidad —sentenció aquella mañana de abril de 2003 el doctor que te había acogido en el sanatorio Esquerdo.

Se lo explicó a tu hermana, que había viajado desde Francia para estar junto a ti, junto a nosotros, en aquellos momentos; fue ella la que, a su vez, me lo dijo a mí por teléfono.

—Trastorno límite de la personalidad. Enfermedad mental. —Lo pronunció muy despacio y guardó silencio, como si no hubiera más palabras posibles después de esas.

Me encontraba ese día en la ciudad de Vitoria para presentar mi nueva novela. Todo compromiso laboral que me obligaba a salir de Madrid suponía un alivio, una bendición, escapar unas horas de la pesadilla que había retornado, fortalecida, muy poco después de aquella mañana en que te sorprendí ensimismada ante los tejados. No había remordimientos, porque la huida se sustentaba sobre una excusa sólida. Llegué con antelación innecesaria a la ciudad. Disponía de unas horas hasta la presentación de la tarde.

Sobre las once de la mañana sonó el teléfono. Caminaba por una calle limpia, muy amplia y soleada, cuando la voz al otro lado de la línea, esa misma voz que casi una década después me anunció que te habían incinerado con la novela nuestra entre las manos, me repitió las palabras del doctor: trastorno límite de la personalidad.

Una conversación telefónica, esta, inauguraba el abismo. Otra, casi una década más tarde, lo clausuraría. Tu calvario se comprendió entre ambas. Cualquier asunto humano puede reducirse a dos o tres líneas de tinta.

Trastorno límite de la personalidad, una enfermedad definida desde hacía poco y

de la cual no se sabía aún demasiado, me siguió explicando. El diagnóstico era difuso y ella, al intentar trasladarme las explicaciones del doctor, me confundía todavía más. La percibía, en su voz y en sus pausas, aplastada por la realidad, sumida en un *shock* que se traslucía por algunas derivas absurdas de su discurso. Hablaba desde el salón de nuestra casa, donde se hospedaba esos días. Me dijo que acababan de venir a reparar la nevera, estropeada días atrás. Cuando se estropeó no estabas aún ingresada. Recuerdo que tú misma llamaste al técnico porque con tanto calor, dijiste, no podíamos estar sin nevera.

—Están arreglando la nevera —explicó tu hermana.

Y calló otra vez. Yo también. Cuando la nevera se estropeó, las palabras «trastorno límite de la personalidad» no habían entrado en nuestras vidas. Todo obstáculo parecía superable. Recuerdo que deseé cambiarme por el técnico de neveras. Cuando acabase su trabajo se iría escaleras abajo. Su vida, fuese la que fuese, tenía que ser mejor que la mía.

Enfermedad mental, me repetí al colgar.

La montaña colosal de tu alcoholismo ocultaba detrás otra montaña mucho peor.

Lunes siete de abril de 2003 a las once de la mañana: irrumpe la enfermedad mental.

Intenté imaginarte al conocer el diagnóstico, tu reacción y sentimiento, y no lo logré. Tampoco hoy lo logro. Sí puedo recordarme solo y con bastantes horas libres por delante en una ciudad donde apenas había estado de paso alguna vez, un escenario idóneo para los picos de terror y desolación que se alternaron con razonamientos absurdos. Sé que caminé y caminé hasta llegar, exhausto de tanto pensamiento sin salida, hasta un flamante e inhóspito centro comercial lleno de escaparates iluminados y escaleras mecánicas. No había gente, supongo que debido a la hora. Subí las escaleras mecánicas por un lado y las volví a bajar por el opuesto. Había cines y bares en la planta superior, todos con los cierres echados. Volví a subir las escaleras mecánicas y las volví a bajar. No fue una decisión, simplemente me encontré haciéndolo.

Para entonces yo no bebía hacía años, por tanto tú y yo éramos extoxicómano contra toxicómana, exalcohólico contra alcohólica, esa convivencia criminal a la que nadie sobrevive. Ahora, además, mente sana frente a mente enferma.

Para ocupar las horas hasta la presentación entré en uno de los restaurantes del centro comercial. Era el único cliente, la hora seguía siendo temprana, tal vez la una de la tarde, la una y cuarto como mucho, no hacía ni dos horas que había mantenido la conversación con tu hermana. Frente a mí se hallaban las salas de cine. Me parecieron seres vivos y tristes, enfermos, con sus cierres metálicos echados y aún sin encender las retroproyecciones que promocionaban los carteles de las películas, el esqueleto de unos cines muertos. En esa penumbra desdibujada yacían los nombres de los actores y los contornos de sus caras y siluetas sumidas en la oscuridad. Pedí porrusalda de primero y alubias de segundo, el cuerpo me exigió

estos poderosos somníferos disfrazados de sabores de la infancia. Quería noquearme, dormir, aunque dudo que fuera consciente de ello. A mitad del segundo plato se iluminó de repente, como si buscara asustarme, la hilera de carteles con las películas en exhibición. Me irritó que casi todas fueran infantiles o comedias, solo había una que pudiera atraerme, dirigida por William Friedkin, tal vez la más desconocida de sus películas, que prometía un duelo sórdido entre Tommy Lee Jones y Benicio del Toro y se titulaba en español *La presa*, justo lo que yo era, la presa de alguna fiera invisible y al acecho.

El cine estaba vacío, eran las tres o tres y pico de la tarde, recuerdo que pensé que una sola persona debía de bastar para poner en marcha la maquinaria de las ocho salas. Un solo proyeccionista, un solo espectador y ocho películas proyectadas en salas sin público. Si muriéramos de un infarto el proyeccionista o yo la soledad del otro sería muy inquietante. Me dormí enseguida, apenas recuerdo que la película prolongaba la sensación de la cartelera, una acción sórdida y crispada en su escenario de nieve permanente que me pareció de color negro, y que la canción de los créditos era el tema de Bob Dylan «Highway 61 revisited» con su letra traducida en los subtítulos. El cine en el que me quedé dormido era la autopista 61 y yo uno más de los personajes acongojados y en fuga de sí mismos que pululan por la canción. Desperté justo antes del desenlace, ignoraba los motivos y sentimientos de los personajes en su violento duelo final y me resultaba indiferente. ¿Quién se venga de quién? ¿Y por qué?

Daba igual, todo me remitía a tu trastorno límite de personalidad: Dylan, Friedkin, la nieve negra, el cine vacío. También en la presentación frustrada de la novela, que suspendimos porque no vino nadie, ni una sola persona.

Nadie en el centro comercial, nadie en el restaurante, nadie en el cine, en la presentación o en el hotel reservado para esa noche. Nadie en la ciudad, aparte de tu enfermedad mental. En el hotel pensé que esa noche tú, a unos pocos cientos de kilómetros, tras conocer el diagnóstico, conviviste a solas en la oscuridad de la habitación con la amenaza que te habían dicho que vivía en ti.

Tal vez, entre los múltiples pensamientos oscuros, te preguntaste si en la batalla que venía iba a estar yo a tu lado o acabarías luchando sola.

Dejo atrás el sanatorio. Vuelvo a casa en metro.

Miro la velocidad negra tras el cristal del vagón, escucho lo que me tiene que decir. Habla de muertos que regresan para caminar por los lugares donde vivieron.

Pululan los relatos protagonizados por resucitados con afanes diversos, amor, venganza, redención. Muchos escritores prestigiosos los rechazan como personajes de sus obras, supongo que por miedo a ser considerados autores de género. Curiosa renuncia creativa, negarse a indagar en nada menos que la perspectiva del muerto: sus decepciones, sus furias y pavores o, quién se atrevería a descartarlo, la indiferencia hacia lo vivido. Una fuente de ópticas dramáticas aplicable, por ejemplo, a las peripecias de asesinos y dictadores a quienes la Nada, antes de permitirles pasar a descansar en su seno, les exigiera la reparación de todas y cada una de las atrocidades cometidas mientras vivieron.

Sal de tu tumba, viejo dictador, y ve hasta aquella cuneta perdida de la lejana provincia para desenterrar con tus manos el esqueleto de la mujer desconocida a la que mandaste asesinar. Bésale la calavera, pídele perdón de rodillas, lleva el cuerpo a los suyos antes de continuar tu interminable redención de cuneta en cuneta.

También historias de bondadosos ciudadanos anónimos regresados de la tumba para conversar con los vivos amados, el padre con el cual quedaron serias cuentas pendientes, aquel amigo que se suicidó y cuyo grito de socorro no tomamos en serio, el impacto de un hermano que murió cuando erais niños y regresa gateando cuando tú eres ya un viejo que espera la muerte.

El Día del Juicio Final vendría causado por el Amor. La Biblia necesitaría una adenda. Este delirio pudimos haberlo alumbrado cualquiera de aquellas tardes de juventud que fluían felices.

Si volvieses a la vida, ¿cómo emplearías esas veinticuatro horas de tiempo regalado?

Tanto pánico a perder la memoria y la felicidad podría consistir en olvidar.

Al fondo del vagón de metro se alza una súbita voz áspera que desbarata mis pensamientos y reclama la atención de los viajeros.

—Buenos días —grita por encima del traqueteo del tren.

No es un saludo sumiso ni cordial, sino más bien la constatación de una rabia.

Y todos, como tantas veces, nos resignamos a escuchar el inminente monólogo mísero que buscará despertar nuestra simpatía y solidaridad. Idéntica escena se repite a diario en todos los vagones de todos los metros de todas las ciudades del primer mundo. Alguien se lanza a suplicar ayuda en público y quienes lo escuchamos, afortunados por sabernos meros espectadores en vez de protagonistas

del drama, nos parapetamos con indiferencia en la idea de que la historia será, con toda probabilidad, falsa; o lo hacíamos al principio, antes de que la representación perpetua de rostros y voces intercambiables nos volviera del todo apáticos.

La voz áspera pertenece a una muchacha de vejez prematura y piel enrojecida, como abrasada por una insolación artificial, sobre la que destaca todavía más la boca medio desdentada. Tú y yo sabemos mucho de dientes rotos y encías sangrantes, ¿verdad? Demasiado. La muchacha, que porta una guitarra moribunda, parece alcohólica o yonqui o ambas cosas, una muerta disfrazada de viva, una muerta a punto de morir a la que por pura casualidad observo justo un minuto antes de que ocurra.

Se arrodilla en el centro del vagón, a metro y medio de mí. No es un acto de humillación que busque amplificar nuestra misericordia, solo la postura elegida para apoyar la guitarra sobre su regazo. Toca y canta, un tema que no he oído jamás, tal vez de composición propia. Contra todo pronóstico me conmuevo, aunque no por la guitarra ni por la voz, que suenan rasposas y terminales como si pugnaran por ser la primera de las dos en escapar de este mundo, sino porque en el pasado, resulta evidente, la muchacha de vejez prematura que ahora toca mal y canta mal tocó y cantó bien o muy bien. Su mente sabe tocar y cantar, pero su cuerpo ha olvidado cómo se traslada ese don a la realidad. O tal vez no, tal vez sigue sabiendo hacerlo y la boca desdentada impide expulsar el aire con la armonía de antes. Repele y genera belleza, no sé explicarlo pero tampoco puedo apartar la vista de esta emoción sucia y verdadera.

Concluye, se pone en pie con la guitarra en la zurda y extiende la diestra en gesto retador. Dedos negruzcos que la rabia mantiene ágiles. Echo mano al bolsillo y le doy las monedas que encuentro, sin mirarlas ni contarlas. Me horroriza el clasismo sádico que llamamos limosna, interesado solo en comprar muy barato un instante de superioridad sobre el otro, pero hoy no sé impedir que mis dedos, tan limpios, le entreguen estas monedas. Nos miramos. Soy yo el que baja la vista primero. Un día, decía la letra de cierta vieja canción, cuantos recibieron la afrenta de nuestra caridad vanidosa regresarán armados de cuchillos y memoria. La muchacha de vejez prematura sale hacia el vagón siguiente apenas el tren se detiene. Voy tras ella con prisa absurda, como si estuviera en posesión de algún secreto que pudiera sanarme, pero he tardado demasiado y las puertas se cierran antes de que pueda subir. El tren arranca y desaparece en el túnel con ella a bordo. Sigo sin comprender por qué he querido seguirla.

Es muy difícil estar por completo solo en un andén del metro, como yo ahora. Nunca acaba de escucharse un silencio redondo, porque tras las paredes laten rumores eléctricos y convulsiones de energía. Hay una mujer mayor sentada en el andén de enfrente, muy quieta y desmadejada, como si dormitara. La barbilla inclinada sobre el cuello me impide verle el rostro y los ojos. Podría tener la edad que tendrías tú hoy.

Mucho tiempo atrás, cuando nuestra felicidad no podía concebir que un día comenzaría a desmoronarse, estábamos citados en una estación de metro para ir juntos a algún sitio, no recuerdo cuál. Yo, que llegaba tarde y bajaba las escaleras deprisa, vi, nada más entrar al andén también entonces solitario, que ya estabas allí, sentada en un banco alejado como la mujer de ahora, solo que leías muy ensimismada un libro, aquella primera novela mía que justo por entonces acababa de publicarse, por la que tanto habíamos luchado juntos y de la cual, con toda lógica, fue tuyo ese primer ejemplar, el que para mi orgullo y plenitud leías en ese momento y el mismo ejemplar que tal vez, podría ser verosímil a pesar de mudanzas, extravíos y dramas, ardió contigo muchos años después.

Pensé: la mujer que más me importa del mundo leyendo mi primera novela, qué grande puede ser la vida.

Nadie de mi vida actual sabe que durante años mi mayor miedo ha sido imaginar que dormías y vivías en la calle y que yo, habitante a esas alturas del pequeño bienestar de mi vida posterior al infierno, te veía un día en tal miseria, por ejemplo tras la presentación de algún libro o al salir de un restaurante o del cine.

A veces lo he soñado: estás ahí, sin retorno desde la deriva. Te veo pero tú a mí no. Giro a toda prisa, dándote la espalda sin pensarlo, por el más mezquino instinto de pavor, y huyo calle arriba camuflado entre mis acompañantes sin atreverme a mirar atrás.

A solas o con adecuado asesoramiento profesional intentamos aplacar los sueños mediante interpretaciones diversas, algunas incluso en parte tranquilizadoras, pero una pesadilla sustentada en la realidad no puede ser derrotada, solo sufrida. La mía admite versiones, como los libretos teatrales.

Salgo del restaurante, te veo. Tú me ves también a mí, desde la acera de enfrente o cara a cara. En la versión más áspera del sueño nos damos de bruces. Tu mirada es estupor pétreo, sin emoción alguna. Solo estupor, vacío. Una mirada muerta es la peor que puede mirarte. Al no poderse interpretar, contiene todas las variantes acusadoras. De pronto tuerces la vista hacia otra parte mientras yo, aliviado, me dejo llevar por la mano que tira de mí y voy tras mis acompañantes, aunque sin poder apartar la vista de ti, que sigues parada en la acera, obstinada en mirar hacia cualquier punto que no sea yo, con quién sabe qué pensamientos solidificando esa mirada muerta que ya no me mira. El giro de la esquina te saca de mi ángulo de visión y te conviertes, al desaparecer, en otras muchas preguntas o en la misma pregunta enfocada desde ángulos novedosos.

O peor todavía, salgo del restaurante y de pronto te veo y tú a mí también y nos mantenemos la mirada y veo que de pronto tú te dispones a hablar.

Ahí despierto.

E incluso ahora, mientras escribo, soy incapaz de concebir cuál sería tu primera palabra. El tiempo transcurrido desde tu muerte fue desvaneciendo primero la pesadilla y luego la nitidez de las culpas, pero la esencia sigue siendo idéntica: cada

vez que veo a una mujer naufragada en alguna esquina, pienso en ti y te veo a ti. Será así siempre, igual que acaba de ser ahora, cuando te he visto en la muchacha de vejez prematura que una vez tocó y cantó bien y ya no.

Ignoro si los fantasmas mantienen la edad que tenían al abandonar su cuerpo de carne. Cuando moriste tenías cincuenta y cuatro años y yo cincuenta y tres. Si aparecieras ante mí hoy seguirías teniendo cincuenta y cuatro, frente a mis sesenta y uno actuales. Visto así, la muerte sería la llave de la juventud eterna.

Pero los fantasmas envejecen igualmente, porque acaban por morir al desvanecerse en la memoria de quienes los amaron u odiaron. El Tiempo que mata a los vivos acaba por matar también a los muertos. No hay salida ni para los espectros.

Divago, me obligo a volver, repito la pregunta:

Si volvieses a la vida, ¿cómo emplearías esas veinticuatro horas de tregua regalada?

Veintinueve de septiembre de 2004. Subiste, subimos, al metro en Antón Martín y te apeaste, nos apeamos, en Chamartín, la estación de tren.

Fue tu último viaje en el metro de Madrid y también tu último día en la ciudad. Ya nunca regresarías.

A los cuarenta y siete años, con tu vida en riesgo cada día y rota nuestra convivencia, hubiste de subir a aquel tren con destino Marsella, la casa materna de la que escapaste tanto tiempo atrás.

No fue una elección limpia ni libre, sino un jaque mate. Las estancias en el sanatorio, intermitentes y regulares, quince meses entrando y saliendo y volviendo a entrar y salir para volver a entrar, acumulaban desesperación y cada tratamiento nuevo que se intentaba parecía radicalizar el empeoramiento. Existen unos comprimidos disuasorios que, según dijeron, desatan ante la ingesta más mínima de alcohol un malestar tan intenso que hace ansiar la muerte. Lo intentamos. Decías que las tomabas pero luego, una tarde, encontré la caja intacta en el fondo de un cajón. El mismo remedio se injerta también bajo la piel para evitar la tentación de no tomarlo. Los bebedores desesperados se lo arrancan a veces. Tú decidiste no correr el riesgo tras escuchar la historia verídica de aquel paciente amable y cultísimo que, sediento, se extrajo el injerto de la ingle con un tenedor. Me impresionó tu determinación. Sugería que, llegada al punto exacto de ansiedad, podrías abrirte la carne con lo que tuvieras a mano para arrancarte al enemigo sanador y poder beber en paz.

Marsella, exilio de tu vida madrileña y del pasado feliz. La casa materna, estación final y tumba.

¿De verdad no había otra salida que llevarte lejos de Madrid? Allí donde te dirigías no aguardaban soluciones milagrosas, pero la única persona capaz de velar a medias por tu seguridad física en Madrid, yo, no quería sacrificar su vida por esa responsabilidad que podía alargarse de forma indefinida. Atrapados en nuestro laberinto, no sabíamos dónde estaba el equilibrio de justicia para ti y para mí. La convivencia entre un toxicómano y un extoxicómano es imposible, no sé cuántos médicos nos lo habían dicho ya, no sé cuántas me lo repetí yo, y esa teoría venía avalada por la experiencia de décadas; pero nosotros, en alguno de aquellos rescoldos de amor u obstinación que de vez en cuando, sin que supiéramos por qué, nos fundían en un solo ser que se veía capaz de enfrentarse al mundo, decidimos demostrarles que éramos la excepción. Triste ingenuidad y grave, incluso ridículo, error. Tú perseverabas en la bebida y yo en la abstinencia y sobre esa realidad se cimentaba cualquier perspectiva de futuro, lo demás eran fantasías momentáneas. Para principios de 2004 ya vivíamos separados, pero en mi piso nuevo seguía dictando su ley el espectro sádico que reinaba en la casa última que compartimos: mi miedo a que bebieras. Así es el poderío dictatorial del alcohol, quien vive bajo su yugo lo sabe. El bebedor, esclavo de su sed, se erige implacable verdugo de las personas que tiene alrededor. Eso era yo, el lacayo al que aterrorizaba el estallido de cólera de su señor, quien apenas necesitaba un sorbo para enjaular a su espíritu bondadoso y arrasar sin límite la tierra. No era suficiente que viviéramos en dos casas de la misma ciudad.

Debías irte más lejos.

Tu madre vino a Madrid ese mes de septiembre para llevarte con ella. Ni siquiera era posible que viajaras sola, te habrías apeado en cualquier estación intermedia para internarte, sin saber siquiera el nombre de la ciudad donde estabas, en las callejuelas donde brillasen carteles con la palabra bar. No quiero hablar de tu madre porque esto es un reencuentro entre tú y yo donde nadie más debe caber, pero ella, debe decirse, estuvo a tu lado desde este veintinueve de septiembre de 2004 hasta el día de tu muerte.

Aún puedo veros a las dos, días antes de tu partida, en la casa que fue la última que compartimos y que, cuando yo me fui, pasó a ser la última que habitaste en Madrid, ya sola. Empaquetabais las pocas cosas que te llevabas a Francia. Con mimo mortecino os vi envolver en papel de periódico objetos sin valor material, platos o una lámpara, tal vez alguna de las viejas y mitificadas cucharillas de café, cosas que sin dificultad alguna se podían reponer cuando llegaras a Francia y sin embargo transportabais desde Madrid, empeño absurdo con el que tal vez buscabas sentir que partía contigo algo de tu ciudad, de tu juventud, incluso de nuestra vida, pero cada paquete nuevo, por el contrario, certificaba que en realidad no te estabas llevando nada. La tarea, ejecutada entre ambas en silencio parsimonioso, parecía masoquista un instante y de tristeza ilimitada al siguiente. Verte aquel día esforzada en dibujar la sonrisa que no lograbas ni siquiera esbozar es uno de los

peores recuerdos de mi vida. Un paquete envuelto en periódico tras otro, crear la ficción de que esta era una mudanza más y no el traslado a un lugar donde no querías ir. Conservo, sin recordar cómo llegó hasta mí, una fotografía en blanco y negro de vosotras dos en una playa, ella madre primeriza y guapa que sonríe de perfil con los ojos puestos en el horizonte del mar y tú bebé rollizo que mira a cámara enfurruñada con obstinación infantil. Todos aparecemos en una o varias fotografías similares de nuestra niñez, cuando todo estaba por acontecer y del futuro cabía esperar que nos concediese un poco de limpia pureza. Una foto nace para ser estática e idéntica a sí misma por el resto del tiempo. Sin embargo, puede transformarse, tornarse sombría a medida que el paso de los años elabora la realidad oscura alrededor del niño expectante que mira a cámara. Tu madre estuvo en el andén de Chamartín con nosotros, y luego también contigo y junto a ti el resto de los ocho años que venían. En eso se transformó aquella vieja foto.

Bajé contigo al andén, nos abrazamos. Si tenías miedo, lograbas disimularlo. Fingías, fingíamos creer que era un viaje temporal, solo hasta que te recuperases del alcohol. Admitir que podías no regresar nos habría devastado y no lo admitíamos, ni siquiera lo considerábamos.

Yo te dije que un día volverías a Madrid.

Tú respondiste intentando una sonrisa que no salió y bajando la vista.

Subir al vagón en aquel andén sería el último acto de tu vida sobre el suelo de la ciudad a la que llegaste treinta años antes huyendo también, aunque eso solo lo comprendí mucho después y además ya no importa. Es un gesto mínimo y terrible alzar por última vez el pie de la tierra que amas y nunca volverás a pisar. Y peor aún si eres consciente de ello: la expulsión del territorio donde pereció tu juventud luminosa.

Yo, con tranquila impunidad, podría disfrazar aquí de nobleza mis sentimientos de aquel instante. Pero declaro que, a pesar de la sinceridad con la que te abracé lo más fuerte que pude y a pesar de todos los rescoldos del amor por ti y a pesar de mis anhelos para que en Francia hallaras una vida nueva y plena, sentí que me bullía dentro un alivio infinito ante el fin de la pesadilla.

El amor no cura el alcoholismo, eso es solo una imbecilidad de novelucha romántica. Un adicto es un agujero negro, quien convive con uno ha de asumirlo o perecerá. Todo el mundo quiere alejarlo de sí, quitárselo de encima como si su cercanía pudriera la piel, incluso aquellos que lo aman más que a ninguna otra persona. Su partida te hace feliz, yo lo fui aquel día que a la vez, y sin que haya contradicción, fue también uno de los más negros de mi vida. Cuando te asfixias bajo el agua solo quieres alcanzar la superficie. No se ha encontrado la forma de que amar sea más importante que respirar.

Siempre que estoy en la estación de Chamartín llego hasta la mesa exacta de la cafetería donde el veintinueve de septiembre de 2004 nos tomamos yo una botella de agua y tú un vino rosado, otro maldito vino rosado, el último maldito vino rosado a

este lado de la frontera pero solo a este lado de la frontera, porque tu alcoholismo, por supuesto, no iba a desactivarse por un simple cambio de país.

Los bebedores demuestran que los países son convenciones endebles. El alcoholismo reina dentro de cada alcohólico ajeno a banderas, fronteras y patriotismos. Si el héroe máximo de cualquier independencia nacionalista fuese alcohólico escupiría sobre su bandera a cambio de un trago, intercambiaría la libertad soñada de su patria por una botella de licor. Un alcohólico lo seguiría siendo en el último confín del planeta y bajo el agua de cualquiera de nuestros mares y océanos y a bordo de una nave espacial con destino Marte, Neptuno y el sol o las estrellas. Un alcohólico viajero del Tiempo buscaría un trago nada más materializarse en el París de la Revolución, en la Italia renacentista, en las estepas de Genghis Khan o en las trincheras de Verdún: ante todo ese primer trago, y lo demás ya se vería.

Solo se salva aquel que decide no beber nunca más y lo cumple durante cada segundo del resto de su vida.

Tu tumba en Madrid está en la estación de Chamartín. Es una de las mesas del restaurante bufé situado a la altura de las últimas vías. Innumerables viajeros se habrán sentado en la silla donde tú lo hiciste antes de partir. El otro día observé, contrariado, que han reformado el local. La vieja mesa de 2004 se encontrará arrinconada en algún almacén o contenedor de basura, otro soldadito de plomo de nuestra biografía común. No me afectó este hurto, no nos afecta. Tu espectro sigue ahí, lo percibo cada vez que voy a la estación. Si viajo acompañado, improviso alguna excusa para apartarme y me acerco hasta la zona aproximada de tu tumba, que ya no puedo ubicar con exactitud: ¿es la mesa más alejada de la barra o es este mostrador impoluto donde la camarera alinea platitos de café o es el mueble automatizado que expende agua? Los viajeros apresurados no sospechan que hablo con una muerta que yace aquí enterrada.

Sé, porque lo sé pero también porque me conviene repetir que lo sé para que mi convicción no dude, que nadie es responsable del otro. Yo no lo era, no lo fui de ti. Pero inhibirme ante el viento adverso que azota al otro, que te azotó a ti, cuestiona cualquier inocencia. La mía no se siente a salvo desde el veintinueve de septiembre de 2004. La frontera es invisible: estoy seguro de no ser culpable, pero no tanto de ser inocente.

—Volverás a Madrid.

La última frase que te dije en nuestra ciudad. No quería mentir y tú querías creerme. Bajaste la vista, tus labios intentaron la sonrisa que no salió.

Ante las tumbas, se dice, los vivos hablan con sus muertos.

Pero también podría ser que se planten allí día tras día, a veces durante años, con la esperanza de escuchar esa palabra final que no llegó a salir de los labios de quien se fue para siempre.

Los años del teléfono fueron ocho.

Transcurrieron entre principios de octubre de 2004, inaugurados con nuestra primera conversación al poco de haberte instalado en Marsella, y la segunda quincena de julio de 2012, cuando quedaban pocos días para el final y escuché por última vez tu voz, un hilo débil cuya indefensión extrema no me alarmó porque me hallaba familiarizado con ella.

Éramos voces sin rostro, separadas mil ciento dos kilómetros una de la otra. Otras personas habrían recurrido a Internet para verse. Pero tú no tenías ordenador y tu desconocimiento de la red y sus posibilidades era absoluto. Hoy resulta inconcebible que una persona de cuarenta años, más o menos los tuyos de entonces, carezca de ordenador, teléfono móvil o cuenta de correo electrónico, pero veinte años atrás, en aquel mundo remoto donde Internet era apenas una marea imparable que se presagiaba, tu desinterés fue una elección que, a lo sumo, resultaba curiosa. Ahora lo interpreto como una señal más de tu desinterés por la realidad.

¿De verdad era tan distinto nuestro mundo del cambio de siglo? Miro atrás y, sí, lo era. Para comprar un billete de tren te encaminabas, luciera el sol o tronase, hacia las oficinas de Renfe de la calle Alcalá y aguardabas turno en una cola interminable. Sí, éramos tú y yo los que algunos sábados por la mañana pasábamos un rato en el videoclub eligiendo con premeditada parsimonia las dos y a veces tres películas que alquilaríamos para ese fin de semana, cintas de VHS donde los rostros de los actores eran desvaídas manchas de color. Fuimos seres nacidos a mitad del siglo pasado, yo lo soy aún. Mi primer libro, el que te llevarías contigo al fuego, lo tecleé en una vieja máquina de escribir donde cada errata, para ser corregida, requería el uso de un ingenio de las cavernas llamado típex. Dejaba sobre el papel diminutas manchitas blancas, reconocibles como impactos de perdigón. Por encima de las seis erratas parecía que el folio había sido ametrallado y solía tirarlo a la basura, enfadado por haber pulsado sin querer la be en vez de la uve. Luego tuve una máquina electrónica, avance tecnológico que el primer día de uso me pasmó como el espejito que en las novelas supremacistas muestra el cazador blanco al jefe indígena. Por fin, gracias a un ordenador de segunda mano, accedí a la capacidad de maquetar los textos perfectos, impolutos, aunque por carecer de impresora guardaba el archivo en un disquete, me dirigía a la vieja tienda de fotocopias del barrio, imprimía una copia en papel que luego me encuadernaban en un canutillo y llevaba el paquete hasta la oficina de correos para remitirlo a quien correspondiese. El otro día, en un encuentro con lectores adolescentes, pronuncié la palabra disquete e ignoraban qué era. A veces también ignoran qué es un magnetófono o un teléfono de pared con ranura para introducir las fichas, a veces ignoran incluso *qué es* Lou Reed. No reprocho, solo constato el protocolo del olvido.

Las conversaciones de los años del teléfono formaron un compartimento estanco en mi existencia. Una vez por semana, a veces dos, la realidad circundante se congelaba para que habláramos. Era un viaje al pasado, en cierto modo real. Se

ajustaban nuestros tonos y ritmos, al menos los míos, a los de la antigua convivencia perdida. Creo, pero solo puedo creerlo y no tengo manera de comprobar que fuese verdad, que tú también te despegabas del presente para que las conversaciones de 2006, 2008 o 2009 pareciesen conversaciones de 1994, 2000 o 1987. Yo te contaba mis proyectos profesionales y eludía cualquier referencia a mi vida sentimental, tú relatabas los matices de una rutina que tolerabas con indiferencia unas veces y hastío otras. El hundimiento o la desesperanza te rondaban a menudo y lograban desasosegarme desde el otro lado del hilo telefónico. Colgar era un alivio, me llevaba un rato regresar a mi presente menos oscuro. Intentaba olvidar lo antes posible que al otro lado tú te quedabas a solas con aquel hundimiento o aquella desesperanza.

En ocasiones la conversación era pura retórica, poco más que un cruce de frases corteses entre personas que tendían a desgajarse una de la otra sin acabar de lograrlo. Pero de vez en cuando, sin esperarlo, fluía una emoción honda y muy fugaz que sentíamos a la vez, esto sí me atrevo a afirmarlo, esto sí lo sé. Y siempre latía de fondo una esquizofrenia que no sé si es correcto definir así. Cuando te fuiste sentí alivio, era insoportable hallarse cerca de la dañina devastación en que se convertía tu persona. Sin embargo cuando a veces, y también sin previo aviso, te mostrabas como la mujer que habías sido, me preguntaba desde mi lado del teléfono si no resultaba muy injusto que antes de tu partida no hubiéramos luchado un poco más.

¿Por qué seguíamos hablando?

He intuido muchas respuestas, tal vez equivocadas todas. Restos de amor, vestigios de culpa. Algunas de aquellas conversaciones, si nuestros estados de ánimo se sintonizaban de forma adecuada, adquirían cierto rango ilusorio, a medio camino entre la magia y la impostura, una breve visita real a los remotos tiempos buenos que compartimos. Era falso, por supuesto, y supongo que también patético, pero cuando el chispazo lograba parecer cercano y verdadero lo agarrábamos al vuelo, sin dudar.

Hoy, ahora mismo, rememoro los años del teléfono y encuentro momentos aislados, tal vez moldeados por la novela de mi memoria, en que nuestra conversación era tranquila y fluida. No sé explicarlo. Si quisiera intentarlo debería fantasear con un hombre viejo cuya compañera de muchos años hubiese sido condenada a cadena perpetua. Él, incluso tras haber rehecho su vida en otra casa, con otra mujer y ante otros horizontes, continúa visitándola. Conversan con inescrutable tesón mientras se ven envejecer frente a frente, cada uno a un lado del cristal de la sala de visitas. ¿De qué conversan?

¿Por qué seguíamos hablando?

Durante los años del teléfono tu madre escribió un diario intermitente al que pude acceder hace poco: ella quiso que lo tuviera cuando supo que escribía este libro.

En realidad son dos diarios, el primero en estilo telegráfico, casi notarial, escueto y descriptivo al referirse a ti en tercera persona, como para interponer alguna distancia o lograr mayor objetividad, gélido en los monstruosos matices que relatan

mucho mejor de lo que podría hacerlo yo tu calvario y, por tanto, también el de ella. En el segundo, opuesto al primero porque adopta un tono emocional, tu madre te habla a ti como si tuviera la esperanza de que algún día pudieras, ya recuperada, leerlo o incluso pudierais hacerlo juntas. El diario de los tiempos oscuros como herramienta de reconciliación futura. Pudo ser su válvula de escape cuando tú, en la habitación de al lado, te hundías en alguna forma nueva de autodestrucción y delirio.

Nunca existió en la tierra poema o novela más triste que este segundo diario. Tampoco frases, algunas de solo cuatro palabras, a veces cinco, que me impactaran con mayor dureza. No tengo derecho a mostrarlas y las guardo para mí. Ojalá no las hubiera leído.

Un día de 2009 tu hermana llamó para decirme que habías amanecido paralítica de cuello para abajo. Su voz sonaba derrumbada, le costaba respirar entre las palabras. Eso escuchaba yo: que entre las pausas debía esforzarse para respirar.

Recuerdo primero mi incredulidad. Tras tantos desastres en expansión, tras el alcohol y la depresión y la huida a Francia y el trastorno límite de personalidad cuyo diagnóstico nadie confirmó pero no por ello dejó de flotar todo el tiempo sobre nosotros como la posibilidad de que todo empeorara de repente, este revés parecía inverosímil, casi ridículo de puro excesivo, y en ese agujero escondí unos segundos la cabeza mientras, al otro lado, tu hermana documentaba la desgracia hasta hacerla irrefutable. Real.

Con la comprensión vino el mazazo. Tú y yo nos habíamos confesado una vez que no imaginábamos terror más grande que la tetraplejia. Recuerdo el día de octubre de 1986 en que una conocida de los dos, actriz joven con futuro, se estrelló al volante de su coche y quedó paralizada por completo, como sigue estando a día de hoy, más de treinta años después. La desdichada estuvo gritando de horror durante veinticuatro horas seguidas cuando al despertar la enfrentaron a la realidad:

Nunca volverás a realizar el menor movimiento.

Te visualicé durante los lustros siguientes, muchos lustros, atrapada en la misma postura azarosa que te había paralizado la víspera de que me llamara tu hermana. Pero la tetraplejia no ocurre porque sí. Durante la catarata de frases entrecortadas que siguió, muchas de las cuales no comprendí, surgieron dos o tres veces las palabras «Guillain-Barré». Extraordinaria metáfora de la fragilidad humana: dos palabras jamás escuchadas, solo dos, pueden cambiar de forma trágica una vida.

¿Guillain-Barré?

Aquí entran las notas correspondientes a 2009 del primer diario. Doy gracias a tu madre por haberlo escrito. Sin él, tu trágica odisea sería una nebulosa a merced de la especulación o la duda. Traducido del francés por alguien que nada sabe de medicina, puede contener matices técnicos inexactos. Nos sitúa en el mes de junio de aquel año y dice así:

El 30/06 se levanta con dolor de piernas.

En la noche del martes al miércoles se cae al suelo y no consigue levantarse. A las 9:00: urgencias de la Conception. Diagnóstico: Guillain-Barré.

El jueves 02/07 ya no puede tragar nada.

El 03/07 la llevan a la unidad de cuidados intensivos de Sainte-Marguerite. Nuevas pruebas confirman el GB.

El 07/07: traqueotomía. Inducen el coma.

El 03/08 empieza a mover los hombros y la cabeza.

El 29/08 mueve por primera vez los dedos de la mano derecha.

El 07/09 habla por primera vez.

El 08/09 la sacan de los cuidados intensivos.

El 11/09 puede empezar a comer.

El 16/09 come normalmente.

El 17/09 dolores de estómago, náuseas.

El 21/09 puede respirar sin la ayuda de la máquina. Tiene una esofagitis.

El 24/09 le quitan el tubo que tiene en la garganta. Tiene angustias, náuseas. Le dan Xanax y morfina.

El 29/09 la llevan al servicio de neurología de La Timone. Le sigue doliendo el estómago y siguen sin saber lo que tiene.

El 16/10 la ingresan en la Bourbonne (Aubagne), un centro de descanso y rehabilitación.

El 30/10 la ingresan en el hospital de Aubagne porque se niega a comer y a hacer los ejercicios de rehabilitación. Se queda casi tres semanas.

El 20/11 vuelve a la Bourbonne.

El 14/12 por primera vez en una silla de ruedas. Tiene una cuerda vocal paralizada.

Pasa las navidades en casa.

Guillain-Barré, el nombre del horror.

Pero tuvo cura, como demostraste tras meses de lucha contra el enemigo que parecía invencible. Más allá de mi asombro ante tu fortaleza o tu inesperado deseo de sobrevivir, que desplegaste cuando parecías a punto de morir pero jamás mientras vivías, llegué a pensar que tu mente había provocado en secreto esa parálisis total en un intento desesperado por derrotar al alcohol.

La mano inmóvil no puede rellenar el vaso ni llevarlo a los labios.

Esta interpretación mía carece de base científica y, en cualquier caso, resultó refutada por la realidad: a los pocos meses tuviste la recaída final.

Esta fue la realidad. Todo lo demás, especulación y vacío.

La narración de una muerte deviene siempre relato de ficción.

A veces el narrador, harto de repetir su propio relato, resume, matiza y elimina lo superfluo y a la vez agrega las reflexiones nuevas que van fluyendo en cada exposición, incluso oculta según qué detalles a según qué personas.

Tu muerte es este cuento que ahora escribo y que antes les conté, uno a uno, a ese puñado de hombres y mujeres maduros o ya viejos, como casi soy yo y casi serías

tú, que escucharon en silencio apesadumbrado tu final penoso y concerniente: fuiste joven y luminosa durante los mismos días de tanto tiempo atrás en que ellos también lo fueron, cuando jamás se nos ocurrió pensar que quienes estamos vivos y queremos seguir estándolo no podremos escapar de la vejez, a la que en los ratos de melancolía, si afinamos el oído, ya escuchamos venir sin prisa, como si quisiera estudiarnos para deducir cómo resultará más fácil y eficaz iniciar nuestro deterioro.

Te conocí hace cuatro décadas. Estás muerta desde hace siete años que van camino de ocho y luego irán camino de nueve y luego de once y de diecisiete y de treinta y ocho y así sin descanso hasta el gran cero final. Cada tecla que pulso te lleva hacia el olvido. Y esa misma tecla, que al ser pulsada también consume una décima de segundo de mi vida, acerca a la vez mi propia muerte.

A lo peor quienes escribimos tenemos asignado un número preciso de veces que pulsaremos el teclado antes de morir: a este bebé, de tres kilos ochocientos al nacer, le corresponderán once millones setecientas treinta y siete mil cuatrocientas doce pulsaciones y ni una más. Antes de la cuatrocientas trece morirá. Si conociéramos la cifra, toda nuestra vida giraría alrededor de ella. Habría tahúres que eligirían ser austeros poetas de adelgazado verso en vez de novelistas de sagas históricas, con esas desmesuradas secuelas y precuelas que, si aplicamos esta perspectiva, cabría calificar de suicidas.

Y autores de exitosos libros de autoayuda que, paranoicos con la inminente llegada de su exclusivo número fatal, decidieran, simple cuestión de supervivencia, no volver a pulsar una tecla jamás, aunque esa misma mañana, ante el cajero del banco, se preguntarían con angustia si la muerte contabiliza solo teclas de ordenador o también las de cajeros automáticos, cajas de seguridad bancarias, teléfonos móviles, máquinas expendedoras de bebidas, billetes de tren o golosinas y, en un sentido amplio, todas las teclas del planeta, lo que, de ser precavidos, los condenaría a un futuro de ascetas u hombres santos que acabarían recorriendo los caminos narrando de viva voz sus textos de autoayuda a cambio de unas monedas. Teclas por todas partes, las teclas como ojos de Dios y dedos del Diablo.

Mi muerte ya ha dado señales de vida, por eso admito con naturalidad que habrá para mí un trayecto en metro que será el último, igual que habrá un último paseo ante el mar, una última vez que me sentaré frente a la pantalla de cine, un último orgasmo, un último día de lluvia recia, un último gajo de naranja, un último miércoles, un último *whatsapp* y, por supuesto, una última novela que comenzaré a leer sin sospechar que después no habrá ninguna otra, novela cuya última frase culminará, a su vez, con una palabra última: la palabra cabeza o la palabra arrozales o testaferro o plata o subsuelo o bahía o tú.

Mucha gente muere con un libro a medio leer. En realidad, todos los buenos lectores del planeta murieron, mueren y morirán con una lectura inacabada sobre la mesilla. Un entomólogo extraterrestre que nos observara tal vez concluiría que los libros transmiten una enfermedad lenta, invisible y letal. Ni uno solo de esos

lectores habrá muerto anteponiendo a otros pesares el de no haber llegado al desenlace del libro que tenía entre manos. Sería abrumador y desconcertante que tras una satisfactoria vida de cincuenta años compartidos, la mitad de la pareja que se dispusiera a morir le dijera a la mitad condenada a permanecer aquí: vivirlo todo junto a ti ha sido maravilloso, pero lo que de verdad lamento es irme sin saber cómo acaba *En busca del tiempo perdido*, de cuyo último volumen ya solo me quedaban ocho páginas.

También tu padre dejó un libro a medio leer sobre la mesilla el día que murió, en su habitación de la casa que acababa de comprar para ti, donde ya no dormiría esa noche ni ninguna otra. Permaneció allí días y después lo guardaste con el marcapáginas encajado en la página sagrada sobre la que había él posado la vista por última vez. Se trataba del mítico *Dispatches*, cumbre del género de reportaje de guerra firmado por Michael Herr. En francés el título era *Putain de mort*.

Puta muerte.

Durante los últimos tiempos he contado tu final a los pocos antiguos amigos que merecían conocerlo.

Aunque ya no importe te gustaría saber que uno de ellos, solo uno, ese que casi con seguridad adivinas y al que ya he aludido en algún fragmento, se entristeció con dolor sincero por ti. Tuviste amigos que te querían, esto es verdad. Los amigos verdaderos, lazos de sangre aparte, acaban por ser lo mejor de nuestra existencia. La amistad es una callada carrera de fondo que compite en desigualdad de fuerzas con los hitos caducos de la vida, tanto amores que nos deslumbran y serán nada como éxitos profesionales condenados a desvanecerse. El respeto de los vivos, lo solemos entender siempre demasiado tarde, constituye el único patrimonio al que pueden aspirar quienes mueren.

Ya no morirás de muerte natural tras haber alcanzado una edad avanzada. Tu cuerpo se detuvo en sus cincuenta y cuatro años, ni medio segundo más allá pudo ir.

A veces imagino que tienes la capacidad de observar el envejecimiento de quienes compartimos tu paso por la vida. Tu partida fue más oscura que cualquier fantasía y no seré tan irrespetuoso de sugerir lo contrario, pero cuando era niño, y mientras pervivió en mí antes de derrumbarse por su propia inverosimilitud la noción de vida eterna transmitida por los adultos, me inquietó algunas noches esa idea de los muertos forzados a ver cómo envejecen sus seres queridos, ejercicio que se prolongaría hasta el infinito. No explicaba aquel miedo mío si tal característica era recompensa celestial para quienes habían sido buenos o castigo de cruel sutileza cargado sobre quienes ardían en las calderas del infierno. Jamás he logrado entender, lo digo sin asomo de ironía, cuáles se supone que son las ventajas de la existencia de Dios y de la vida eterna.

¿Me estás viendo envejecer?

La idea de que me observes mientras escribo, instalada sobre tu asiento de la nada, más parece el sueño de algún viejo, otro viejo más o el mismo que una y otra

vez parece querer colarse aquí, que comenzase a intuir la cercanía del fin de su propio tiempo.

Personas sin casa habitan la plaza de Tirso de Molina, donde vivo en mi cómodo apartamento. Hay un océano invisible entre ellos y yo.

Me tranquilizo pensando, lo hacemos todos, que son víctimas de extravíos morales o de abismos de la razón, el fruto viviente de extravagantes caprichos del azar, tan capacitado para concebir lo inconcebible. Ahí están acorralados en las calles, a veces jóvenes y a veces muy ancianos, devastados por miserias o demencias y sobre todo por el miedo, enemigo máximo de todo lo que podría llegar a ser.

Duermen junto a los portales en guaridas de cartón o dejan morir el día al ritmo de las horas sin esperar que la noche traiga el alivio de cualquier quiebro de la rutina, que celebrarían aunque acabara por resultar adverso. Los miro tanto porque desde nuestra época de pobreza, y todavía hoy, me asusta acabar como ellos. Tal vez recuerdes aquella obsesión mía, que al final te arrolló a ti, multiplicada y veraz. Sí, sería posible que yo acabase así. Nada está escrito, menos aún el mapa de las simas negras.

Esta mañana brilla el sol. Casi todos los capítulos que escribo transcurren bajo un sol intenso. No es premeditado, solo sorprendente. Me pongo a recordar el hecho que deseo referir, o bien describo un momento del presente, y el sol resulta estar ahí, como si hubiese madrugado más que mi escritura o fuese una inconsciente elección de estilo. Este libro negro transcurre bajo la luz blanca y no sé explicarlo.

Junto a la plaza, un hombre de barba roja y gorra adornada con tibias y calavera masturba a su compañera de miseria. No tienen edad ni futuro, eso especularían los transeúntes que abarrotan la plaza si fuesen encuestados sobre la pareja. La mujer lleva impresa sobre su camiseta descolorida la silueta de la heroína de Marvel llamada Bruja Escarlata. No sé si habrá algún cómic que muestre a los superhéroes viejos y desprovistos de sus poderes, vagando como mendigos por la ciudad a merced del frío y de las pandillas de niñatos ocurrentes y malvados. La escena despierta mi interés y me siento en una terraza para observar. Tibias y la Bruja Escarlata yacen entre cartones y mantas viejas sobre su costado derecho, el pecho masculino contra la espalda femenina, mirando ambos de cara a la gente indiferente que pasa ante ellos. No dormitan, lo evidencia el temblor recio y veloz que se percibe bajo la manta a la altura del pubis de la Bruja Escarlata, abandonada al placer con los ojos cerrados. Tibias, con la cabeza alzada, verifica complacido el éxtasis que provocan su zurda y su voluntad. Retan a los felices viandantes. Se afirman. Estamos aquí, dicen. Miradnos, vosotros no os atrevéis a correros en la calle ante todo el mundo. Nosotros sí. ¿Quién es más valiente? Siempre he pensado que ante el cataclismo

final abrazaremos el primer cuerpo que tengamos cerca. Será ese calor humano, aterrorizado como el nuestro, el único escudo contra el fuego o contra el hielo o contra la fuerza que haya venido para destruirnos. El abrazo será por fin, aunque demasiado tarde, el tesoro más codiciado del planeta.

No llegaste a conocer esta miseria humana que habita Tirso de Molina, pero sí la que en nuestra época pululaba por calles no tan alejadas de estas, aquellos yonquis que arrastraban los pies por las aceras sin otro rumbo que su propio final. Los desdichados de hoy podrían ser aquellos mismos muertos vivientes, como si un sádico autor de ciencia ficción los hubiera condenado a saltar de miseria en miseria por el resto de la eternidad, inermes ante las leyes de la sociedad capitalista de turno, cuyo código estético exige desechos humanos para afirmarse.

Me pregunto qué será peor, la miseria que se vive en soledad ensimismada o esta compartida con personas a las que nunca elegirías como compañeros de viaje, que tal vez te irritan o te repugnan o te dan miedo a pesar de que sigas con ellos porque fuera de ese círculo no tienes dónde ir. Hace mucho imaginé un libro de terror que jamás tendré el valor de escribir. Según oí en alguna parte, una persona adulta de existencia más o menos convencional que se viera arrojada a la calle sin techo, comida ni recursos de ningún tipo sufriría tan salvaje transformación que en un mes sería por completo irrecuperable y viviría en la marginación el resto de sus días. Me figuré un moderno Henry Jekyll, yo por ejemplo, resuelto a experimentar en carne propia esta teoría. Me lanzaría a la calle sin recursos, despojado por voluntad propia de todo, excepto de la ropa puesta en el momento de cruzar la frontera y de un cuaderno donde anotar los acontecimientos y las sensaciones: primera noche en la calle, con sus necesidades fisiológicas, primera punzada del hambre, primer diálogo con un igual que hasta ayer no lo era, segunda noche en la calle, persistencia del hambre, primera búsqueda de comida entre las basuras, más necesidades fisiológicas, las necesidades fisiológicas no se espaciarán o desaparecerán por el hecho de que ya no tengas cuarto de baño, primer hurto… Ignoro si los policías de las llamadas democracias consolidadas amonestan a los indigentes en mitad de las solitarias noches o les ofrecen una taza de café. Tal vez todo es mentira y los apalean por diversión o los sueltan en un descampado para cazarlos a tiros, tal vez los venden a millonarios que los encierran en los sótanos de sus mansiones con intenciones lúdicas. Sería un reportaje memorable, como el de aquel famoso periodista alemán que durante semanas se hizo pasar por inmigrante turco para medir el grado de xenofobia de sus civilizados compatriotas, que resultó ser muy alto. ¿Dónde se habían escondido aquellos días los ciudadanos no racistas, que con ninguno de ellos llegó a toparse cuando transitaba las calles con la tez tiznada?

Si yo osara una aventura parecida puede que a los pocos días creciera en mí, tan cobarde en el aspecto físico, una agresividad transformadora e incluso adictiva. Pero jamás tendré valor para sostener la mirada de un habitante de la calle. Muchas veces pienso en los escritores que viven fuera de la vida real. Narran sin implicarse

y observan sin actuar. Lo más inútil que existe es un escritor que no toma partido. Podría llegar a ser cómplice de los malvados, indiferente ante lo injusto aunque finja lo contrario en sus escritos.

Ese escritor, por qué no, podría ser yo.

La Bruja Escarlata alcanza el orgasmo y Tibias la abraza con mimo. Si nosotros hubiéramos acabado en la calle yo no habría tenido valor o grandeza o serenidad o lo que sea que haga falta para regalarte un acto de amor como este.

Soy mucho más blando que esta pareja, casi líquido a su lado. Por eso solo acierto a huir de su desconcertante valentía, de regreso a mi mundo. Saco mi llave, abro mi portal, entro a mi cómoda vivienda y cierro mi pestillo por dentro.

Los cobardes sobreviviríamos muy poco tiempo en el lado malo del pestillo echado.

Escribo en la casa donde vivo, como tanta gente que escribe, aunque en mi caso las circunstancias son singulares y, según se mire, un poco perturbadoras.

Compramos entre los dos esta casa de la plaza de Tirso de Molina en el año 2006, cuando ya nos habíamos separado y tú vivías en otra ciudad. Pusimos el cincuenta por ciento exacto cada uno, tu parte la aportó tu madre para hacer posible el proyecto, que analizado por cualquier observador cabal no era sino una exacta ilustración de lo que fue siempre nuestra forma de actuar contra la lógica y contra el propio bienestar. Una casa adquirida a medias por la culpa y por el ansia de redención: el antihogar, pensado para que un día lo habitaran espectros. Así es la casa en la que vivo y escribo.

Aquel delirio se sustentó a su vez sobre otro espejismo. Algún día, ya recuperada, podrías volver a esta ciudad que seguía siendo la tuya, tu ciudad. Lo cierto es que logramos cumplir el sueño, durante mucho tiempo el más imposible, de tener una casa propia. Nuestra. Pero lo cumplimos mal, como hicimos con todos los sueños compartidos. Fue un objetivo logrado a medias, frustrante, que nunca generó la satisfacción o el orgullo que supusimos.

Es natural, qué alegrías verdaderas iba a traer una casa cuyos cimientos fueron la tristeza de nuestro fracaso y la incógnita sobre tu futuro. La compramos para que pudieras volver a Madrid cuando sabíamos lo difícil que eso sería. Y sin embargo lo hicimos. No sé cómo definir un empeño así, sueño alcanzado que en contrapartida te condenaba a permanecer exiliada de él, sueño del que sabías que existía y cómo existía y dónde existía aunque no podías acceder a su interior, sueño que hasta pudo infligirte sufrimiento al hacerse real, sueño tortura o sueño patología. Sin embargo contuvo, incluso con tantas premisas dementes en contra, cierta victoria y cierta redención, tantos habían sido los años sobre la cuerda floja, sin casa o cerca de

perder la que en ese momento habitáramos.

El anhelo tantas veces verbalizado: un día tendríamos un hogar donde podríamos desayunar sin angustias, sintiéndonos a salvo en un tiempo y espacio apacibles que flotarían a nuestro alrededor.

La casa reparó en parte la pérdida de todas las casas anteriores, cuatro en total, en las que con tesón progresivo fuimos transformando nuestra felicidad, mitad derrota y mitad espejismo, en escenario del desastre en expansión, que no crecía porque caminara junto a nosotros sino porque éramos nosotros.

Y con todo, si hoy se dieran las exactas circunstancias de entonces, cada uno en un país distinto y tú extraviada en la pesadilla que seguía manteniéndonos enganchados, volvería a comprar la casa al cincuenta por ciento contigo. No sé si fue la redención que merecíamos o necesitábamos, pero quiero creer que te concedió cierto alivio. A mí me lo dio. La reparación por viejos errores llevaba muchos años ansiando materializarse. Hipotecamos nuestra primera casa, el infausto regalo dorado que cayó del cielo, y la hipotecamos sin pensarlo, locamente, solo para seguir alimentando nuestros sueños borrachos. Por supuesto, la perdimos. Aún tuvimos la suerte asombrosa de lograr venderla antes del cataclismo y obtener una cantidad que nos permitió empezar en otro sitio una etapa nueva y limpia de nosotros mismos, aunque enseguida se comprobara que el cambio solo trajo nuevos bares habituales. La última rendición, aquella entrega de llaves al comprador en diciembre de 1993, latió como una herida sin sangre abierta durante años, hasta que las posibilidades económicas cambiaron y decidimos comprar a medias la casa que no verías nunca.

Durante unos pocos años la mantuvimos alquilada. Luego, apenas el destino quiso dejarla desocupada, me trasladé aquí con todas mis cosas más algunas tuyas que me propuse custodiar por si volvías. No ibas a volver, pero las guardé. Deshacerme de ellas me pareció un designio siniestro y las seguí conservando tras tu muerte. Ahora comprendo que buscaba tenerlas cerca cuando comenzase esta escritura. Pudiera ser que estés aquí, adherida a estos objetos que tanto apreciaste.

Inventé una fórmula para que conocieras a distancia la casa que acababas de comprar, para que la vieras sin verla. Algunas miradas de amigos cercanos la consideraron acto de amor y otras, igualmente próximas, me reprocharon, y no me habría sido posible demostrarles lo contrario, la inmisericordia que entrañaba restregarte ante los ojos lo que ya sería difícil que disfrutaras. ¿Y si estos últimos tenían razón? Da igual, a ti te dio un alivio de esperanza y eso me basta.

La casa te parecía como una señal de buena suerte, eso más o menos dijiste, contenta al otro lado del teléfono en el salón de Marsella. La escritura fotocopiada que te envié por correo era una tregua del futuro negro. Me habría gustado ver tu expresión al examinarla, conocer la dimensión de tu sentimiento. Las personas buenas tendrían que ser inmunes al fracaso. Debería existir un protocolo que ordenase arrebatar a los malvados su suerte para adjudicársela a los buenos. El

mundo agoniza porque son demasiadas las personas buenas que fracasan.

Por eso me las ingenié para mostrarte la casa sin necesidad de que entraras en ella, ni estuvieras en la ciudad siquiera.

No fue fácil conseguir una de aquellas viejas cámaras de usar y tirar, con capacidad para carretes de dieciséis, veinte, treinta y dos disparos, no recuerdo con exactitud. Hoy te habría hecho mil fotos con el móvil, incluso vídeos con mi voz en *off*. «Nuestra casa, lo hemos logrado, lo has logrado. Al final, conseguimos comprar una casa juntos.» Estabas contenta por la compra y por la realidad tangible que representaba. No habrías podido fingir lo contrario. No sabías fingir, era una de las virtudes que te acompañó hasta el final.

Antes de empezar a disparar la cámara, organicé y ordené el número de fotografías como si fuera el guion de una película.

Una vez, muchos años atrás, cuando ni siquiera teníamos aún la primera de las casas que perderíamos, cualquier día de aquellos esplendorosos hostales ínfimos, fantaseamos con la idea de que mi primera película estaría dedicada a ti. Recuerdo la conversación ante sendos gin-tonics en una cafetería de la Gran Vía que ya tampoco existe. La Movida madrileña no se conocía todavía por ese nombre, pero fluía en el aire una savia renovadora. Te contaba aquella primera película que iba a ser tuya y luego nunca fue nada convencido de que habría de lanzarme a la fama y de ahí a otras películas todavía más ambiciosas, mi nombre en las pantallas de todo el mundo y un vuelo para dos con destino Hollywood. Pero ya ves, solo llegué hasta las fotos de 2006 con la cámara de usar y tirar.

Foto uno, escrituras; foto dos, plaza de Tirso de Molina; foto tres, portal por fuera; foto cuatro, interior portal; foto cinco, escaleras; foto seis, ascensor; fotos siete, ocho, nueve y diez, vericueto de pasillos con paredes de mármol o imitación mármol muy luminosas. La luz era muy importante: habíamos habitado en espacios oscuros de techos deteriorados. El patrimonio de los míseros siempre es feo y contiene objetos sucios, aunque la rutina vaya embelleciéndolos a base de embrutecer la sensibilidad. Cuando fuimos pobres la lluvia solo nos traía goteras, pero ahora los pasillos brillaban impecables, blanquísimos aunque tardíos, y conducían hasta la puerta del apartamento: otra foto de la puerta y otra de mi mano introduciendo la llave en la cerradura. Luego fotos de todos los ángulos del apartamento, un solo espacio amplio, vacío, de techos muy altos, con baño y cocina de anuncio televisivo de la niñez, con todo impoluto y en buen funcionamiento. Luz real, dignidad habitable, ninguna vibración tachonada de espinas. Cuando agoté el carrete me senté en el suelo, de algún modo exhausto porque la tarea había sido un acto físico, de emoción muscular, e intenté interpretar las sensaciones, las cuidé para que se quedaran conmigo. No sabía que tres lustros después escribiría ese momento. O sí, sabía sin saber y lo memoricé todo con ese fin.

A los dos o tres días, cuando me entregaron las fotos reveladas, feas para cualquiera que no fueras tú o no fuera yo, las metí en un sobre y las envié a

Marsella. No sé si las buenas nuevas remitidas desde el paraíso perdido a los exiliados que no volverán dan felicidad o melancolía. Hablamos por teléfono y te mostraste contenta con cautela, tal vez latió la desazón ante aquel puñado de fotos que mostraban la casa soñada y a la vez lo que nunca tendrías de esa casa soñada. Todavía hoy me da miedo que mandártelas no fuera un acto de amor, sino una edulcorada impostura. Pudo ser las dos cosas.

¿Y un acto de maldad? No creo ser malvado, estoy seguro de no serlo, pero también puede parecer sádico, enfermizo, mostrar una cosa a alguien que nunca podrá disfrutarla y lo sabe. En cada acto de cuantos llevé a cabo desde que partiste, los años del teléfono, veía una cara positiva y luego una cara negativa y luego una tercera cara indescifrable y después otra vez la positiva precediendo a la negativa y así hasta que un acto nuevo y también cargado de dudas y contradicciones venía a suceder al anterior e iniciaba su propia cadencia de incertidumbre. Por ejemplo, los cartones de tu tabaco favorito.

Una vez cada tres semanas me dirigía a tu estanco habitual, donde al principio siempre y poco a poco cada vez menos y por último nunca me preguntaban cómo te iba en ese viaje al extranjero que habías tenido que hacer, y recogía el paquete bien precintado con los diez cartones del tabaco que te habías acostumbrado a fumar en Madrid. Luego te remitía el paquete desde la central de Correos y concebía todo el proceso, que era incómodo y me llevaba media mañana, como un gesto hacia ti, mitad práctico mitad cariñoso, cuyas contradicciones no percibía: era yo el primero en defender que debías asumir cuanto antes el carácter irreversible de nuestra separación y sin embargo durante años, cada tres semanas exactas, lanzaba al aire este cable Madrid-Marsella elaborado con cigarrillos.

La casa, desde que te fuiste, ha trazado por cuenta propia una trama que mereces conocer. Cuando nos conocimos me hablaste en alguna ocasión de tu hermanastra y tu hermanastro, bastante mayores que tú y tan lejanos que casi parecían no existir, aunque a los dos correspondió una parte ínfima de tu mitad de la casa. Tu hermanastro vive y firmó la renuncia a un bien que a cambio de nada le exigía el ingreso mensual de su mínimo porcentaje de hipoteca. Sin embargo, tu hermanastra, muerta años atrás, puede que incluso antes que tú, fue la que puso en marcha esta complicación que, irresponsables como siempre, nunca previmos. Su porcentaje de la herencia, también muy bajo, casi simbólico, se partió en dos al recaer en sus hijos, una mujer y un hombre de edad madura de los que yo jamás había oído hablar. Ella vive en París, tan empecinada en desligarse del mundo real que ni siquiera ha cruzado la acera para entrar a la oficina bancaria donde, mediante el trámite de una simple firma, traspasaría a su cuenta una importante cantidad de efectivo que resolvería su acuciante miseria. Él, y esta es la auténtica pirueta rocambolesca que cualquier guionista rechazaría por increíble, abandonó hace mucho tiempo nuestro paraíso occidental para refugiarse en un monasterio budista, donde al parecer ostenta alguna responsabilidad relevante. No ha sido ni

siquiera posible hacerle llegar un *e-mail* para pedirle que firme su renuncia. Es un engorro que llevo con serenidad. Cuando tu hermana y yo nos vimos obligados a admitir que tu muerte estaba muy cerca valoramos pedirte que redactaras un testamento, lo que habría evitado todo este absurdo bloqueo, pero la simple idea nos pareció muy dura y muy cruel y renunciamos. Hoy volvería a actuar igual, por lo cual asumo sin turbulencias el incordio surgido en el monasterio del lejano oriente. Mi permanente inclinación hacia la fantasía me sugiere que tal vez deba un día volar a París para apoyar a tu hermana en la obtención de la firma de esa mujer desdichada que podría cargar desde su nacimiento, como cargaste tú, los genes latentes de la autodestrucción. Me imagino también avistando el monasterio budista, cuya ubicación ahora mismo ignoro, para entrevistarme con un hombre de quien desconozco voz, rostro y ser, pero que posee una legítima parte de lo que te perteneció porque también él desciende de aquel niño desamparado que echó a andar con su hermano por los caminos de la Europa de la Primera Guerra Mundial y fue luego tu padre y eligió como acto último de su vida abrirte, con toda la bondad y afán protector del mundo y también con enormes temores, la puerta de la casa que sería nuestro infausto regalo dorado, desde donde peregrinaríamos hasta este cierre del círculo que aún no se ha verificado.

En esta ciudad, como en todas, millones de personas emiten con sus actos energías que culebrearán durante décadas para generar sagas familiares, negocios oscuros, obras pictóricas, genocidios, cumbres deportivas, sellos de correos, campañas publicitarias, líderes políticos y amores extremos, benéficos unas veces y tóxicos otras, hasta cerrarse en un futuro lejano que habrá olvidado dónde y cómo empezó el círculo. Invisibles cables humanos lanzados al aire día tras día, todos y cada uno de los días que amanecen y amanecerán sobre ciudades y pueblos y villas y villorrios y casas aisladas en mitad de la nada.

Ante ellos, resulta insignificante la memoria espectral de aquel hombre de 2006 que fotografiaba el portal y los pasillos y los detalles interiores de esta casa que todavía no ha sabido hallar la paz de su propio desenlace.

Tras tu partida conservé objetos que te pertenecieron, restos varias veces rescatados del mismo naufragio.

Hay cofres de madera llenos únicamente de aire, aunque aire que pudo haber estado en contacto con tu espectro, hay un húsar de opereta, despintado y malherido por carcomas anteriores a nuestro desamor e incluso a nuestro amor, que compraste en el Rastro y viajó con nosotros siempre, el objeto más fiel de cuantos tuvimos, como si hubiera venido hasta aquí para que haya yo podido plantarlo ahora frente a mí mientras escribo. Una vez, el húsar me habló; tal vez, si lo miro cada poco es

porque pienso que podría hacerlo de nuevo. Es también de madera, como tantas cosas tuyas. Amabas la madera. Decías que hablaba contigo cuando la tocabas. No te creí hasta que también me habló a mí, un amanecer del terrible 2003.

Transcurría una de esas temporadas que aguantabas sin beber, varios días ya, todos vividos bajo el temor de que el segundo siguiente fuera el de la recaída. Yo estaba terminando un libro y me levantaba, como siempre, a las cinco de la madrugada. Escuché que te movías por la casa y mi alarma se encendió. Podía ser que te levantaras para acudir a la escuela de artesanía donde te habías matriculado o podía ser que buscaras alcohol, las dos opciones sobre el tapete y todo mi miedo atento a la caída de la moneda. La transición al infierno siempre era inesperada y se completaba en un instante.

La escuela se hallaba a las afueras de Madrid y madrugabas para llegar puntual, otra victoria pequeña pero significativa de tu voluntad. Las personas de tu círculo cercano, yo el primero, insistíamos con tesón absurdo en que un oficio ayudaría a llenar el vacío vital que se había adueñado de ti. Éramos muy ignorantes al respecto, y probablemente ejercíamos la crueldad del que no sabe. Yo el primero, el principal. Una persona vacía necesita abrazo y diálogo, no aprender a enmarcar litografías. Pero los humanos acobardados enfilamos cualquier camino, por disparatado e inhóspito que sea, con tal de no admitir que esa persona que se sienta junto a nosotros, con la que convivimos, que duerme con nosotros, ha perdido la ilusión por estar viva aunque intente aparentar lo contrario. Te habías apuntado a un taller de limpieza y tratamiento de muebles como terapia para no beber. Madera contra alcohol, inútil como el papel enfrentado al fuego.

Sigo sin saber si diste aquel paso por apaciguar a quienes insistíamos o porque tu desarbolada voluntad de verdad percibía señales de sosiego cuando tus manos trabajaban sobre la madera. Quiero pensar que fue lo segundo. El amanecer de 2003 contribuyó a que lo creyera entonces y siga creyéndolo hoy. Apareciste sonriente en la habitación donde yo escribía. Afuera era de noche aún.

—Buenos días. —Alzaste un poco las cejas.

—Buenos días. —Alcé las cejas también.

Era un guiño que practicábamos desde los tiempos felices y se había quedado adherido a nosotros, solía significar que teníamos algo bueno que contar. Verlo en tu rostro me alegró, indicaba que te mantenías firme en la abstinencia.

—He probado con el húsar una técnica nueva, la sensación que da es que le he lavado la cara —añadiste antes de seguir, bastante animada, hacia la puerta de la calle.

Fui contigo, te vi bajar las escaleras y cuando saliste de mi ángulo de visión, los ecos de tus pasos cada vez más distantes camino del portal, salí a la terraza. Tenía la casa, última de nuestro itinerario compartido, una hermosa terraza sobre la calle Lope de Vega. Cuando la alquilamos nos encandiló, aunque luego, absorbidos enseguida por tu hundimiento, casi ni nos asomábamos a ella.

Yo sí lo hice este amanecer. Me acodé en la barandilla y oí cómo, metros más abajo, el suave ruido del portalón al cerrarse indicaba que acababas de salir. Te busqué. Ascendías por Lope de Vega hacia León, sola y resuelta en mitad de la noche. El amanecer era fresco y vi cómo alzabas el cuello de la cazadora antes de encender un cigarrillo y continuar con paso firme. ¿Qué pensabas?, ¿qué sentiste aquel amanecer? Me conmovió tu valor y de pronto, mientras caminabas sola aquellos metros, te amé otra vez como al principio, recuerdo el desconcierto ante aquella intensidad inesperada. Tal vez, pensé enseguida, más que amor fue una descarga de admiración extrema. Cuando admiramos a alguien solemos amarlo, al menos durante el lapso en que restalla la admiración. No es que amor y admiración sean la misma cosa, aunque juntas se potencien tanto. En todo caso, aquel amanecer te admiré: sola y desarmada pero resuelta hacia tu batalla contra el monstruo. Por suerte no me lo callé, te lo dije esa misma tarde, cuando regresaste del taller:

—Te admiro. Admiro lo que estás haciendo y cómo estás luchando. Por lo menos quiero que lo sepas.

No respondiste nada, solo alzaste las cejas.

Tus pasos llegaron a la calle León. Giraste. La esquina te absorbió. Permanecí mirando aquella esquina vacía unos minutos, hasta que la luz del amanecer trajo a pea-tones nuevos, cada vez más numerosos y apresurados, cada uno con su destino propio. Entré. Sobre tu improvisada mesa de trabajo yacía el húsar, sobre una toalla en la que podían verse frasquitos con ungüentos de distintos colores, trapos arrugados, algún lápiz, rotuladores y finos pinceles, remedios para aliviar los secretos dolores del paciente de madera. Me acerqué. Como habías dicho, mostraba la cara recién lavada. Sus ojos parecían mirarme, realzada su expresividad por tu labor. Esos ojos, me resulta llamativo, han mantenido hasta hoy la viveza que les insuflaste. Poca o mucha, aquí está ante mí, reconocible a primera vista. Aquel amanecer esos ojos hablaron, contenían una narración. Relataron cómo los habían restaurado o salvado tus dedos, impulsados por aquella pobre voluntad tuya que se extraviaba y volvía para volverse a extraviar. Las victorias sobre el vacío interior que logran las personas desprovistas de impulso vital son ínfimas pero a la vez son también gigantescas. Sobre esta verdad, emocionante para quien repara en ella, siempre acaba por flotar la tristeza. La madera te dio una vida nueva, muy corta pero vida. Tú lo decías y el húsar lo corrobora todavía hoy, tantos años después.

Conservo también monedas muy antiguas, sorprende que esas formas circulares de metal herrumbroso, con rostros oscurecidos de almirantes o dioses desdibujados por el tiempo, sean monedas con las que no hace tantas décadas se adquirían cosas en países que podrían, incluso, haber dejado ya de existir. Países que perviven menos que una moneda oxidada, interesante alegoría. Estados perecidos, imperios de ceniza certificados solo por estas piezas de viejo metal que no servirían para comprar un trayecto en autobús. Hay un vasito de plata, negro de pura suciedad, y

hay una vieja cerradura desnuda procedente, supongo, de algún portalón desguazado. Nunca tuviste la llave y me resulta difícil no elucubrar sobre esta cerradura sin puerta que sellar ni llave que la abra ni casa que guardar, tan independiente y libre como inútil, desamparada y sola y cuyo tacto, también de madera, sugiere que su viaje pudo haber empezado dos o tal vez tres siglos atrás.

Restos que yacen bajo mi memoria que los mira, aquí donde escribo años después de tu muerte. Esta casa que nunca llegaste a conocer pero en la cual se presiente el vaho de tu estela.

Por ejemplo la semana pasada, cuando de forma sorpresiva me fue requerido tu certificado de defunción por la entidad bancaria donde mantengo la cuenta. Nunca había pensado en él. Para qué, la muerte se certifica a sí misma sin necesidad de papeles.

El certificado me acaba de llegar, un PDF redactado en francés. Por supuesto, mantenía fijada para siempre la fecha de tu último día, veintiuno de agosto de 2012, pero no sabía la hora exacta de tu muerte, once de la mañana, que el PDF me ha revelado. 11.00. Busco en los cuatro dígitos algún significado, pienso que el médico pudo redondear la hora por comodidad o prisa, puede que fueran las 11.04 o las 11.02, puede que en efecto fueran las 11.00 redondas. No ha de ser lo mismo morir a las 11.00 que a las 13.17 que a las 16.04 que a las 23.11. Sospecho que se generarán sensaciones distintas, todas inclasificables. Me alivia saber que expiraste entrada la mañana de un día de agosto. El cielo azul de verano pudo ser tu última visión. Llevabas tiempo en coma, pero tu último minuto consciente había sido dos semanas antes, el día seis de agosto, con ese mismo cielo que me permito visualizar azul.

Yo preferiría morir durante las horas del día y en pleno verano. Puede que la luz radiante, quién sabe, conceda una despedida consecuente con la alegría de vivir que hayamos sabido desplegar y ahora se dispone a volatilizarse. En cambio, morir de noche, por ejemplo en mitad del frío invierno, con la oscuridad y tal vez el viento y la lluvia recia, amenazante, orquestando todo lo que la mirada pudiera abarcar antes de apagarse… Nadie puede explicar si se elabora o no algún razonamiento en el momento final, si las personas lúcidas a punto de expirar concretan una idea, un sentimiento, un rostro que desean ver por última vez.

Me gustaría mucho, más que nada, saber cuál fue tu último pensamiento. Saberlo equivaldría a haberte cerrado los párpados. Quien cierra los párpados de un cadáver se vuelve dueño legítimo de ese acto mínimo, del cual ignoramos qué valor tiene, más allá de que figuradamente hubiera podido adherirse a las yemas de nuestros dedos lo último que vio el muerto.

El banco grande donde ahora mantengo mi cuenta compró hace un par de años el banco más pequeño donde tú y yo guardábamos nuestro saldo, siempre mínimo o negativo. El requerimiento se refería a una cuenta corriente de la cual eras titular única, una que, al final he podido recordarlo, abrimos cuando todavía nos atrevíamos a soñar que lograrías arrancar alguno de los dispersos proyectos que

intentabas sin desearlo de verdad, solo por intentar creértelo y para que los demás lo creyéramos, incluso por fingir que lo creías igual que nosotros también lo fingíamos. El certificado de defunción es categórico al respecto, el funcionario de siete años atrás que lo cumplimentó no podía imaginar hasta qué punto comprimía un largo drama en dos palabras: *sans profession*.

La cuenta fantasma a tu nombre guardaba un saldo de trescientos diecinueve euros con cuarenta y tres céntimos que el banco, según advirtió la amable empleada que me llamó, absorbería, este verbo tan higiénico utilizó, pasados unos meses más, a menos que antes aportase el certificado que por fin he llevado esta mañana. Singular trueque: entrego con la diestra tu certificado de defunción, cumplimentado siete años atrás, y acepto con la zurda trescientos diecinueve euros con cuarenta y tres céntimos que me entregan, por no sé qué protocolo, en efectivo.

Tu herencia, pienso en la puerta de la oficina bancaria con los billetes y las monedas en la mano.

Los rescoldos materiales de quien muere deben merecer una atención mimosa por parte del depositario: acuarelas inacabadas, cualquier papel con un verso escrito en el bolsillo, un frasco de cristal sin nada en su interior, un reloj estropeado y detenido en cualquier hora precisa o, más inquietante, un reloj en perfecto estado de funcionamiento tanto tiempo después, lápices, sombreros, una corbata fea con el rastro mínimo, casi borrado, de lo que pudo ser una gota de sangre… Las mansiones y los yates no cuentan, son cosas de abogados y carecen de este tipo de valor, igual que las grandes fortunas o las glorias militares.

¿Recuerdas a Terry Lennox? Te conté una vez su historia. Lennox es el único amigo verdadero del solitario detective Philip Marlowe, protagonista de *El largo adiós*, la gran novela con la que Raymond Chandler no solo fundó el género negro del siglo XX sino, de paso, también el del siglo XXI, pues su fórmula magistral, generosa y transparente para cualquiera que se moleste en leer el libro, no ha sido mejorada. Al comienzo de la novela Lennox visita a Marlowe para despedirse de él. Se va para siempre de la ciudad y en tributo a su larga amistad le entrega un McKinley, un billete de quinientos dólares llamado así por llevar impreso en el dorso el retrato de ese presidente estadounidense. Es dinero de curso legal que sirve para comprar un traje, pero a la vez, es curioso, posee entre los coleccionistas un valor muy superior al nominal: o sea, lo que es no es solo lo que es, lo que es puede ser mucho más de lo que parece. Marlowe, persuadido de que el billete contiene significados todavía no revelados, guarda el McKinley en su caja fuerte y espera. Cuando Lennox aparece asesinado, el billete se convierte en corazón moral de la odisea que vendrá. No es dinero de curso legal lo que reposa en el fondo de la caja, sino un puñado de preguntas que el detective se obstina en contestar.

Tu herencia: ¿qué hago con ella?

No puedo traspasarla sin más a mi cuenta, donde se la tragarían los primeros recibos de luz o de teléfono. Has sorteado interminables curvas del Tiempo para

depositar en mi mano estos trescientos diecinueve euros con cuarenta y tres céntimos. Jamás tuviste dinero y sin embargo es dinero lo que heredo de ti. Debo gastarlo en algo especial.

Pienso en la pobreza, que me parece hermética y cruel y trascendente. También es honesta sin remedio, aunque sea a su pesar, porque un pobre no puede fingir que no es pobre. La pobreza es su dios, un dios que sí existe, al contrario que otros inventados para quitarle a este su magnitud y poder reales. Este dios dañino determina las vidas, encamina los pasos, aboca al crimen, a la resignación o a la ira, afea las almas y arrebata las alegrías, las arrebata siempre, como si ese fuera su más tenaz propósito o incluso el único. La pobreza, como dios verdadero que es, posee un poder mayor que el de la propia Naturaleza. Es falso que pueblen la Tierra decenas de razas humanas, en realidad solo hay dos: los pobres y todos los demás, divididos en subgrupos que van desde quienes logran sobrevivir con su pequeño sueldo hasta aquellos millonarios que si fueran condenados a contar billete a billete en una celda el dinero que acumulan nunca volverían a ver la luz del sol. Blancos y negros y amarillos, mentira. Pobres y ricos, verdad.

Lo sé muy bien. Fui pobre durante seis años. Los seis, compartidos contigo.

Pero no quiero cometer herejías arrogantes: mi pobreza o nuestra pobreza fue relativa y esporádica y por tanto falsa en parte, una pobreza de cartón piedra.

Ser pobre es carecer por completo y sin retorno de luz, de agua y de esperanza, por citar solo algunos conceptos, y nosotros, durante el peor período, teníamos acceso a las tres cosas. Incómodo y humillante, cierto, pero acceso al fin y al cabo era tener a quien pedir prestado o poder apuntar la cuenta del supermercado o del bar. En el mundo inmisericorde e imbécil de hoy, del que sospecho que es más inmisericorde e imbécil que el de ayer, sería emergente negocio proponer a los ricos vivir durante un fin de semana como si fueran pobres. No un hotel de cinco estrellas donde pernoctar, sino una esquina de la ciudad que la agencia cobraría más cara que el hotel de cinco estrellas, un desayuno consistente en no desayunar, pagar por sentir el ruido del hambre en las tripas a lo largo del día y tal vez husmear, solo los más valientes, en un cubo de basura para poder, finalizado el tour, contarlo a los amigos en el restaurante de lujo donde se celebraría el retorno a la riqueza natural, merecida y acogedora.

Nosotros apenas aspiramos el desagradable olor de la pobreza durante aquellos días en que no teníamos dinero para comer. No demasiados, nunca consecutivos, pero sí suficientes para poder evocar ahora tu expresión de angustia contenida, la misma que debías de ver tú en mí. Nada de dinero en el banco, nada cuando nada es cero. Nada cuando nada es nada.

—¿Qué vamos a hacer?

Alguno de los dos sacudía el pie nervioso sobre el suelo, aquella banda sonora de nuestras resacas. O de repente tú o yo nos poníamos en pie y el otro se erguía alerta como si aquel nervio repentino convocara la esperanza de que hubiera monedas

olvidadas en el fondo de un bolsillo o sobre la superficie de la mesa.

Nos unieron más aquellos momentos de penuria que todos los instantes pletóricos, no logro explicarme por qué y de verdad que desde entonces me lo pregunto. Tal vez la miseria compartida crea una fusión emocional que no se disuelve jamás. ¿Será más fuerte que el amor? No digo mejor ni más hermoso, por supuesto. Digo más fuerte. En nuestro caso, debo señalarlo, la incertidumbre sucia que nos serpenteaba por dentro no provenía del hambre sino de la sed. La pobreza resulta mucho más cruel en un alcohólico que en un abstemio, de esto sé mucho. El abstemio puede mendigar con cierta credibilidad, incluso generar una compasión gratificante para quien se compadece. El alcohólico ofende, asusta y repele. Un alcohólico pobre está solo en el universo. Por ello, cuando dos alcohólicos pobres se unen su tesón de lealtad mutua es el más grande del mundo, son náufragos abrazados contra el bravo mar mortal. Sí, tal vez esta forma de fusión humana, que podría confundirse con el amor, no muera jamás y perviva por último sobre la luz prometida por los piadosos, que lo ignoran todo sobre la oscuridad y sin embargo basan todos los actos de su vida en el temor hacia ella.

—¿Qué vamos a hacer?

Y nos mirábamos graves e indefensos, como si la esperanza de una salida solo pudiera hallarse en el fondo de los ojos del otro.

No he sido pobre junto a ninguna otra mujer. Tú fuiste la única, la más pobre junto a mí.

La pobreza es mala, claro. Si afirmara lo contrario sería un imbécil o un payaso y podría parecer que desprecio a los pobres cuando solo desprecio, y mucho, a quienes los desprecian a ellos. Pero de aquellos días aprendí que la pobreza puede llegar a ser una identidad perdurable. La pobreza esculpe, sus uñas negras modelan la pobre carne humana que solo pretendió vivir y determinan su mirada sobre el mundo, su ideología y sus actos. La pobreza te hace más canalla o más solidario de lo que habrías sido sin padecerla.

Fui pobre junto a ti y contigo. No creo haber sentido vínculo más fuerte con otro ser humano. Es una convicción desconcertante e incómoda, tal vez incomprensible. También por ella escribo.

No sirve cualquier frase para comenzar un libro.

Cada libro, incluso desde antes de comenzar a escribirse, ya cuando es concebido, tiene asignada una primera frase secreta que será necesario extraer desde lo invisible hacia la realidad.

Hace años, varios ya, escribí sobre la pantalla blanca «Te incineraron con una novela mía entre las manos. Por eso escribo este libro» y pienso que debo estar

agradecido a aquella vieja novela que fue incinerada contigo porque sin ella no me habría adentrado en toda esta indagación. Un libro que al arder engendra otro libro merece la cortesía de una mirada, de un puñado de palabras que podrían ser estas:

Se titula o se titulaba o se tituló *La luz prodigiosa*. Puedo afirmar, o casi, que ya no existe. Algunos ejemplares, supongo, vagarán por Internet, aunque no me consta, y a lo mejor otros sobreviven en estanterías imposibles de rastrear, lo que equivaldría a no existir. Yo mismo no tengo ningún ejemplar, ni uno solo, lo que ilustra a la perfección el oscuro destino de la pobre novela, que al final, por cierto, será también el que me aguarde a mí. No fue escrita, me digo a veces, para iniciar mi carrera, sino para cerrarla mediante el fuego y el olvido, lo que se me antoja más poético. Se titulaba *La luz prodigiosa*, se tituló *La luz prodigiosa*: debo recurrir a formas pretéritas para aludir a ella. Hoy, los libros de los autores que seguimos vivos se hallan en permanente riesgo de extinción. A cambio, curiosa paradoja, las obras de quienes fallecieron mucho tiempo atrás, cuanto más atrás mejor, o al menos las obras más grandes de esos muertos, son las que han ganado el legítimo honor de ser nombradas en tiempo verbal presente. *Frankenstein* no se titulaba o se tituló *Frankenstein*. *Frankenstein* se titula *Frankenstein*. Pero las otras novelas de Mary Shelley, esas que solo los estudiosos pueden citar sin detenerse a recordarlas, ¿se titulaban o se titulan? Solo hay acceso al presente de indicativo eterno a través de la calidad incuestionada, del prestigio sobre el cual nadie osa plantear dudas. Los demás escritores, junto a nuestros libros, seremos antes o después conjugados en pasado e incluso borrados de la memoria colectiva. No soy ni seré una excepción, lo sé con convicción más sólida y también con tolerancia creciente a medida que corre el tiempo. Este pensamiento me habría lacerado cuando fui aquel adolescente de genialidad ilimitada. Ahora, sin embargo, la perspectiva de arder en el olvido me despierta una indiferencia de melosa languidez. Deduzco que la renuncia a perdurar contiene una extraña alegría, similar a aquella que dos o tres veces experimenté de niño cuando sendos imprevistos forzaron la gozosa suspensión del día de colegio. Borges, tan perdurable, afirmaba que el olvido es lo único a lo que una persona cabal puede aspirar. Por mi parte, acuño este epitafio y lo regalo a las generaciones de escritores por llegar:

Recuerda: serás olvidado. Recuerda: arderás tú y arderán tus libros.

Sin embargo, tal vez porque fue un hecho vital y no literario, sí soy capaz de recordarte sosteniéndome con paciencia sin fin para que escribiera aquella primera novela. Buscaste un trabajo feo y mal remunerado que nos alimentó mientras yo escribía y pagó las facturas de luz y agua y también tu tabaco y nuestra bebida, sin la cual, ominosa cuestión, tal vez jamás me habría sentado a escribir. En aquella época, mientras fuiste nuestro único arsenal frente a las amenazas de la realidad, te animó una energía inagotable que jamás aplicarías para ti misma. Luchaste para que, tras mi enésimo fracaso, no me despeñara en este nuevo intento. Es probable que no confiaras demasiado en aquellos folios que iban saliendo de mi vieja máquina

de escribir, pero tu lealtad era férrea y por ello pervive a salvo de cualquier amenaza del olvido. Si me pregunto qué generaba una lealtad tan carente de fisuras, tan militante, concluyo que quisiste ayudarme a salir del abismo sin detenerte a razonarlo, por puro instinto. Así lo decías, con la naturalidad de quien no sabe adornar la verdad y si supiera renunciaría a hacerlo:

—Quiero que las cosas te vayan bien. Lo mereces.

Supongo que pensabas también en ti y en tu futuro, nada sería más legítimo, pero a la vez sé, porque pude observarlo muchas veces, que fuiste esencialmente noble. Aquellos folios eran la última oportunidad, ambos sabíamos que no habría fuerzas para otra.

Por eso permanece en mi memoria nuestra lucha desvalida y humilde de la que nadie cercano tuvo noticia. Peleábamos contra el mundo solos y juntos. Ese penúltimo aliento compartido es, como la pobreza junto a la cual se fraguó, un vínculo de difícil ruptura y de su impulso pudo provenir el éxito, contra todo pronóstico, de nuestra nimia epopeya secreta: aquella novela que ya no existe pero se aferra todavía hoy a estas páginas, su prolongación más allá del fuego.

Entre los dos decidimos su título o, más bien, yo rumiaba y proponía opciones y tú las ibas descartando. Aprobaste *La luz prodigiosa* con tan determinante convicción que casi puede decirse que el título lo inventaste tú. Luego compartimos con orgullo el periplo que vendría, un premio salvador que ante todo salvó la estima, algo de dinero, una adaptación para televisión y la película cuyo estreno llegaste a ver, ya distanciados los dos, en el mismo cine donde dieciocho años antes yo había sentido la felicidad en estado puro por el simple hecho de estar sentado junto a ti. Pero los muertos ignoráis qué fue de las personas y cosas que dejasteis atrás y me gustaría que supieras que mucho después de tu muerte nuestra novela aún provocó una última llamarada que te concierne.

A comienzos de mayo de 2019 tuvieron lugar en Madrid dos conciertos del ya anciano Ennio Morricone, su despedida definitiva de los escenarios españoles. No acudí y sigo arrepentido de ello, pero un amigo granadino que sí estuvo me contó que el último concierto se cerró con el tema «La luz prodigiosa», compuesto por Morricone para la banda sonora de la película basada en nuestra novela e interpretado sobre el escenario, como en la pantalla, por la cantante Dulce Pontes. Solo yo conozco la relación circular entre ese instante del multitudinario recital y aquel otro mucho más mísero de muchos años antes en que, con todo en contra, tú y yo elegimos un título que tendría protagonismo en el concierto todavía tan lejano.

A los niños ilusionados que fuimos en nuestros primeros tiempos les habría extasiado saber que la apoteosis final de Morricone en España, mucho tiempo después, habría tenido su origen en nuestra inventiva, nuestra fe y nuestra lucha contra el mundo. Sé que si sugiero ahora que la culminación de Morricone y Pontes con su todopoderosa orquesta fue interpretada en homenaje a ti me acusarías de cursi, caso de que pudieras replicar, así que no se me ocurrirá.

Pero sí dejaré constancia notarial de los hechos: el tema «La luz prodigiosa» nunca habría sido compuesto por Morricone si antes no se hubiera producido la película que, a su vez, jamás se habría filmado si antes yo no hubiera escrito una novela a la que uno de aquellos malos días nuestros, cargados de incertidumbre y miedo pero también de vibrante ilusión compartida, bautizamos sin imaginar, cómo podríamos haberlo imaginado, que Ennio Morricone compondría una canción con este título que no creó él ni yo ni los editores del libro ni el director o los productores de la película.

Lo creaste tú.

He regresado a la estación de Chamartín.

Hoy, veintinueve de septiembre de 2019, se cumplen quince años de tu partida hacia Francia desde este mismo lugar.

No sé por qué ni para qué he venido, pero aquí estoy. El libro me dijo:

Ve.

Y vine. Cuando el libro que escribes habla hay que escuchar sus palabras, confiar a ciegas en ellas.

La escena de tu partida de 2004, que se encuentra unas páginas más atrás, fue una de las primeras que escribí al comenzar. Sin embargo, no lograba encontrarle ubicación dentro de la estructura del libro a pesar de su importancia, pues resumía nuestra tristeza y derrota, la incertidumbre y, a la vez, el egoísta alivio por el final, al menos momentáneo, de la pesadilla, vivencias convocadas en aquel andén crepuscular que podrían haber generado, cada una de ellas, su capítulo propio. He reescrito, cortado, ampliado, fragmentado, situado al principio y al final del libro esta escena que al inicio abordé con aquella extraña premura. La he detestado y mimado, he pensado en eliminarla y también en ampliarla hasta que fuera un libro completo, pero nunca logré que encontrara ese asiento que, caso de tenerlo, le reserva a cada fragmento de un libro la verdadera fluidez narrativa. Una escena automarginada de su propia historia a pesar de ser fundamental para ella, tan vagabunda y rebelde que llegué a creer que tenía vida propia y me mandaba mensajes.

El último, atraerme hasta aquí quince años después.

Todo ha cambiado. La cafetería donde nos sentamos no existe, tu sepultura ha sido sustituida por una barra de autoservicio con algunas mesas muy pequeñas de colores llamativos. Tu último rato en Madrid transcurrió más o menos aquí donde ahora me he sentado, entre esta hilera de sándwiches de atún empaquetados en plástico y los zumos de frutas que se cobran veinte veces por encima de su valor real. Pero mi espíritu es el guardián de tu tumba. En este veintinueve de septiembre de quince años después no se permite, como entonces, que los acompañantes bajen con los viajeros hasta el tren. Si la norma hubiera tenido validez en 2004 no habría podido bajar a despedirte y desde este ventanal ante el que ahora escribo te habría visto arrastrar, más diminuta a cada paso sobre el andén, aquella desesperanzada maleta de recuerdos inútiles envueltos en papel de periódico.

No intuyo para qué me ha traído hasta aquí este segundo veintinueve de septiembre. Según pasan los minutos empiezo a creer que solo he venido para despedirte de nuevo. La despedida definitiva, la verdadera, aplazada estos quince años que he necesitado para atreverme a meditar ante este andén que permanece indiferente y populoso ahí abajo.

Viene a mí la última vez que estuvimos cara a cara. Durante años, así de mal iban las cosas, todo pareció indicar que a pesar de nuestras osadas esperanzas no

tendríamos ningún otro encuentro en persona después de la despedida de Chamartín en 2004. Pero sí lo hubo.

Fue en Marsella, durante la inesperada tregua que a lo largo de 2011 te concedieron el alcohol y el tesón autodestructivo o acaso, quiero ser justo contigo, tu victoria épica aunque por último inútil sobre el gran demonio. Mi viaje a Marsella, nuestro reencuentro personal, fue un proyecto durante mucho tiempo planeado que nunca acababa de realizarse. Una vez estuvo cerca, pero dos días antes de mi vuelo recaíste con fuerza inesperada y no quise subir al avión. Mi llegada no te habría ayudado a superar la crisis, estoy por desgracia bien seguro, pero lo que me retuvo en Madrid fue el rechazo insuperable, más potente que cualquier empeño cariñoso, ante la idea de aterrizar y verte bebida como años antes. Esa repulsa insomne la llevo y llevaré siempre conmigo, me habita y determina.

No puedo soportar cerca a personas bebidas, ni siquiera verlas, ni siquiera sentirlas, ni siquiera olerlas. Las huelo, sí, como huelen los pumas la sangre. Creí que con el tiempo podría tolerarlo pero no puedo ni podré. Ante una persona bebida me invaden el miedo y la pena y la repugnancia racional y la intolerancia pero sobre todo una ternura desesperante y odiosa cuyo origen ignoro y podría constituir el mayor peligro. Esa negrura abisal, el ansia inexplicable de ofrecer cobijo sin límite a la carne humana poseída por el demonio, incluso concederle el amparo de mi abrazo, podría morderme, tragarse mi sangre y absorber mis impulsos, volver a poseerme por contagio o porque en el fondo más secreto deseo ser de nuevo poseído. Por eso, apenas la intuyo, me cubro con los escudos del miedo y de la pena y de la repugnancia racional y de la intolerancia y solo cuando se revelan insuficientes ante el asalto de la ternura odiosa huyo y busco refugio y pugno por expulsar de la retina y de la memoria al espectro retornado.

Pero a la vez, qué inquisitiva contradicción, constituye mi deber moral entregar ese indefinido cobijo e incluso sí, el amparo de mi abrazo, a los poseídos. Lo sé como lo saben los náufragos que extienden los brazos y las manos hacia los compañeros que se debaten en el mar.

Aquellos días de agosto de 2011 representaron tus meses de sobriedad memorable, heroica. Acababas de salir del Guillain-Barré, lo que implica, y esto quiero subrayarlo porque sobre toda aquella adversidad lograste la victoria, que habías dejado atrás meses en coma y meses de invalidez casi total durante los cuales fuiste consciente de que esa invalidez podía ser irreversible y luego meses de rehabilitación agotadora, mover un día un dedo de la mano y mover tres semanas después otro, así hasta hallarte, de pronto, asombrosamente en pie, entera, tu cuerpo liberado de la invalidez y orgulloso tu ser entero por haberlo conseguido. Y sobria, claro. La abstinencia como fuente de luz solar. El agua, único dios verdadero.

Cuando bajé del avión y nos vimos reímos con naturalidad inesperada. Ninguna de las innumerables veces que fantaseé con el reencuentro surgía la risa, y mucho menos tan espontánea y grata. Unas veces el reencuentro era estupor inexpugnable,

otras vergüenza ante el primer golpe de voz, otras alguna torpe solemnidad, también miedo mutuo o constatación gratificante de que algún tic mínimo permanecía en el rostro del otro a pesar de las infinitas turbulencias. El cariño sobrevivía en las sucesivas fantasías que yo había ido elaborando. Pero jamás comparecía la risa, qué sorprendente puede ser la realidad. Tanto había soñado con la meta imposible de verte a salvo de ti misma que al tenerla materializada ante mí, carnosa y real, solo pude reír. Y tú, si una vez más rompo la promesa de no especular sobre lo que pensabas o sentías, reías, creo, por el orgullo de haberlo logrado.

—Ya ves —parecía decir tu sonrisa—, atravesé el océano nadando yo sola. Aquí estoy.

Fuimos en bus hasta el centro de la ciudad y luego caminamos hasta mi hotel, opción que preferimos porque queríamos estar a solas y lo más inadecuado habría sido representar en tu casa, con tu madre y contigo, una escena familiar de falsa normalidad recuperada. En el pasado ya recurrimos demasiadas veces a la rutina como santuario e insistir habría supuesto una falta de respeto hacia el dolor vivido. Recuerdo mi permanente estado de alerta ante las lóbregas estrategias del alcohol, esas que habías utilizado muchas veces conmigo, igual que yo antes, cuando bebía, las había utilizado con los demás.

Voy un momento a comprar tabaco mientras te registras en el hotel, podrías haber dicho de pronto y luego tardar demasiado en volver con el aliento delator; o tomo este vino con la comida, solo este y ni uno más.

Pero la sobriedad proclamada desde tu sonrisa limpia era cierta y parecía sólida, duradera. Ambos fuimos un poco felices por sentirlo y vivirlo.

Pasamos juntos aquellos tres días, formales como novios de novela antigua. Me recogías en el hotel a las nueve de la mañana, siempre puntual, y paseábamos por las calles sin dejar de hablar. Nuestra vieja conversación inagotable revivió, incrédula de su propia resurrección y cargada todavía de cosas que compartir. Durante mis visitas de los años anteriores, escasas porque me disuadía tu animadversión hacia la ciudad, me pareció Marsella sórdida y hostil, sojuzgada por ávidos e inconcretos ángeles de la noche, pero en aquellos días de agosto caminamos por una avenida amplia y ancha asfaltada de luz de la cual no tenía yo recuerdo previo.

De estos tres días cruciales en Marsella guardo fulgores afables que no pretendí memorizar pero permanecieron en mí. Una plaza de piedra vieja trufada de árboles robustos y frondosos que se veían inclinados por el terreno desigual, una papelería a la que entramos por una razón que no recuerdo, tal vez comprar un bolígrafo, y cuyo escaparate era un cristal desmesurado por el que entraba la luminosidad más nítida que recuerdo haber visto nunca, una calle estrecha de casas bajas por la que ascendíamos cuando una voz femenina apremiante o enfadada resonó invisible por el aire, proveniente de quién podía saber dónde, y llamó por dos veces a una tal

Giselle. «¡Giselle, Giselle!» Nos preguntamos, bromeando, quién sería Giselle y en qué soñaba cuando su madre, deduje que era su madre, la requirió aquel día de agosto de 2011. ¿Cómo te ha tratado la vida, Giselle?

Por aquella avenida descendimos y ascendimos varias veces, cruzando todas ellas ante la magnética papelería del escaparate áureo, camino del puerto en cuyas terrazas nos ofrecían sopa bullabesa mientras mirábamos el cielo azul y los barcos de colores alegres. Tu abstinencia y tu recuperación presidían cada minuto de ese presente y permitían vislumbrar algún futuro que sabrías labrarte. Pausábamos el torrente de conversación para que me tradujeras el menú, igual que habías hecho en algún restaurante francés en el Madrid del pasado, pedías por los dos al camarero y seguíamos hablando. Tu francés, tras tantas batallas perdidas, seguía intacto. Por la tarde regresabas a casa para la siesta que te habían ordenado los médicos y entonces se alertaba por un instante mi zozobra, porque quien ha visto botellas vacías bajo la mesilla de la persona que duerme a su lado no las olvida nunca, pero todo el tiempo de esos tres días te vi sobria y alegre, aunque parecieran tan frágiles esa sobriedad y esa alegría como en realidad lo eran: frágiles, caducas, terminales.

No paseábamos por Marsella, sino por una inexplicable prórroga de nuestro esplendor muerto tanto tiempo atrás.

La mañana de mi partida enfilamos por última vez la avenida. Era domingo y el escaparate de luz tenía el cierre echado, como una premonición. Nos apeteció tomar un café y entramos en un centro comercial. Al ser demasiado temprano para la actividad habitual, parecía un escenario desmesurado y vacío dispuesto por el destino para que mantuviéramos en él nuestro diálogo final. Ascendimos por fantasmagóricas escaleras mecánicas que nadie impulsaba y recorrimos pasillos circulares llenos de tiendas cerradas hasta llegar a una hamburguesería donde, tras alguna protesta, accedieron a servirnos dos cafés.

Esta sí sería nuestra última conversación cara a cara. No podíamos saberlo, sin embargo la intuición nos animó a poner sobre la mesa todos los temas pendientes de nuestro pasado juntos, que desgranamos con una naturalidad pasmosa, inconcebible en los últimos tiempos de Madrid. La verdad fluyó relajada, como si los errores y heridas concernieran a personajes de una de aquellas películas que inventaba contigo cuando fuimos otros. Lo hablamos todo. Errores, deslealtades, cobardías, egoísmos, infidelidades, miedos. Culpas y otra vez los errores. Todo, lo recuerdo muy bien, se tornó irrelevante ante la capital importancia de hallarnos al fin hablando de tantas cosas que habían permanecido enterradas por separado dentro de nosotros. Cuando nos levantamos de aquella mesa mágica nos hallábamos en paz. Habían pasado dos o tres horas y, un poco apurados, tomamos un taxi para ir al hotel por mis cosas y seguir desde ahí hacia el aeropuerto.

Ante la puerta de embarque prometimos volver a vernos y lo prometimos con deseo verdadero.

No fue posible. El alcohol regresó en tu busca.

Y justo hoy, de entre todos los días de nuestra vida en común y de entre todos los posteriores de la mía tras tu muerte, justo hoy y justo ahora descubro que aquellos tres días juntos en Marsella fueron los únicos durante los cuales tú y yo, los dos y a la vez, fuimos personas resueltamente abstemias, abstemias sin retorno. El pensamiento me deja atónito y estremecido.

Cuando nos conocimos yo bebía y tú no. Luego, durante muchos años, bebimos juntos. Más tarde dejé de beber yo y tú seguiste. Vivimos a lo largo del proceso sendas resurrecciones. La mía pervive aún y la tuya se abortó hace siete años. Resucitar no garantiza la inmortalidad. Pero solo en estos tres días, tres entre los miles que pasamos juntos, fuimos a la vez personas que habían decidido no beber nunca más y lo estaban cumpliendo. Si esos tres días de abstinencia hubiesen estado ubicados al principio de nuestra relación y no al final tal vez todo habría acontecido de otro modo. Pero lo que pudo haber sido no existe ni existirá y evocarlo es un juego de niños tontos, el regodeo masoquista de quienes en el fondo reniegan de su vida. Lo que pudo ser debería prohibirse como opción de pensamiento, extirparse de toda consideración o cábala de la razón y de los recovecos de la melancolía y de sus afluentes. El escenario sobre el cual elegimos que transcurriera nuestra vida fue el que fue y no otro: doce mil cuarenta y cinco días con sus doce mil cuarenta y cinco noches de alcohol frente a tres días desarmados y abandonados a su suerte.

El alcohol volvió por ti, esto he pensado siempre.

Sin embargo, cuando se excava con rigor en lo vivido, la realidad, que era apaciguadamente una y única, puede volverse otra, incluso opuesta a la que tiempo atrás admitimos como veraz.

¿Y si el retorno del alcohol estuvo determinado por otra causa?

La historia está repleta de hitos heroicos casi siempre bélicos y casi siempre protagonizados por hombres. Sirven como ejemplo El Álamo, Masada o el Alcázar de Toledo. Pero los héroes que allí murieron no pudieron elegir hallarse en un lugar diferente, opción que sin duda habrían preferido. Yo admiro más el valor de quien lucha sabiendo que perderá, aquel del que nadie sabrá siquiera que fue derrotado, porque combatió en una batalla de la cual no hubo testigos.

Ignoro si recuerdas al viejo comandante retirado del ejército de tierra, amigo de un amigo que nos refirió su historia. Además de excomandante era también exalcohólico. Exhibía en una estantería del salón de su casa, allí donde otros colocan la foto de boda o cualquiera de las representaciones de Cristo en la tierra, la última botella de ginebra de su vida ebria, abierta veintitrés años atrás. Guardaba aquella morbosa reliquia un resto mínimo de licor que el excomandante y exalcohólico

escrutaba con frecuencia, abducido por indescifrables laberintos interiores. Cada vez que sostenía la botella en las manos y la giraba muy despacio, quién sabe si inquisitivo, quién sabe si penitente, las gotas de ginebra parecían desperezarse bajo el influjo de su mirada. Ilustraban el instante exacto de veintitrés años atrás en que decidió dejar de beber y lo cumplió, la lucha y la victoria sobre el demonio representadas por esas gotas prisioneras que parecían obcecadas en resucitar.

El viejo militar, con quien algunas veces he soñado, acumulaba un pasado de infamias perpetradas en estado de embriaguez. Cosas, eludía distrayendo la vista hacia el suelo, que era mejor no contar. Pero asomaban a sus ojos, como si buscase flagelarse con ellas. Recordar era su penitencia, el camino de cristales rotos hacia una redención que aún no creía merecer. El perdón para el alcohólico solo puede concedérselo él mismo, de la misma forma que nadie más que él puede decidir dejar la bebida. Aguantó esos veintitrés años abstemio, veintitrés años en lucha permanente contra el ansia de apurar esas gotas que liberarían al demonio. Cierto día, un visitante bienintencionado y fatídico rompió por accidente la botella cuando sacaba unos libros de la estantería. El estallido del vidrio contra el suelo mató de un fulminante infarto al excomandante cuando las gotas de ginebra aún no habían tenido tiempo de ser absorbidas por la madera del suelo. Tú y yo, mucho antes de que el alcohol te devorase y también mucho antes de que me matara a mí, hablábamos con fascinación de este viejo héroe anónimo, cuyo corazón no le latía dentro del pecho sino en lo más profundo de aquel sorbo de ginebra, al fondo de la botella que su desesperación había logrado sellar veintitrés años atrás.

Algunas personas que en el muy lejano pasado tuvieron amistad superficial contigo, no hablo ahora de los pocos amigos verdaderos, lamentaron, antes de pasar a olvidarte, que cayeras derrotada frente al alcohol. Esas mismas personas, mientras todavía luchabas, solían señalar la importancia de que recuperaras la ilusión de vivir. Yo afirmo que no hay insistencia más inútil que ese falso tesón vitalista que dictan, en ocasiones de forma contradictoria, mandatos religiosos o de falsa moral que solo sirven para enredar y traer más desgracia a lo humano. Quien desea morir morirá. Es más, quien desea morir debe morir. El mayor acto de amor posible es caminar junto a él sin preguntar, acompañarle hasta el aliento final.

Lo sé bien porque yo, que debí hacerlo, no lo hice.

Durante años te vi luchar y caer, levantarte y volver a luchar antes de caer otra vez. A lo largo de todo ese tiempo solo contabilizaba los fracasos, las recaídas, cuya magnitud medía por el impacto que provocaba en mi terror aquel abismo de agotamiento y vergüenza y desasosiego y desesperanza que afloraba cada vez que el demonio se hacía reconocible en ti.

Entonces, yo solo ansiaba huir en vez de intentar entender, aunque entender resultase imposible o pareciera que no había nada que entender. Todo era nítido cuando surgía el demonio. Solo quedaba correr. En realidad, ¿qué hacía yo si no correr mientras, plantado en el andén de la estación de Chamartín, vi con tanto

alivio partir el tren que te llevaba hacia tu final? Sin embargo, el tiempo es también un juego de lentes y gracias a una parsimoniosa evolución he logrado ahora, tras indagar e indagar más, preguntarme sin miedo y osar derribar algunos mitos que erigió mi mente a la defensiva. Así he podido diagnosticar la ceguera que me impidió ver otra cosa que las recaídas y los fracasos. Hay que leer lo invisible para saber la verdad y yo, tras mucho, muchísimo tiempo, he sabido leer en lo invisible que tu epopeya cabe en estas tres líneas:

Peleaste con todas tus fuerzas para averiguar si podías recuperar la alegría de vivir y cuando tuviste la certeza de que no ocurriría te dejaste arrastrar hacia la muerte sin oponer resistencia.

Nadie está más tristemente solo que el bebedor decidido a dejar de beber.

Nadie estuvo más sola que tú.

Si pudiera echar el tiempo atrás y cambiar una única cosa elegiría volver al día de tu muerte para tomar aquel avión que no tomé y estar junto a ti en el momento final.

He necesitado escribir un libro entero para llegar a esta frase.

Es el fin de la inmersión, mi retorno a la superficie y al aire que respiro.

Ahora, tu batalla perdida y la mía narrada terminarán de arder sobre el silencio ondulado del fondo. Luego, cualquier día, cuando yo también me haya ido, la ceniza se esparcirá y todo volverá a ser nada.

En eso consiste la superficie, así está compuesto el aire que respiramos.

La ficción existe porque sus historias proponen desenlaces. La realidad, por el contrario, no termina nunca.

El público otorga su aplauso cuando la trama culmina en intensidad épica, melancólica o de exaltación sentimental, más aclamadas cuanto mayor sea su exceso. Lo memorable exige el cierre exacto. El capitán Ahab, para ser el capitán Ahab, debe morir. De lo contrario, sería un marino más, incapaz de ilustrar con su básico rencor la oceánica ciénaga que inquietó a Melville. De esta esclavitud solo los poetas parecen exentos, porque entre los versos de altura verdadera las preguntas flotan sin llegar a formularse y si lo hacen suelen carecer de respuesta. Lo certificó la poeta audaz, yendo un paso más allá: el silencio es la respuesta a todas las preguntas. Ese es también el desenlace de todas las vidas humanas y, en rigor, un libro autobiográfico que pretendiese guardar fidelidad estricta a lo real concluiría solo cuando su autor cayese muerto. El último aliento como punto final.

Cuanto más excavo en esta tumba activa y tentacular con mayor obscenidad se abre ella para que penetre hasta el fondo de su abismo. No sé qué límite busca, ni hasta dónde pienso yo dejarme llevar. Terminar un libro sobre la propia memoria es

una orfandad que se pega a la piel y a la carne.

Hoy, al amanecer de este veintiséis de noviembre de 2019, has comparecido ante mí cuando me encaminaba hacia ese punto final.

No he experimentado sorpresa ni miedo, tampoco duda: eres tú, por increíble que pueda parecer este retorno de entre los muertos. Es tu espectro, perceptiblemente fusionado con el aire invisible de la habitación. En lo más recóndito del pensamiento individual las líneas rectas se curvan cuando les viene en gana.

Miras, por encima de mi hombro, la pantalla del ordenador. Si tecleo te siento, si giro el cuello hacia ti puedo verte. Me admira que tu rostro sea idéntico al que archivó mi memoria en el aeropuerto de Marsella, cuando ambos prometimos que volveríamos a vernos. Lo extraordinario, en realidad, sería que los muertos siguiesen envejeciendo sin límite. Pienso que has venido para cumplir aquella promesa que en cierto modo yo, al escribir, he cumplido también. Tal vez quieres despedirte para siempre de mí, del mundo, de quién sabe qué. Acerco una silla vacía, te invito. Parece más conveniente que te sientes a mi lado, cerca, en vez de permanecer de pie.

Para mí no es nuevo el diálogo con los muertos. Mientras escribí sobre la muerte de mi padre conversábamos a diario, él muerto y yo vivo, y a día de hoy le sigo consultando con cierta frecuencia. A su manera, me responde. Desconfío de quien no habla con sus muertos, aunque entiendo que algunos, bien el que sigue aquí o bien el que partió, supongo que a veces ambos, no tengan nada que decirse. O prefieran, a partir de cierto punto, guardar silencio. Como tú. ¿Desaparecerás cuando yo escriba la palabra final? Asientes, me figuro que asientes:

—Desapareceré cuando tú escribas la palabra final.

La conversación telefónica que mantuvimos poco antes de tu muerte iba a ser solo una más, no supusimos que sería la última. Ningún matiz de tu voz, transformada en susurro indefenso que yo había escuchado otras veces y por tanto no me alertó, permitió presagiar que pocos días después, el seis de agosto de 2012, te ingresarían inconsciente en el hospital del que ya no ibas a salir. Concluían así los paseos sedientos por las calles hostiles, los amaneceres contemplados desde tu ventana con miedo al minuto siguiente, la desdicha fraguada y la fe en las traidoras esperanzas. Fin de la soledad. Tu corazón fue el órgano que dio el paso decisivo, aunque temieras tanto a tu hígado y a tus pulmones.

Ambulancia, traslado veloz al hospital, tú inconsciente o con los ojos entreabiertos que intentaban comprender, aturdidos, el sentido de ese contrapicado final de cielo azul y edificios marselleses que corrían al otro lado de la ventanilla. Siete años transcurridos entre aquel momento y este amanecer de tu retorno.

Hoy me levanté muy pronto, las tres y veinte de la madrugada marcaba el reloj de la mesilla cuando encendí la cafetera antes de sentarme frente a la pantalla en la mayor oscuridad posible, con las persianas echadas, como un vampiro sediento de su propia yugular, dispuesto a terminar el libro con una imagen concreta de aquel viaje

a Costa Rica, en septiembre de 1996, donde ubico la precisa fulminación de los días felices, el final raspado en rojo sobre el mapa de nuestra biografía. Entonces has aparecido.

—¿Quieres saber cómo fue tu muerte? —te pregunto.

Pero no contestas.

He pronunciado las palabras muy despacio en dirección al respaldo de la silla vacía desde la que me escuchas. Un muerto, supongo, deja de percibir sensaciones y archivar datos en el instante mismo de su muerte, a partir del cual todo será vacío y silencio. Por tanto, ignoras cómo moriste y pienso que te podría interesar, a mí me interesaría. No sabes cómo te trasladaron al depósito de cadáveres ni cómo fuiste amortajada. No sabes quién te lloró ni con qué grado de dolor, no sabes cómo recibí yo la noticia o cómo fue la primera noche de tu madre a solas en vuestra casa con tu ausencia. Los muertos dejan de saber. Así le pasó ya al primer muerto de la larga noche de lo remoto. Así me pasará también a mí. Un lunes o un jueves, cómo saberlo, cómo saber si será a las dos y veintitrés de la madrugada o a las dieciséis y dieciséis de la tarde, el universo entero fundirá a negro a la vez que yo expiro, mientras en innumerables lugares personas también innumerables comprarán palomitas a la entrada del cine, surcarán los mares, firmarán su ansiado divorcio, se maquillarán a toda prisa para entrar al plató de un informativo que no reseñará mi muerte, abrazarán por fin el cuerpo deseado hasta el delirio y justo ahí, muy despacio, empezarán a cansarse de él, instalarán una aplicación nueva de móvil, devolverán una camisa defectuosa con alguna manchita en el hombro derecho, inaugurarán precarios y heroicos hospitales en selvas perdidas, corregirán de sal el guiso de lentejas o se suicidarán por causas que dejarán en el acto de tener importancia.

El día de mi muerte habrá en alguna parte un poeta que empiece su libro nuevo y otro que lo termine, ojalá que por lo menos uno de los dos sea bueno, aunque no tendré ya noticia de él y sus versos no podrán conmoverme. Habrá muchas personas, decenas o cientos, que morirán también ese día, bastantes a la misma hora que yo, qué desconcertante hermanamiento. Ninguno llegaremos nunca a saber nada de esos compañeros de viaje. Tú, aunque lo hubieras especificado, ignoras que fuiste incinerada, no puedes haber llegado a saberlo, tampoco que alguien depositó sobre tu pecho la novela nuestra para que ardiera contigo y menos aún que ese fuego acabaría por desembocar en esta frase que ahora escribo. Los muertos dejan de saber. Dejar de saber no es igual que olvidar. En realidad, dejar de saber ni siquiera es triste.

—Estuviste tres semanas en coma, ¿recuerdas algo? ¿Fuiste consciente en algún momento de lo que pasaba?

Pero no contestas.

Mis palabras parecen atentar contra el silencio, que es tuyo en este instante, una propiedad merecida y legítima. Hablar con una persona muerta, aceptar que lo

haces, exige cruzar una frontera líquida.

Tal vez quieres ver por última vez algún objeto que te perteneció, el viejo húsar de madera al que devolviste la sonrisa, por ejemplo. Lo he situado sobre la mesa, a mi lado, junto a diversas cosas sin otro valor que la memoria de ti que pudieran conservar. Cuando termine, las guardaré para siempre o me atreveré a incinerarlas. Puede que intuyeras que no habrá otra oportunidad de decir adiós a tu húsar, de tocarlo otra vez. Te ha convocado él y no yo, los objetos son más sólidos que las personas y pueden perdurar por encima de los amores.

Es raro, ahora que lo pienso, que no lo llevaras contigo a Marsella, era uno de tus fetiches favoritos, podría haber ardido contigo en vez de la novela, en cuyo caso yo no habría sentido el impulso de escribir. ¿Por qué permaneció en Madrid conmigo?

Con ternura ilusa dispongo sobre la mesa los objetos que te pertenecieron, el húsar en cabeza, para que puedas examinarlos sin prisa. Extraigo también las fotografías de tu rostro del sobre donde aguardaban el momento propicio de ser revisadas por mí. En orden cronológico relatan a grandes trazos tu biografía. Resulta triste este humilde catálogo de objetos viejos e imágenes descoloridas, pero así de parca y frágil es la memoria que queda de ti.

—¿Viniste por el húsar, por alguna otra de estas cosas?

Pero no contestas.

—¿Sabías que tu madre escribió un diario, todo lo que ocurrió desde que llegaste a Marsella tal y como ella lo vivió?

Pero no contestas.

El diario, convertido letra a letra en espejo de tus días, es un eco que no cesa de rebotar, tantas son las anotaciones terroríficas, las tragedias de una sola línea que tuvieron lugar mientras yo, sin imaginar sus matices sucios y lacerantes, protagonizaba el que ya era mi destino vital nuevo. Todas aquellas películas luminosas inventadas cuando fuimos jóvenes se han transformado en este cara a cara terminal.

Y de repente comprendo que has venido para recordarme que debo hablar de tus dientes rotos. Es verdad, todo cuanto me propuse contar está contado. Excepto tus dientes rotos. Más de un fragmento de este libro habrá surgido de mi afán inconsciente o no tanto por posponer mi enfrentamiento con aquel suceso. Ahora mismo, sin ir más lejos, me disponía a esquivarlo una vez más con el episodio costarricense. Pero ya se ve que algunas heridas sangran siempre, aunque sea despacio, y solo las cierran las palabras ciertas, o al menos las palabras honestas.

He olvidado o nunca memoricé el día exacto, qué curioso en alguien obsesionado por las fechas. Ubico el año, 1987, y también que era verano, porque el calor abrasaba en la avanzada hora nocturna y llevaba yo una camisa ligera que se manchó con tu sangre. Una década después también memorizaría la camisa del día de mi muerte y resurrección en la plaza de Santa Ana. La de 1987 era nueva, recién comprada, color salmón. Quizá la estrenaba ese día. La de 1997, rosa pálido, acabó

también manchada de sangre, aunque en este caso fuera mi sangre en vez de la tuya. Estas dos camisas ensangrentadas relatan a su manera mi vida, la contienen. O es una estrategia de la memoria, que buscaría así desenfocar la gravedad de lo ocurrido. La camisa salmón de tus dientes rotos no es la camisa salmón de tus dientes rotos, sino la cortina tenaz de la mente acongojada que ansía ignorar. Las piezas del rompecabezas que soy capaz de rescatar son difusas e inconcretas:

Volvemos hacia nuestra primera casa, el infausto regalo dorado, tras una larga noche de alcohol. En la esquina de las calles Colón y Valverde se abre en el muro de la realidad una grieta que nos traga, mastica y escupe. Todo en un segundo, a lo sumo dos. Veníamos peleados, como de repente ocurría algunas noches por motivos que luego era imposible recordar, una discusión sustentada sobre ese tesón caníbal del alcohol donde importa mucho la furia expandida y nada la causa que le dio origen. Y es entonces y es ahí cuando, sin entender, somos absorbidos, masticados y escupidos. Un segundo después, tal vez dos, la grieta nos devuelve a la realidad desconcertados y tambaleantes. Aferro con todas mis fuerzas tus antebrazos, ignoro si sostengo tu cuerpo desmadejado o intento prevenir algún nuevo brote iracundo. En el inconcreto forcejeo, las gotas de sangre en mi camisa señalan el brutal retorno a la realidad. Levanto los ojos. La sangre proviene de tu boca. ¿Qué ha pasado? La sangre brota, parece que habla y quiere responderme, pero no entiendo sus palabras. Donde un segundo antes, tal vez dos, se hallaban las cuatro piezas centrales de la parte superior de tu dentadura ahora hay un hueco en forma de arco del que sigue manando sangre.

—Mis dientes… Mis dientes… Mis dientes…

Esta era tu exacta queja llorosa, una letanía susurrada en voz muy baja que escucho todavía hoy.

¿Qué había pasado? ¿Qué, exactamente?

La respuesta nunca existió. Sigue sin existir. Un absoluto negro mental que compartieron, para peor incertidumbre, tu memoria y la mía. Durante años, incapaces de recordar, hablamos de tus dientes rotos sin hablar de tus dientes rotos. Diálogos camuflados entre circunloquios que intentaban, desde la blanda cobardía, establecer la verdad que con tanta determinación se resistía a ser rescatada. ¿Qué había pasado? ¿Qué, exactamente?

No hay nada peor que elaborar el miedo. Es más cruel que sentirlo y, por supuesto, mucho más peligroso. Durante mucho tiempo fantaseé con la idea aterradora de que te había golpeado yo. Imposible, inimaginable. Pero el alcohol, como sabía y sigo sabiendo, transforma a las personas en lo contrario de lo que son o creen ser.

Un día te expresé mi terror. Lo consideraste tan imposible e inimaginable como yo y además, añadiste, si te hubiese golpeado habrían quedado señales en mis nudillos y es verdad que nunca las hubo. Recuerdo cómo tu conclusión generosa me alivió durante todo aquel día, hasta que en mitad de la noche siguiente pensé que

pude haberte empujado, lo que no habría dejado señal alguna en mis manos: el miedo que se teje a sí mismo, la peor pesadilla.

Muchas veces he deseado que hubieses podido recordar, por muy espantoso que fuese el recuerdo. Desde la verdad se puede hablar, reconstruir, perdonar, redimir. Pero el negro de tu memoria intensificaba mi propia negrura y la suma de ambos sellaba lo ocurrido en una cripta sin acceso. Fue un largo calvario conseguir la dentadura postiza que necesitabas para vivir y sonreír. La llevaste contigo hasta horas antes de tu muerte, cuando por necesidad o accidente, quién sabe y qué importa ahora, el doctor la rompió para practicarte una traqueotomía de urgencia ante un repentino empeoramiento. Según los médicos ya no saldrías de aquel hospital, aunque alguno apuntó que podías despertar en un limbo de inconsciencia vegetativa de duración indefinida. Esta imagen me acosó sin descanso: te veía en la prisión del propio cuerpo, con algún chispazo de lucidez prendido al último aliento de vida cerebral, inmóvil para siempre dentro de tus órganos, cuya indiferente combustión podía extenderse una década, dos, tres décadas más, hasta más allá de mi muerte. De haberse materializado ese infierno hoy seguirías con vida en alguna cama de hospital. Por todo ello tu muerte real, al exorcizar tal espanto, supuso en cierto sentido un alivio. Pero lo que nunca estuvo previsto fue la necesidad de romper tus dientes, tus pobres dientes, romperlos otra vez para conservarte viva, acaso contra tu voluntad.

Al tener noticia de ello sentí, como siento de nuevo al escribirlo, que se cerraba el círculo siniestro abierto por aquellos demonios. Demonios que fuimos, que éramos nosotros.

Nunca supimos, nunca sabré, cómo se rompieron tus dientes. Aquella noche representó el cénit de nuestro loco juego de la vida y de la muerte, las llamas que alimentábamos como si buscáramos arder.

Jugamos los dos. Tú perdiste y yo, por haberme salvado, lo rememoraré siempre, aunque esta rememoración sea una maldición más larga que el fuego.

—¿Qué pasó? ¿Qué, exactamente?

Pero no contestas.

Y ya, además, tampoco estás. La silla vacía a mi lado es otra vez la silla vacía a mi lado.

La realidad no termina nunca y nunca dejará de ser real que te mató el alcohol y fui yo quien te enseñó a beber.

Atardece en la plaza de Tirso de Molina.

Tengo en el bolsillo superior de la camisa los billetes y monedas, trescientos diecinueve euros con cuarenta y tres céntimos. Llegué a valorar el plan delirante de invertir este dinero en vivir de nuevo, durante unos pocos días, la pobreza que durante el pasado compartimos. Pensé en alquilar la pensión más mísera que encontrase y refugiarme en ella de mi mundo real, con la esperanza de que ese artificio reeditase recuerdos o emitiese señales. Pero, aunque sea cierto que los novelistas debamos entornar todas las puertas y pegar la oreja a cada fisura de la pared, el proyecto me pareció casi en el acto una pretenciosidad ridícula. Además, me consta que tan imbécil impostura te habría irritado.

Perseveré, no obstante, en interpretar el sueño que protagonizó un hombre viejo de gran parecido conmigo, espectro brotado desde mi espejo al que subyuga el reto de comprobar cuánto tiempo será capaz de sobrevivir en las calles con tan solo trescientos diecinueve euros y cuarenta y tres céntimos en el bolsillo. Resuelve aislarse de su mundo, ser solo él o ser él a solas con su magro patrimonio, y con ese objeto inicia una danza con el delirio que pronto es el mayor aliciente de su rutina. Una tarde, saca del bolsillo sus llaves y las introduce en el interior del buzón que lleva su nombre: ya no puede volver a entrar en la casa. Había calculado que el suave e irremediable cierre del portalón a su espalda lo escalofriaría de miedo y, sin embargo, lo que vibra en él es un inesperado huracán interior de vigor desconcertante. Si no fuera disparatado, aseguraría que su juventud lo ha alzado del suelo con jubiloso abrazo.

Y piensa: si la juventud volviese a mi carne de golpe el choque me reventaría de un infarto, así de férrea e intransigente es la vejez.

Sentado a la mesa de una de las terrazas de la plaza, medito sobre este viejo huido de mi espejo. Tal vez ronda ahora mismo por aquí, puede que muy cerca, mientras toma notas en su cuaderno sobre la barra de cualquier bar. ¿Qué beberá, ahí acodado?

En este planeta solo hay dos posibilidades: bebidas sin alcohol y bebidas con alcohol. Si alguien empecinado en demostrar lo contrario licuara filetes, diamantes, cubiertas de libros, buganvillas o ladrillos extraídos de edificios bombardeados tomaría de todas formas bebidas sin alcohol.

Quien bebió lo sabe: dejar de beber o seguir bebiendo es la decisión fundacional de una trayectoria humana, no la pareja, la paternidad o la vocación profesional, como defiende la ilusa mayoría. El viejo del sueño bebió, me consta porque al haberlo soñado lo sé todo sobre él. Dicté sus actos o puedo recordarlos. Lo vi, aquel

sudoroso amanecer, escuchar al escarabajo irisado que surgió del cuenco de azúcar para convencerle de que renunciara al café a cambio de una cerveza bien fría. Lo vi, más valiente que nadie, acostarse resuelto y desnudo sobre una vía de tren fuera de servicio solo por saber si es miedo o anhelo lo que sienten quienes aguardan la trepidación de esa muerte elegida. Por todo ello sé que bebió y que hubo luego de dejar la bebida. Y sé también que ahora mismo, acodado sobre esa barra donde toma notas o lo finge, medita la idea de beber de nuevo. Se pregunta si sería tan grave invertir sus trescientos diecinueve euros con cuarenta y tres céntimos en una rápida visita al demonio, tal y como le insiste una dulce y antigua voz interior:

Un trago. Un solo trago. ¿No traería un trago el paraíso a tu vejez? Volver, piénsalo un instante, a surcar sin freno los cielos.

En mi siguiente sueño comparecerá un viejo exalcohólico que acaba de escribir esta novela y vuelve a beber. O dejaré de soñar con viejos y pasaré, sin más, a ser uno de ellos. Uno real, en conflicto permanente con la odiada lentitud de su combustión.

Me gusta imaginar vidas que no viví, vidas buenas y vidas malas o vidas todavía peores, que son las mejores entre las inventadas, vidas de santo bebedor y santo exbebedor y, puestos a elegir, vidas épicas y trágicas en vez de lánguidas existencias melifluas. La idea de morir joven y bello no tiene rival a la hora de representarse la propia leyenda. Es un acto impune e inofensivo siempre que se ejecute desde la lucidez, y recomiendo experimentarlo a través de la fantasía.

De joven, ya lo sabes, me inyectaba aquellas elucubraciones de cielos surcados y glorias de cineasta, pero en los últimos tiempos, quizá es señal de madurez, prefiero el borde de abismos verosímiles, los ficticios que pudieron haber sido pero sobre todo los reales que en efecto fueron. ¿De verdad estuvo mi propia muerte tan cerca, tan al acecho, apenas unos centímetros por debajo de la tierra sobre la que danzaba descalzo y loco?

Sin ciertos golpes de fortuna estaría muerto hace años, calculo que más de veinte. Podría dedicar alguna tarde morbosa a intentar ubicar en mi pasado la fecha que pudo haber sido la última de mi vida, aparte del ensayo general del uno de octubre de 1997.

No bromees de forma tan frívola con la muerte, siento que me reprochas desde alguna parte.

Lógico que exijas ese respeto: si las desdichas que te sitiaron a ti no hubiesen sucedido, tal vez estarías viva.

A unos metros, en el hueco del portal donde parecen pasar los días, la Bruja Escarlata y Tibias dormitan resacosos con sendos cartones vacíos de vino junto a ellos. Durante las noches se sienten los dueños legítimos del asfalto y por el día ven a los alcaldes y sus concejales como niños ricos que juegan con calles y plazas que no les pertenecen.

Durante nuestra perseverancia suicida intentamos con tal ahínco convertirnos en

la Bruja Escarlata y Tibias que casi merecimos serlo. Cuando bebíamos a dúo, fervorosos e irredentos, éramos más poderosos que el mundo y tejíamos victoria tras victoria sobre él a la vez que destruíamos el humilde bienestar último que nos quedaba.

En todo ello pervive un misterio que jamás comprendí y casi me avergüenza enunciar: ¿cómo es posible que nosotros dos, alcohólicos abandonados sin piedad a la miseria y la incertidumbre, fuéramos tan felices? Carecíamos de futuro y de dinero para la siguiente ronda, en casa la nevera estaba muchas veces vacía y la luz fue cortada por impago más de una vez y más de dos, nos sosteníamos con dinero regalado por angustiadas voluntades amorosas o hipotecábamos un poco más el infausto regalo dorado que ya se desangraba por deudas previas, mentíamos a todos y nos mentíamos a nosotros y, de ser necesario, habríamos robado para financiar el siguiente trago, puesto que los remordimientos del día siguiente, sabedlo por si caéis, nada pueden contra la sed del ahora. Sin embargo, como si el escenario lo hubiese diseñado un cómplice de esos infiernos, siempre aparecía en los bares más frecuentados algún camarero que nos fiaba la bebida y entonces, con el vaso lleno, refulgía en el acto nuestra sintonizada felicidad. ¿De dónde provenía, tan invicta y memorable? ¿Sería que, al tenernos uno al otro, no nos sentíamos solos?

Hay que explicar que las galopadas sublimes del bebedor solitario constituyen uno de los placeres máximos de la vida, tal vez por eso se pagan a precios tan abusivos. Cualquier exalcohólico, incluso uno que acabara por alcanzar la sobriedad, podría testimoniar su fervor hacia la copa recién servida, virgen y protectora, y hasta qué punto se antojaban acogedoras aquellas barras de madera barata o aluminio desgastado, escenarios habituales de la soledad asumida.

Pero nosotros éramos dos, y nuestro resuelto abrazo ebrio se extendió, aunque con altibajos, por todos los años ochenta y pudo, a pesar de que los demonios individuales comparecieran más o menos por entonces, ramificarse hasta la mitad de la década siguiente y persistir hasta su final exacto, aquel veintiuno de septiembre de 1996 en Costa Rica. Quince años, por tanto, de felicidad sostenida por el alcohol, felicidad sentida, fuese falsa o verdadera, que me atrevo a explicar así: mientras el bebedor solitario agoniza solo y agriado en el centro de la fortaleza donde él y nadie más que él dicta leyes que nunca se cumplen, la pareja de bebedores halla dentro de la misma torre infernal compañía humana, nada más y nada menos que compañía humana.

Quien bebe a solas habita una isla desierta llena de personas normales que vuelven la vista para no verlo.

Quien bebe en pareja también, pero tiene a quién abrazar.

Cuando dejé de beber fui rescatado de esa isla y, si me figuro un helicóptero que me habría llevado de vuelta a la vida, también puedo visualizarte a ti mirando cómo yo me alejaba hasta desaparecer, tú ahí abajo sola y cada vez más diminuta en el centro del peñasco abandonado donde elegiste permanecer.

Se ha narrado infinidad de veces la odisea del alcohólico solitario, sin embargo apenas existen retratos, al menos que yo sepa, de la pareja de bebedores. Lo mostró, por ejemplo, el superficial y bobalicón Blake Edwards en su única película emocionante, *Días de vino y rosas*, descarnado espejo veraz que no todos los alcohólicos osan mirar cara a cara. Dos veces lo intentamos tú y yo y las dos fuimos incapaces de llegar hasta el final. Había visto la película cuando aún no te conocía y la vi otra vez después de tu muerte. Su secuencia última, que ninguna víctima del alcohol puede olvidar, relata con nitidez insoportable el desmembramiento moral, para mí concerniente en grado casi físico, de una pareja en la que el hombre, que enseñó a beber a la mujer, deja el alcohol mientras ella no puede o no sabe o no quiere, qué más da, hacerlo.

Esa escena aterradora fue filmada en 1962, cuando tú y yo, con cinco y cuatro años, éramos niños inocentes incapaces de imaginar que un día de mucho tiempo después la reproduciríamos al detalle, como si hubiéramos buscado mimetizarla o amplificarla, en la realidad trágica de nuestro propio desenlace.

Te abandoné allí.

Lo pensabas tú, aunque dijeras que no lo pensabas, y lo pensaba yo. Es la verdad. O son dos verdades contradictorias dentro de la misma verdad innegable: es verdad que te abandoné y es verdad que sin abandonarte mi vida no podía continuar. Nunca encontré ecuación más irresoluble.

Me fui del horror, resumo mi vida yo.

Me quedo en él, me figuro que sentenciaste tú.

Sin embargo, hoy, desde mi perspectiva de adulto que sueña con ese viejo que acabaré por ser, deduzco que aquella alegría pirómana que iluminaba nuestra larga noche no se debió al abrazo que compartíamos o, al menos, no se debió solo a él.

La alegría, creo, provenía también de la juventud, que sin necesidad de proponérselo se enfrentaba, porque así es su esencia, a cuantas turbulencias quisieron venir y, mal que bien, una por una las iba descabezando.

La juventud, cuyo fuego lo abrasaba todo. La juventud, cuyo tiempo terminó hace tanto que ya ni siquiera es ceniza de memoria. En su evocación, generada el día que ardiste, me he demorado y demoro aún con insistencia desnortada, hasta haber comprendido que no queda ya espacio donde seguir recordando, que aquí es gerundio del verbo huir, de escapar del Tiempo, de correr sin descanso y aprisa hacia lo incierto, que antes o después se revelará, de nuevo y como siempre, incompatible con cualquier forma de inocencia. Como si quisiera compensarte, la muerte, qué paradoja, te concedió entre tanto horror trazado a tu medida un consuelo seco y sucio: no envejecerás, no verás cómo tus pies, paso a paso, te encaminan a la decadencia física, como sí intuyo que haré yo, aunque no sé de dónde sale este optimismo. También podría cualquier relámpago del azar atravesarme esta misma noche, fulminarme en el lapso entre esta tecla que pulso y la siguiente, que no llegaría a rozar. Peor, mucho peor que morir con un libro a medio leer es

morir sin concluir el libro que escribes. No llegar a concluir un libro al que llevas años entregado se me antoja una cárcel sin retorno. Así pues, es hora de irse.

Acabar, que la memoria no sea por más tiempo cómplice de la huida.

Pongamos juntos la palabra fin.

Pago el café con unas monedas que dejo sobre la mesa de la terraza. Es mi dinero, tu herencia permanece intacta en el bolsillo.

Atravieso la plaza de Tirso de Molina, llego hasta ellos, los miro sin miedo, seguro de mi propia pausa de silencio alargado. Tibias, sentado en el suelo con la espalda contra la fachada del edificio, alza la vista, tranquilo pero en guardia. Su instinto sabe distinguir las posibles amenazas y yo no represento una. A lo sumo soy una curiosidad. Me acuclillo frente a él, a su altura, hay apenas medio metro entre ambos.

Entonces sí frunce el ceño, mutada su curiosidad en recelo. La capacidad de enfadarse aprisa y sin meditarlo es uno de sus patrimonios legítimos. Me sorprende la seguridad con que le sostengo la mirada, ese valor proviene de ti y de tu herencia. Tibias, me caes bien. Lo pienso pero no llego a decírselo. Percibo en su actitud, ya en la frontera de una agresividad impaciente, que mostrarme amistoso sería ofensivo.

—Tengo una cosa para vosotros —digo en cambio—. De parte de Verónica.

Escribí tu nombre una sola vez al empezar el libro y prometí no volver a hacerlo, pero he roto mi promesa. Nada a mi alrededor parece haberse resquebrajado, no traen terremotos físicos las promesas incumplidas. Echo mano al bolsillo y saco los billetes, también las monedas, hasta la última, y le ofrezco los trescientos diecinueve euros con cuarenta y tres céntimos. Su recelo recula, el instinto le recomienda tomar el dinero y eso hace. Lo mira, aferrado en su mano. La Bruja Escarlata, que dormía hasta hace un instante, abre los ojos y observa sin acabar de comprender. No lo necesita. Los billetes en la mano de su compañero son alegría en estado puro, la felicidad perseguida por los filósofos a lo largo de los siglos puede contenerse en unos pocos rectangulitos de papel.

—Dice que esto es para nosotros —le explica Tibias—. De parte de Verónica, dice.

—¿Qué Verónica? ¿La del bar de Lavapiés?

—No sé, no lo ha dicho. ¿La Verónica del bar de Lavapiés? —me pregunta.

—No —respondo—. Otra Verónica.

Ni la Bruja Escarlata ni Tibias necesitan indagar más. Son una pareja que bebe, tampoco yo quiero saber nada más que eso. Sus miradas exhiben la alegría compartida por este regalo traído desde el cielo por Verónica, sea quien sea. De pronto resurge el recelo en los ojos de la Bruja Escarlata. Me apresuro a tranquilizarla.

—Es vuestro. Para vosotros.

Me pongo en pie para disolver toda posibilidad de duda y comienzo a apartarme.

Tras su estupefacción asoma poco a poco la euforia. En los días oscuros de nuestro pasado un regalo como este nos habría inyectado felicidad inmensa.

Habríamos esbozado historias sobre nuestra invisible benefactora, agradecidos con ella por habernos convertido en dioses por una noche.

Comienzo a alejarme para que lo celebren a solas.

—Eh —alza la voz a mi espalda la Bruja Escarlata. Me giro.

—Dale las gracias a Verónica.

Asiento con la cabeza, camino hacia la terraza del bar que abandoné hace un momento. La mesa sigue vacía, la ocupo. Pido un café, observo con discreción a la pareja. Ya se han olvidado de mí. Cuentan su dinero al menos tres veces y luego Tibias coge uno de los billetes, lo dobla en cuatro y lo deposita en el bolsillo superior de su camisa, que abotona como si fuera la caja de seguridad del Banco de España. Unas pocas horas después, lo sé muy bien, recurrirá a este tesoro de valor incalculable y lo intercambiará por una última ronda. Pero ahora, tras los cálculos y nuevos cálculos sobre su imprevista fortuna, se ponen en pie y entran, animosos y activados, al supermercado de la esquina.

Será la última vez que los vea.

Siete años después de tu muerte dos personas que nunca te conocieron han invocado tu nombre en la ciudad donde transcurrió casi toda tu felicidad y se engendró tu tragedia.

¿Importa?

Probablemente no.

Pero tu nombre, Verónica, ha sido pronunciado.

El cuatro de septiembre de 1996 aterrizamos en San José de Costa Rica.

Durante algunas tardes de nuestra miseria nos dábamos a planear, acodados en barras de bar, todos los viajes que llevaríamos a cabo cuando la fortuna se dignase por fin favorecernos. Vietnam, el cañón del Colorado, Buenos Aires. Era más barato decir Chicago, San Petersburgo o Estambul que pagar la siguiente ronda, y mientras pronunciábamos las sílabas mitificadas nos hallábamos allí, en Cuzco, en Tokio, en Nueva York. Yo solía insistir en El Álamo.

—Quiero viajar a las ruinas de El Álamo, es la primera película que vi. Quiero tocar sus muros, atravesar la entrada y contemplarlo desde el centro del patio, como la panorámica de una cámara.

Y tú, lejos de debatir ventajas o inconvenientes de ese viaje, asentías y añadías el tuyo propio como quien completa la cesta de la compra.

—La Martinica, un primo mío hizo la mili allí y dice que es maravillosa.

La lista crecía sin límite ni control, se evidenciaba que la fantasía es causa principal de la felicidad humana, al menos de la falsa. En un bar de la calle Infantas donde el camarero nos invitaba de vez en cuando, paseamos por Bangkok y Berlín.

En otro, siempre vacío y muy oscuro junto a la plaza del Carmen, buceamos entre los tiburones del Índico y sobrevolamos en avioneta los Andes. En un tercero, donde en invierno no podíamos quitarnos el abrigo porque acechaba un frío constante, desayunamos en Hollywood y vimos pasar, entrelazados y pletóricos de alegría, a Rock Hudson y Montgomery Clift, que tras sus sendas muertes trágicas habían logrado romper los laberintos del Tiempo y vivían ahora la merecida felicidad de un idilio sublime. Al pasar junto a nosotros sonrieron. Monty, te percataste tú antes que yo, lucía en su rostro la noble belleza previa al accidente que lo desfiguró y reía libre como nunca antes había osado hacerlo.

Costa Rica fue una fantasía que se hizo real. Iba a ser el primero de todos esos viajes enumerados por el deseo. Y lo fue. También el último.

Contra todo pronóstico, y cuando comenzaba a comprender con miedo hondo que mis sueños nunca se realizarían e iba a consistir mi futuro en una gris derrota sin retorno, envejecer cada vez más alejado de las puertas que no había sabido cruzar, obtuve en 1995 un éxito profesional que entonces nos pareció enorme, aquella serie de televisión hoy perdida en el olvido por la cual cobré una cifra que nos pareció fabulosa.

Es muy hermoso que una persona pobre y honrada gane con su trabajo una cantidad de dinero considerable. Explota el júbilo, surgen ternuras interiores que desconocías y el verbo compartir se percibe y asume como el más sensual de nuestro idioma. Decidimos regalarnos un viaje exótico que representara el antes y el después, nadie lo merecía más que nosotros, ejemplares representantes de la pareja bohemia ideal, que tras muchas penurias logra triunfar.

Recorrimos Costa Rica pletóricos y celestiales como Rock y Monty. El sueño duró tres semanas con sus días y sus noches. Elaborabas los itinerarios mientras yo asentía y miraba alrededor muy despacio, ufano de la realidad por fin cosechada.

Paseamos por playas desnudas de civilización donde nada de lo mostrado a la vista había sido creado por mano humana. Sobre la línea del horizonte de ese túnel de tiempo podían aparecer de pronto las carabelas de Colón. ¿Y entonces qué, lo imaginas? Tú, irónica, señalabas que, aun aceptando que nuestro viaje en el Tiempo fuese verdadero, Colón no había desembarcado ahí y, aunque lo hubiera hecho, sería mucha casualidad que llegara a América justo a la vez que nosotros.

Fluían en la playa milenaria verosímiles fantasías sobre viajes en el Tiempo, pero, a la vez, la espuma inocente se apresuraba a borrar nuestras huellas a medida que las marcábamos sobre la orilla. Avistamos también volcanes muertos capaces de resucitar mientras los mirábamos. Preguntaste al guía nuestras posibilidades de supervivencia, allí mismo donde estábamos, caso de que aconteciera una erupción repentina. Imaginé el bramido del volcán y nuestra carrera hacia el coche bajo una lluvia de pedruscos calentados al rojo blanco, la épica huida por carretera perseguidos por el océano de lava que abrasaría árboles, edificios y caballos al galope.

—Cero —respondió el guía.

Nos salvamos de la erupción, lo que resulta natural porque no llegó a producirse, pero a cambio fui testigo de cómo al pie de aquel volcán un guía turístico creaba la micronovela total, compuesta de la única palabra que, puesto que niega todos los significados del mundo, a la vez, en cierto sentido, los contiene.

Otra noche, en el hotelito alzado sobre una lengua de tierra adentrada en el mar, mientras te duchabas y cambiabas para la cena, me quedé a solas con el dueño del negocio, que era a la vez pianista del bar americano y encargado de la recepción. Repasaba facturas sobre la barra en pantalón corto y camisa de flores, como un secundario de película de John Huston, alguna de espías o gánsteres cuyo protagonista, por qué reprimir a la imaginación, era yo. Le pedí una cerveza y permanecí acodado a un metro de él. Sugirió, sin apartar la vista de sus cuentas, que tuviéramos cuidado si paseábamos de noche con ese aspecto inequívoco de turistas.

—¿Es peligroso? —pregunté, un punto humillado.

El secundario de Huston calculó con la mirada si merecía yo ser digno de su confianza y, en expresiva confidencia de hombre a hombre, alzó el faldón de la camisa de flores para mostrar la culata negra de una pistola encajada dentro de la cintura del pantalón.

—Nada es peligroso y todo es peligroso —sentenció.

Menuda frase, pensé con entusiasmo, esta frase me la guardo para ponerla en el siguiente guion o en una novela, la uso no sé cuándo pero la uso algún día seguro. Sentí que vivía un instante de pura literatura negra, cruce directo entre Jim Thompson y David Goodis. Costa Rica, de pronto, era el plató de *Cayo Largo*, pero de momento, y mientras llegaba el día de escribir la frase, la compartí contigo cuando, en efecto, salimos a pasear.

—A lo mejor es una pistola de fogueo para impresionar a los ilusos como tú —ironizaste con cariño.

Eran momentos dulces sin vocación de perdurar que, no obstante, han permanecido en mi memoria. Resulta muy fácil llevarse bien con la felicidad que fluye, abrazarla solo por sentirla contra nuestra piel, sin meditar que apenas acontece es ya olvido.

De aquellas semanas han quedado en mi memoria estas manchas de luz y olores que ahora trato de fijar con palabras y una única fotografía, que nos muestra sonrientes bajo un inconcreto cielo azul, esperanzados en quién sabe qué, yo con una de las varias gorras que me compré al aterrizar y tú con aquel sombrero de ala ancha de tibio tono rosado que te esmeraste en cuidar todo el viaje. Esta fotografía de nitidez cada día más desvanecida solo sirve para certificar que una vez fueron de carne y hueso los fantasmas que sonríen a la cámara sin que nadie, ni siquiera yo, conozca la causa.

Por supuesto, durante cada una de las jornadas de nuestra odisea costarricense

bebimos con generosa impunidad, como si nos hubiera llevado al paraíso el afán inconsciente de comprobar los paralelismos entre el efecto del alcohol ingerido en la noches madrileñas y este otro que a cada momento, sin remordimientos por nuestra parte cuando la hora parecía demasiado temprana, nos servían camareros de perpetua sonrisa, vasos o botellas de cerveza que a lo largo de aquellas tres semanas pudieron sumar barriles. Años después, cuando ya había resucitado, soñé con un inquietante barman viejo que atiende en exclusiva a media docena de millonarios alcohólicos reunidos en la mansión de uno de ellos. Los borrachos beben hasta caer desmayados y luego duermen unas horas agitados por el desasosiego etílico, hasta que los despierta la urgencia de una copa que alivie la abstinencia. Mientras tanto el barman, tras cumplir su jornada laboral, consistente en tumbarlos a todos, se baña, cena fruta fresca, paladea una infusión digestiva y relajante de creación propia y, ya en la cama, lee a Montesquieu hasta sumirse en un sueño dulce de praderas verdes y cócteles alados. Al amanecer, muy temprano, se levanta, realiza su tabla de sencillos ejercicios, toma un desayuno energético, viste de nuevo el esmoquin con impecable camisa blanca y se dirige erguido y sonriente hacia el salón donde ya le aguardan, temblorosos por la ansiedad inaplazable, sus alborozadas víctimas. El barman se ajusta un par de guantes blancos, siempre un par nuevo que luego desecha, e inclina la aristocrática cabeza para preguntar a los señores qué copa desean que les prepare.

Un día regresábamos de conocer un hipnótico canal que discurre paralelo a la costa oeste del país. Durante el viaje de ida, a bordo de una barcaza renqueante que parecía diseñada por algún estudioso de Joseph Conrad, ya habíamos terminado con las reservas de cerveza, que el capitán y timonel invitaba una y otra vez a extraer de la nevera de popa, y lo mismo nos lanzamos a hacer apenas subimos a la barcaza en el viaje de regreso. Bebimos instalados a proa, sin guardar prudencia ante la hambrienta luz blanca del mediodía equinoccial. Cada poco creía yo descubrir entre la maleza o sobre las copas de los árboles deslumbrantes tramas argumentales y novelas al acecho, listas para ser escritas por quien supiera capturarlas y domesticarlas. Sobre el ruido del motor distinguíamos el silencio milenario, del que formaban parte sin incurrir en contradicción aullidos de mono e interminables diálogos entre pájaros y, advertidos por el capitán y timonel sobre la presencia de cocodrilos, cada poco avistábamos un ojo inflexible que nos escrutaba silueteado a ras de agua. Recuerdo tu felicidad y recuerdo mi felicidad: cogidas de la mano y limpias, sin presagios de fango, merecidas y disfrutadas a lo largo del curso entero del infinito canal.

Y de repente, un segundo después, el hachazo del despertar en una oscuridad sin fisuras.

Pozo blando, cálido. ¿Una cama?

¿Dónde estoy?

Ignorar en qué lugar, país y fecha has despertado, carecer de respuesta para la

más sencilla pregunta sobre el ser que habita dentro de tu cuerpo: es preciso haber vivido este terror para comprenderlo. Nada me dolía y por ello mi instinto dedujo que no tenía huesos rotos ni órganos contusionados. Moví las piernas y los brazos, todo en su sitio. Giré la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Airados gusanos de piedra se contorsionaron entre mis pensamientos, pero en cierto sentido reconocer a estos familiares habitantes de la resaca me alivió: si mi cabeza era capaz de identificar conceptos, cabía esperar que la negritud circundante tuviese límite. Extendí los brazos para buscarlo, me incorporé. Mis dedos rozaron algo que podía ser bastantes cosas, entre ellas una ventana con la persiana bajada. La alcé, supe cómo hacerlo sin recurrir a enrevesados procesos de la razón. Al otro lado del cristal, bajo la indiferente luz blanca del sol, lucía un jardín con árboles de troncos doblados sobre sí mismos, como si fueran gomosos y moldeables, y más allá una piscina pequeña que resultó ser una fuente grande. Me hallaba a la altura del suelo, el primer piso de un edificio o una casa baja. La ventana no tenía barrotes, pude abrirla para que mis pulmones absorbieran el aire de afuera.

Pero, por suerte, el jardín paradisíaco era real, con nuevos o los mismos diálogos entre pájaros, y casi encontré simpático al monito que apareció de pronto entre los árboles y me observó con indiferencia antes de escabullirse, fundido con el luminoso verdor. Vi entonces que la habitación tenía dos camas. Una, la que acababa de abandonar yo. La otra, con un metro de separación de la primera, ocupada por un cuerpo que dormía de espaldas a mí. Me acerqué inquieto, un cuerpo que yace junto a ti puede representar la paz de una vida colmada de serenidad pero también implicar una pesadilla, otra más, una distinta e insospechada. ¿Y si este cuerpo es un cadáver? El cuerpo, entonces, se giró boca arriba. Resultaste ser tú. Te reconocí en el acto y al reconocerte a ti me reconocí a mí, supe de pronto quién era, regresó en tropel la memoria entera con sus más nimios detalles, me llené de alegría animal cuando reconocí, qué victoria sobre la devastación del olvido, esa camisa azul de manga corta desmadejada sobre el suelo, la misma que llevaba la víspera y que compré contigo en Madrid antes de iniciar el viaje, un lunes por la tarde después de comer en un restaurante chino al que nos propusimos no volver porque, hasta eso recordé, todos los platos tenían el mismo sabor. La memoria recuperada trajo el deseo inmediato de beber, como si la sed proviniera del acto de recordar. Tal vez es así, habría que observar a algún alcohólico asaltado por la amnesia, definir si el impulso maldito yace en la voluntad autodestructiva o en las células empapadas para, desde ahí, averiguar si hay salida para todos los bebedores o solo para los muy afortunados.

—Tenemos que dejar de beber.

Dijiste esta exacta frase tras haberme mirado en silencio durante un segundo que me pareció expandido, interminable. Habías tomado un cigarrillo del paquete de la mesilla, como hacías siempre apenas despertabas, pero en vez de encenderlo lo sostuviste con los ojos fijos más allá del encendedor, de la habitación y sus paredes,

de la luz blanca del exterior y del canal en toda su extensión, más allá del país donde nos hallábamos y del océano que debíamos atravesar para regresar a casa, absorta en el futuro abstemio que de pronto te había sido revelado. Nunca supe si en mitad de aquella noche experimentaste tu propio vacío mental o te señaló con el dedo el presagio de lamentos que vendrían y aún podían evitarse. Me impresionó tu determinación, tan concernida por el miedo y nunca mostrada ante mí antes, y sentí que debía hacerla mía. Teníamos que dejar de beber, aquella mañana no cupo duda. Solo pude estar de acuerdo, decir:

—Sí.

Pero solo fue un deseo expresado por el miedo del momento.

En realidad, dejamos de beber como suelen dejar de beber los bebedores abducidos: bebiendo un poco más. No se trata de un sarcasmo. La montañosa sanación del alcohol solo puede afrontarse tras haber extirpado la resaca, que es la aliada más poderosa del alcoholismo, su diabólica hermana gemela. El salto a la abstinencia, a veces mortal, debe afrontarse con método, beber lo justo para debilitar poco a poco a la resaca y ni una gota más. Casi nunca se logra. Sorbo a sorbo, la meticulosidad corre el riesgo de volverse difusa, prescindible. Un artero bienestar invade la carne y el espíritu y, tras el irreprimible júbilo, se abren sin previo aviso las compuertas de la sed. La derrota de ese día será, como la del día anterior y la del día anterior al día anterior, irreversible, la antesala negra de la derrota que aguardará en los días por venir. En una esquina del jardín de los árboles blandos había una nevera rebosante de cerveza helada. Hasta aquel oasis llevamos nuestros maltrechos seres y en su zona de sombra nos acomodamos para vencer a la resaca con una cerveza cautelosa. Desde nuestra trinchera etílica pudimos entonces ver el sencillo bungaló donde habíamos pasado la noche. Ni tú ni yo recordábamos haber llegado a este lugar, al parecer un hotel, y nos asaltó la quemazón por los actos vergonzantes con los que pudimos haber ofendido al recepcionista o a otros huéspedes mientras nos registrábamos. Temimos ir a desayunar y enfrentarnos al mudo juicio colectivo de probables miradas reprobatorias.

Sin embargo, tras aventurarnos en el laberinto de senderos bordeados de vegetación que conducía al comedor, una curiosa pérgola sin paredes alzada un metro por encima del esplendor verde como la maqueta de un palacio de la ópera que no hubiera llegado a construirse, descubrimos que no había nadie a la vista, solo un generoso desayuno sobre una mesa lateral. Comimos con hambre y nuestra restaurada paz resultó completa y del todo acogedora cuando compareció el dueño del hotel y nos preguntó con amabilidad extrema, en absoluto irónica, si habíamos dormido bien. Me pareció reconocer su voz y sus gestos. Deduje que la víspera habíamos llegado al hotel bajo el influjo y protección de la catalepsia embriagada, que habría permitido a nuestros cuerpos registrarnos y mostrar pasaportes y tarjetas de crédito e incluso ser locuaces y simpáticos mientras nuestras mentes,

acostadas en el cerebro, dormían con toda placidez la borrachera. Controlamos el impulso de beber una cerveza más y regresamos al bungaló.

El desastrado escenario donde habían despertado nuestros abismos mentales se había transformado por arte de magia en el primoroso remanso de limpieza dulce y orden aromatizado que ahora nos acogía. Incluso la camisa azul colgaba de una de las perchas del armario. ¿Quién había obrado esta balsámica metamorfosis?

—Layla —dijiste agitando la tarjeta que alguien había depositado sobre tu almohada.

Sin duda también ella, Layla, había manipulado dos toallas blancas, a mi entender con habilidad prodigiosa, para convertirlas en los sencillos cisnes que se erguían en el centro de las camas. Pensé que representaban a nuestras personas renovadas por la voluntad abstemia, dos hermosos cisnes humanos dispuestos a navegar sobre el estanque del inminente futuro digno, pero no llegué a verbalizarlo porque me pareció una idea muy almibarada.

Cursis o no, los cisnes presagiaron los tres días en efecto muy felices que acontecerían en aquel hotel. Aparte de nosotros dos, y por ser temporada baja, no había ningún otro cliente. Resulta difícil concebir residencia mejor, quien lo probó lo sabe, que un hotel con razonables lujos donde eres el único habitante, dueño y señor de la gigantesca piscina, del acceso a la playa, de los sucesivos bufets dispuestos sin escatimar por camareros discretos que, como hacía la siempre invisible Layla cada mañana en nuestra habitación, ordenaban las instalaciones solo para nosotros, aquella mesa de billar anclada a la orilla de un brazo de río, con los tacos sobre el tapete verde junto a la disposición triangular de las bolas que todas las mañanas desbaraté solo por el placer de escuchar ese ruido seco y estimulante, o el gimnasio al aire libre donde un cuerpo desnudo podía sumar flexiones abandonado al sensual batir de la lluvia sobre la espalda y al contacto de las palmas de las manos y las puntas de los pies con la tierra activa.

En aquel entorno habríamos podido residir para siempre, dedicados a la simple tarea de vivir y a la celebración prematura del futuro limpio, que parecía más cerca, rozado por las yemas de los dedos en las noches de calor mientas flotábamos sobre la amniótica superficie de la piscina, con el murmullo de las olas un poco más allá del tranquilo sendero de tierra que separaba el hotel del mar. Hablamos mucho durante aquellos días de felicidad. Ambos consideramos que nuestra conversación revitalizada representaba el panorama de buenos presagios a punto de cumplirse. Cuando regresáramos a Madrid comenzaría el rodaje de la serie de televisión, que tantos sueños iba a cumplir.

El último de aquellos días nos levantamos muy pronto, con el principio del sol. Debíamos regresar a San José para tomar desde allí el avión hacia Madrid. Durante el desayuno caímos en la cuenta de que no teníamos moneda local ni dólares, lo que no era preocupante dado que la meticulosa agencia de viajes se ocupaba de llevarnos hasta la capital y, en caso de necesidad, podíamos afrontar cualquier gasto

imprevisto con la tarjeta de crédito. Sin embargo, te disgustó que no hubiéramos previsto guardar algo para Layla. La costumbre de la propina en Costa Rica, al menos por entonces, estaba más institucionalizada que en España y te habías empeñado en que lo respetáramos a lo largo de toda nuestra estancia, lo que no íbamos a poder mantener con la mujer mimosa a la que nunca habíamos llegado a ver pero cuya presencia, repetiste más de una vez, había propiciado con su aura aquellos tres días únicos. Me adelanté para pagar la cuenta mientras acababas de cerrar las maletas.

En la pequeña recepción, apenas un breve mostrador de madera en el centro de un espacio circular decorado con imágenes turísticas y recuerdos a la venta, me entretuve en memorizar los detalles mientras preparaban la factura: la forma de un volcán fotografiado repetidas veces en los prospectos, los colores inverosímiles de un simpático lagarto de trapo o una pluma muy sencilla, de rudo plumín, fabricada con madera de pejibaye, palabra que no he podido olvidar porque descubrí que también existe la mermelada de pejibaye y me asombró que de una misma cosa, en este caso una palmera exótica, puedan extraerse a la vez plumas y mermeladas. En ese lugar donde crecía el misterioso árbol, pensé, había nacido nuestra vida nueva, con tantos contenidos nuevos traídos por la abstinencia y tantos espacios de amor por descubrir y compartir. Me juré volver un día a ese hotel con un objetivo simple pero rebosante de significados: probar la mermelada de pejibaye.

De regreso al bungaló me crucé contigo en el estrecho sendero rodeado de vegetación, bajo la sombra de los árboles doblados. Tirabas de tu maleta y cargabas al hombro un bolso abultado. El coche de la agencia estaba a punto de llegar. Me apremiaste para que no tardara en recoger mi equipaje.

Abrí la puerta del bungaló. Layla no había estado todavía allí. El desorden de las camas deshechas, mi maleta abierta sobre la mesa auxiliar y algunos enseres por recoger evocaban el escenario catastrófico de la primera mañana, cuando despertamos al borde del abismo y decidimos remediarlo.

En tu cama, sobre la almohada, descansaba el sombrero de ala ancha y tibio color rosado. Me extrañó que lo hubieras olvidado, dado el aprecio que le tenías, e iba a recogerlo para devolvértelo cuando vi la nota depositada sobre el ala, bien a la vista. Más o menos, puesto que no se me ocurrió memorizarlo entonces, decía esto:

> Layla: no puedo dejarte nada más que este sombrero. Gracias por lo bien que nos has tratado. Que el sombrero te proteja del sol de tu bonito país. Yo me voy ya. Suerte.

De los cientos de imágenes a través de las cuales he rastreado en busca de una concreta que cerrase esta elegía, todas han caído hasta dejar sola y señalada la fotografía mental, que con tanta nitidez guardo, del sombrero rosado de ala ancha sobre la almohada de la cama deshecha y tu nota al lado.

Tal vez el inconsciente humano, tras procesar los millones de datos sobre las personas con las que compartimos nuestro tiempo y nuestras esperanzas, sabe que

uno y solo uno de esos datos, aunque sea pequeño, mínimo, aunque parezca insignificante, contiene a esa persona y la resume y dibuja con mayor precisión que todos los demás juntos y ordenados. Aquel sentido regalo sin valor material, ofrecido a una persona que jamás viste ni verías, ha permanecido en mí y su raíz ha resultado suficiente para hacerlo aflorar décadas después.

Tu sencillez limpia. Esa eras, esa fuiste. Esa serás. Y la muerte, con todo su poder, no podrá cambiarlo.

El sombrero rosado de ala ancha fue lo último que miré, el plano final de esa película, antes de cerrar la puerta y dejar dentro los olores y colores, las palabras que allí pronunciamos y el rastro etéreo de los dulces movimientos, cada uno de ellos, que ejecutamos entre aquellas paredes mínimas durante los tres días felices.

Cerré la puerta y enfilé el sendero de árboles doblados sobre sí mismos. Me animaba una languidez que definiría como anhelante. Por un lado no quería partir de ese lugar donde estuvimos de acuerdo en que habríamos podido vivir siempre. Por otro, la felicidad de los sueños a punto de cumplirse esperaba al otro lado del mar en cuanto descendiéramos del avión que nos disponíamos a tomar.

Desde el final del sendero, cerca de la entrada, me llamabas con la mano. El coche de la agencia debía de haber llegado, porque te apresuraste hacia afuera arrastrando tu maleta.

Apreté el paso. No quería que se produjera por mi causa el menor retraso en ese orden inexorable del tiempo que nos es asignado y cuyo fin único, por mucho que lo neguemos con narraciones hermosas y solemnidades truculentas, por mucho que le opongamos inútiles dioses falsos y revoluciones fracasadas, es alejarse apenas acontece. Fui hacia nuestro destino.

Ojalá hubiera sido otro, qué ridículo pensarlo aquí y ahora. En realidad, nos apresurábamos hacia el avión que nos llevaría hacia todo lo narrado en estas páginas, un avión transoceánico hacia la recaída en la primera cerveza y hacia mi muerte inconclusa, que aguardaba tan cercana, y hacia la tuya verdadera, que todavía se demoraría años y años de desdichada insistencia encadenada a esa demora, y hacia mi resurrección, que tan asombrosamente llegó a ocurrir para que mucho después la contara, y hacia la tuya, que fue imposible porque tal vez elegiste que así lo fuera. Tu cuerpo incinerado y, junto a ti, aquel pobre libro que al arder trajo este otro libro que también arderá, si es que no está ardiendo ya. Nuestro destino. Ojalá hubiera sido otro, uno con menos libros y más vida.

Apreté el paso, inquieto por la idea de que pudiéramos perder ese avión.

Y allí fuimos.

Y aquí estamos.

Unos metros por delante de mí, fuera de la sombra protectora de los árboles de tronco doblado, bajo la llamarada de luz blanca, tú abres el camino.